

Enrique Marco Nadal

CONDENADO A MUERTE



Enrique Marco Nadal

CONDENADO A MUERTE

Edición digital: C. Carretero

Publica: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

E. Marco Nadal

CONDENADO A MUERTE

(TROZO AUTOBIOGRAFICO)





Nota aclaratoria

No es el afán de exhibicionismo y mucho menos el deseo de escribir mi autobiografía lo que me ha inducido a escribir el presente libro aunque así pueda pensarlo más de un lector por el hecho de aparecer en primer plano en los hechos que en él se narran, cosa natural si se tiene en cuenta el cargo que ostenté en el Comité Nacional de la C.N.T durante el desarrollo de los mismos que tan intensa y esperanzadamente viví.

Prescindiendo de algunas manifestaciones formuladas por algunos hombres de la actualidad política procedentes del campo marxista en los primeros días de la transición, ratificadas últimamente por algunos de los llamados ácratas de la vieja y la nueva hornada, al analizar el largo y dilatado período de la lucha clandestina contra el franquismo, diré que me ha inducido a ello el marcado interés que en el fondo de todo ello veo que se tiene por unos y por otros en escamotear al pueblo trabajador español que pretenden manipular, los hechos ya historia que tuvieron efecto durante la primera y sangrienta década del franquismo y que se narran en este libro, cuyo conocimiento sin duda alguna le permitiría a ese mismo pueblo forjarse una clara visión de los míos permitiéndole comprender quienes fueron los hombres y núcleos orgánicos que, durante el período de mayor dureza represiva desplegada por toda la geografía

española, lo dieron todo por su libertad y el alumbramiento de una nueva política nacional que permitiese a todos los españoles la convivencia pacífica y la armonía en el trabajo, y quienes con el amparo y protección de sus homólogos políticos con poder y autoridad en el extranjero, pensando más en el devenir político de lo que representaban que en la angustiosa situación en que se desenvolvía el pueblo español, procuraban cubrir las apariencias limitándose sólo y exclusivamente a abonar espectacularmente lo que hoy en virtud de los resultados de las elecciones convocadas por Suarez, después del tibio desmantelamiento de que fue objeto el franquismo a la muerte de Franco, todos y cada uno de ellos consideran su parcela política en la nueva España. Parcelas que utilizan sólo y exclusivamente en beneficio propio con miras al ensanchamiento de sus bases políticas, olvidando que más que una toma de posiciones partidistas que les permita el juego legal de la política el pueblo los eligió para que legalmente y desde el juego legal de la política le resuelvan los graves problemas que durante décadas y décadas viene soportando, en vez de agravárselos como viene ocurriendo con el incremento de paro, aumento ininterrumpido de carestía de vida, impuestos, limitación de techos salariales, etc., etc., sin que ninguno de los grupos parlamentarios, gobernante o no, sean capees de aportar soluciones reales a ninguno de ellos.

La C.N.T., contra las afirmaciones de sus detractores con la sola y malsana intención de borrar su glorioso pasado a fin de presentarla desfigurada ante la nueva generación española, quizás diluida en sus últimos tiempos por el agónico estado de su cantera nacional debido a los miles de sus hombres perdidos durante la lucha y los muchos millares de ellos que continuaban penando en las cárceles franquistas y no contar para su desenvolvimiento con más medios económicos que las aportaciones voluntarias de sus incondicionales —la mayoría de las veces a cambio de la supresión del pan o del postre de la mesa—, fue la primera organización de las que formaron parte del grupo republicano en guerra, de los vencidos, en reaccionar ante la brutal represión desencadenada por los vencedores que hasta tanto las circunstancias no les obligaron a ello no dejaron de comportarse con una inhumanidad imperdonable, y poniéndose en pie de lucha, a pesar de la orgía de sangre en que se debatía España de uno a otro de sus cuatro puntos cardinales, enarboló la bandera de la reconquista de las libertades ciudadanas, logrando en 1944 a inspiración de uno de sus militantes más preclaros de la Regional de Levante, Sigfrido Catalá Tineo, la creación de la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas integrada por los movimientos socialista, republicano y libertario del interior de España, a la que con posterioridad y por haber entrado también a formar parte del Gobierno Republicano en el

exilio a pesar de no presidirlo el Dr. Negrín, se incorporó el Partido Comunista después de disolver el flamante fantasma de la Unión Nacional creado por el mismo, cuya Presidencia de su Junta Suprema, no sé si con sus consentimiento o no, en todos sus escritos atribuía a D. José M^a Gil Robles.

La C.N.T. fue también la primera en darse cuenta de que dado el punto a que habían llegado las cosas en España con su creciente enconamiento de odios entre las dos Españas — como durante años se dio en llamar la división de los españoles—, azuzados la mayoría de las veces desde el extranjero, alguien tenía que ser quien diese el primer paso conducente a la iniciación de la creación del clima de convivencia nacional que nos permitiese a todos los nacidos bajo el sol de España vivir democráticamente bajo una misma ley sin diferencias de religión, credo político o posición social y, animada de esta convicción, posponiendo sus intereses parciales a los generales de la nación española, propuso con clara y honesta responsabilidad a la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, lo que consideró debían de ser las condiciones básicas político-sociales en que se desenvolviese la nueva España, previo entendimiento con las derechas democráticas del interior de España, cuya colaboración se precisaba para el derrocamiento del franquismo, y las que a pesar de estar integradas por hombres que en su mayoría durante la guerra civil formaron en el bando contrario, como también llevaban a España en

sus corazones, prescindiendo de prejuicios y posiciones sociales, haciéndose eco del llamamiento de Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas a través de su Manifiesto dirigido a la Opinión Pública, apresuráronse a buscar los contactos encaminados a la iniciación de las conversaciones conducentes a la firma del Pacto.

El Pacto, a pesar de los progresos realizados entre los grupos dialogantes no llegó a firmarse por los intereses personales y de partido e internacionales que afloraron durante el desarrollo de las conversaciones. Tanto entre las izquierdas como entre las derechas aparecieron hombres y grupos dejando vislumbrar que el espíritu nacional debía de ser el inspirado por ellos o no habría Pacto.

Por la lectura de los documentos que se transcriben cuyo espíritu y letra no ha sido superado todavía hasta el momento por ningún grupo parlamentario, incluido el representado por Santiago Carrillo tan falto de credibilidad, causa de la aparente reaccionaria política que viene desplegando dentro y fuera del Parlamento y, el de Felipe González envanecido por la gran minoría parlamentaria con que cuenta, olvidando que tal triunfo más que a méritos personales de los actuales integrantes del P.S.O.E. débese al inolvidable recuerdo que guardamos los españoles de los luchadores y pléyade de estadistas que le dieron vida desde su fundación hasta su destrucción, al igual que los demás

movimientos izquierdistas, por la barbarie desplegada por el fascismo, transcritos todos esos documentos de las copias de los originales que en su día se escribieron, salvadas milagrosamente de las constantes redadas policiacas, circunstancias que no se dan en los originales, ya que uno tras otro, todos fueron cayendo en manos de la policía, podrá darse cuenta el lector de la verdad de la aseveración.

Por otra parte en el exterior de España, además de la intransigencia de las instituciones republicanas negándose a allanar el camino a la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, estaban los intereses y ambiciones de las potencias extranjeras.

A la U.R.S.S. no le interesaba una solución democrática tipo “occidental” en España, ya que de darse, a su partido en España, minoritario y desacreditado en aquellas fechas, se le presentaba una negra situación difícil de remontar, por lo que y a fin de ganar tiempo, prefirió que continuase el martirologio del pueblo español, explotable por su parte en todos los organismos y conferencias de tipo internacional que, a la larga, por agotamiento de los movimientos antifascistas del interior de España y los desaciertos de las democracias occidentales, sin exponer nada le permitirían cosechar el inmenso fruto que para ello representan la gran gama de tendencias comunistas existentes actualmente en España —piezas de recambio para su política en nuestro

país— y, que no hubiera cosechado nunca de haberse implantado, por la acción de la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas en aquellas fechas, una democracia tipo occidental en España.

Inglaterra, a pesar de ser una de las firmantes de la Nota Tripartita marcando en la misma la sola solución que Occidente se aprestaría a apoyar en España, ante la duda del rumbo que pudiera tomar España a la caída del franquismo por las características de algunos de los movimientos que integraban la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, pensando más en sus intereses en nuestro país que en la solución del problema político español, considerándolos sin duda alguna mejor salvaguardados con Franco en el poder por la falta de protectores en el extranjero en que se encontraba que incluso por una democracia, no hizo más que poner trabas a cuantos proyectos de solución se propusieron, facilitando con ello a la U.R.S.S., en beneficio propio, la explotación del problema español cada vez que ocasión para ello se le brindaba.

Norteamérica, la “Norteamérica de la libertad”, si en principio no entorpeció, tampoco favoreció la solución a nuestro problema nacional a base de la propuesta de Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, importándole poco que nuestros destinos como país fueran regidos por un Presidente con gorro frigio o por una testa coronada.

Viniendo después a consolidar el impopular régimen franquista impuesto al pueblo por la fuerza de las armas en flagrante contradicción con el espíritu de la Carta de San Francisco, sin obligarle después —cosa que tampoco hizo ninguna democracia ni la propia U.R.S.S.—, al cumplimiento de lo firmado para su ingreso en la O.N.U. como un miembro más.

Sólo Francia, quizás en agradecimiento a la mucha sangre republicana española derramada bajo su bandera y a que mientras permaneciese y sin solución el problema español ella tendría el de sus exilados, desde el primer momento se dispuso a ayudar a la firma del Pacto entre Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas y las derechas democráticas, aunque en ciertos momentos quizás por desconocimiento del temperamento español no siguiera para ello el camino más acertado.

Cubierto por mi parte el objetivo de justificar por medio de este libro a la histórica C.N.T. durante el período de la lucha antifranquista, a cuyo servicio me entregué incondicionalmente, termino la presente aclaración con una, aunque tardía bienvenida a España, democracia.

Enrique Marco Nadal. 1981

PREFACIO. MAYO 1945

Mi llegada a París fue procedente del Champ Langwasser en Nuremberg donde sufrí cautiverio por haber sido hecho prisionero por los alemanes en la llamada Poch de Colmar en Francia, coincidió con la celebración del Primer Congreso convocado por la Confederación Nacional del Trabajo de España en el exilio, donde, desde que terminó la guerra civil española con la pérdida de la República, se encontraba la mayoría de su militancia.

A la vista de uno de los carteles anunciadores de la celebración de dicho Congreso y de que éste tenía efecto en el Palacio de la Química de París (sito en la rue Dominique), afluyendo a mi pensamiento el recuerdo de mi vida militante en dicha organización en España, con la misma ansia de libertad sentida durante mi internamiento en el Champ Langwasser y en el Campo de Albatera con anterioridad, encaminé mis pasos hacia el Palacio de la Química, donde al entrar en el vestíbulo de acceso al Salón de Actos con el uniforme militar americano y las insignias de la Francia Libre que vestía, me cortaron el paso dos hombres algunos años mayores que yo preguntándome que quería, sin tener

necesidad de responder por mi parte, ya que cuando iba a hacerlo, abrióse la puerta de entrada al Salón de actos apareciendo por ella mi viejo amigo y compañero Diezhandino, quién al verme, después de mirarme dubitativamente unos segundos corrió hacia mí con los brazos abiertos al tiempo que lo hacía yo hacia él en la misma actitud.



Abrazados fuertemente con la emoción del momento, Diezhandino me exteriorizó su sorpresa de encontrarme allí vestido con uniforme militar americano ya que las últimas noticias que sobre mí tenía, eran que a la terminación de la guerra de España había sido internado en el Campo de Albatera por haber sido hecho prisionero en el Puerto de

Alicante, a lo que le respondí que así era, que a la terminación de la Guerra de España, había sido prisionero por las tropas italo-españolas y la Falange que desembarcaron en dicho puerto, de donde con los concentrados que allí se encontraban igual que yo en espera de poder embarcar para salir de España, se me había llevado al Campo de los Almendros, desde donde cinco días más tarde, sin percibir más alimento que los tiernos tallos y la flor de los almendros a cuya sombra se nos había concentrado, se nos trasladó al Campo de Albufera, del que logré salir cuatro meses más tarde con un aval falsificado en el interior del Campo debido a que un grupo de compañeros con habilidad para ello, ante la gran cantidad de Falangistas, Guardias Civiles y Curas que a diario se presentaban en él en busca de víctimas a quiénes inmolar camino de sus respectivos pueblos, agravando aún más de lo que estaba su situación personal, se prestaron a la falsificación de avales a nombre de los compañeros que el Comité del Interior del Campo les indicaba como más responsabilizados, teniendo la suerte de haber sido yo uno de los indicados por el Comité Interior. Que una vez ya en la calle y en contacto con la Organización Clandestina por los fusilamientos de que eran víctimas de los vencedores apenas muerta la República por la pérdida de la guerra, con el compañero Manuel Salas y dos compañeros más cuyos nombres no recordaba, por nuestros medios habíamos cruzado la frontera franco-

española, yendo a parar al Hotel Embajadores de Perpignan, desde donde Génesis López, como enviado especial del Comité Nacional clandestino del interior, había marchado a París para hacer entrega al llamado Consejo Confederal (como sabía él se había llamado al primer organismo de la emigración en Francia), para hacerle entrega del detallado informe de que era portador firmado por el compañero Riera Pallarés como Secretario General del mismo, posteriormente fusilado por el franquismo. Informe en el que después de especificar la trágica situación en que había quedado el pueblo español en general y los compañeros en particular por la obra revolucionaria que practicaron durante la Guerra de España, ante el alto precio en vidas con que el triunfador franquismo se estaba cobrando su actuación, salvables muchas de ellas con dinero por la desaprensión y ansias de él que tenían la mayoría de los jueces militares franquistas y del que carecía la Organización de España, para poderlos sobornar, sabiendo que el llamado Consejo se había erigido en depositario y valedor del Tesoro del Movimiento Libertario evacuado a Francia con la militancia exiliada, solicitaba del mismo el envío de cantidades periódicas para dicho y exclusivo fin. Que a los cinco días de espera había regresado Génesis López de París informándonos a los que lo esperábamos, que después de un frío recibimiento y enterado el Consejo Confederal del objeto de su viaje, se le había dicho que sintiéndolo mucho

no se podían hacer eco de la petición que les formulaba España por carecer de fondos. Que lo único que podían hacer era entregarle diez mil francos para su regreso a España o abrirse paso los primeros días si decidía quedarse en Francia, cuya decisión de elección dejaban a su libre albedrío. Qué Génesis López, como todo un hombre que era a pesar de su juventud, impulsado por su ética ácrata había regresado a España para informar al Comité Nacional del Interior del resultado de su gestión ante el Consejo Confederal en el exilio, haciéndole entrega del resto de los diez mil francos descontados los gastos de su viaje de regreso. Que dos días después de regresar Génesis López a España, desayunando en un bar de Perpignan, yo había sido detenido por los Gendarmes Franceses que me encerraron en los calabozos de la Prefectura, de la que salí días más tarde con dirección al Campo de Refugiados con el compromiso de incorporarme a los Regimientos de Marcha de Voluntarios Extranjeros tan pronto como me hubiera repuesto físicamente, debido al mal estado en que me encontraba por mis largos meses de encierro en el Campo de Albaterra, las semanas que anduve de la Ceca a la Meca después de salir de él, y el accidentado viaje clandestino a Francia, incorporándome al 21 Regimiento de Voluntarios Extranjeros al mes de estancia en el Campo de Barcarés y en Siria, a la Primera División Francesa Libre organizada por el General De Gaulle en Londres, con la que intervine en las

Campañas de Egipto, Libia, Túnez, Italia y Francia en su segunda fase y de su liberación, habiéndome hecho prisionero por los SS. Alemanes el día 12 de enero del año en que nos encontrábamos, en la llamada Poch de Colmar, haciendo sólo dos días que había llegado a París repatriado de Alemania, por lo que y al conocer por la propaganda la celebración del Congreso que se estaba desarrollando allí, no había podido resistir la tentación de hacer acto de presencia.

Cuando callé, Diezhandino me abrazó nuevamente con fuerza, murmurando ¡cuánto debes haber sufrido!. Seguidamente me soltó de entre sus brazos y echándome el brazo por encima de los hombros me hizo pasar así y en su compañía al Salón donde se celebraba el Congreso bajo la mirada de simpatía con que me miraban los hombres que en principio me negaron el paso, por haber oído mi relato a Diezhandino.

A nuestra entrada en el Salón los congresistas se encontraban disfrutando de un pequeño descanso, por lo que al ver entrar a Diezhandino con un militar, la mayoría de ellos volvieron la vista hacia nosotros, viniendo rápidamente hacia donde nos paramos un gran número de ellos, pertenecientes a la Regional de Levante que me habían reconocido a pesar de vestir el uniforme militar americano, quienes pretendían abrazarme a la vez sometiéndome a un

verdadero bombardeo de preguntas que satisface como pude.

Entre los que se me acercaron de la Regional de Levante, se encontraba el compañero Antonio Vidal Aguado, viejo amigo y compañero de profesión en Valencia, quién me ofreció su casa a mi licenciamiento del Ejército, donde me aseguró sería tratado tanto por él como por su familia como un hijo más. Cuyo ofrecimiento acepté asegurándole que así lo haría.



1945. Congreso de París

Se reanudó la sesión y me senté entre los compañeros Vidal y Diezhandino.

Por lo encontrado de las posiciones y la virulencia de las intervenciones de algunos de los congresistas defendiendo unos la posición colaboracionista con los demás núcleos político-sindicales exiliados considerando que la guerra no podía considerarse como terminada hasta que no volvieran a implantarse las libertades democráticas en España, rebatiéndolas otros, argumentando que la guerra de España había terminado para la C.N.T. al pasar el grueso de su militancia la frontera ya que en España no había quedado más que masa fácil de reemplazar en cualquier situación favorable (lo que me hizo sentir indignación y vergüenza al recuerdo de los valientes que en ella habían quedado) comprendí que la familia confederal, en aquellos momentos se encontraba reunida, pero no unida, y que la ocupación alemana que habían sufrido en Francia que forzosamente los tuvo que hacer sufrir humillaciones y privaciones, no les había enseñado nada.

Prevaleció la tesis de considerar finiquitada la etapa colaboracionista, pero reconociendo como Comité Nacional al de España.

Siguiendo la norma de conducta orgánica tradicional, finalizado el Congreso, tuvo efecto la celebración del Mitin de clausura, teniendo como marco de su celebración la Sala

Pleyel de París. Glosáronse los acuerdos del Congreso por parte de los oradores con tal énfasis, que más que una glosa de acuerdos parecían dirigir una amenaza directa a quienes no estuvieran de acuerdo con ellos, y en particular a la Organización del Interior por su postura colaboracionista con todos los movimientos antifranquistas existentes clandestinamente en el suelo español, por lo que a la salida de la Sala Pleyer terminado el mitin, abrigaba la convicción de que la C.N.T. se encontraba abocada a una nueva y catastrófica escisión de duras consecuencias para el futuro de la misma, sin que remotamente se me ocurriera pensar que los más duros golpes de la misma los tuviera que aguantar yo en el interior de España

ATRAPADO POR LA POLICÍA FRANQUISTA

El día 18 de Mayo de 1947, me personé en Barcelona en cumplimiento de un acuerdo orgánico. Mi visita a dicha ciudad, coincidió con la tercera del Caudillo, por cuya causa había por sus calles gran número de fuerzas armadas desplegadas, y no menor número de presos preventivos en la Jefatura Superior de Policía y Comisarías de Barriadas.

Del tren me encaminé a casa del Secretario del Comité Regional de Cataluña, cuya dirección obraba en mi poder, y mantuvimos un amplio cambio de impresiones durante el que analizamos el problema político-social de España y la manera más factible de llevar a la práctica los acuerdos tomados en el Pleno Nacional de Regionales celebrado en Madrid en el mes de Marzo del mismo año, decidiendo convocar al pleno del Comité Regional para el día siguiente.

En la reunión del pleno del Comité Regional, después de mostrarse de acuerdo la totalidad de sus componentes de llevar rápidamente a vías de realización lo determinado en el Pleno Nacional de Regionales, se me pidió que le extendiese

a la Regional Catalana un VALE pidiendo armas al Sub-Comité Nacional en Francia, para la puesta en práctica también de lo decidido por dicha Regional en materia de Defensa. Llevaba conmigo el sello de la Secretaría General del Comité Nacional en previsión de tener que avalar algún escrito a dicha Regional, y extendí el VALE pedido firmado por mí, y avalado con el sello de la Secretaría General del Comité Nacional. En dicho VALE se solicitaba del Sub-Comité Nacional, el envío de cincuenta pistolas, doce metralletas y granadas de mano.

El día 20 había finalizado mi gestión en Barcelona, y decidí regresar a Madrid el 21. En las oficinas de la RENFE, se me dijo no disponer de billetes para Madrid hasta el día 25, y aplacé la vuelta hasta dicho día.

El 22, se celebraba una reunión de las administrativas de los Sindicatos barceloneses. El Secretario del Comité Regional, dándose la circunstancia de encontrarme en Barcelona, me invitó a asistir a ella por el efecto moral que en las administrativas de los Sindicatos causaría sin duda alguna la asistencia a su reunión del Secretario del Comité Nacional en los momentos que señoreaba Franco por la Ciudad Condal. Acepté y quedamos de acuerdo en el lugar y hora en que nos encontraríamos a la mañana siguiente para hacer acto de presencia a la mentada reunión.

A las nueve de la mañana siguiente, nos encontrábamos en la Plaza de Tetuán. Montamos en un taxi y nos encaminamos a la Estación de Maroc, lugar en que debía de tener efecto la reunión. Por el Paseo de San Juan, el taxi se internó en el de Colón. En la acera derecha de dicho Paseo, vi un estanco y pedí al chofer que parara. Descendí y entré al estanco. Pedí un sello y dejé un billete de cien pesetas para que el estancoero se cobrase el importe. Estando pegando el sello a la carta dirigida a mi patrona en Madrid en la que le comunicaba la fecha de mi regreso, oí pasos precipitados a mi espalda. Intenté volverme, pero me lo impidieron la boca de los cañones de dos pistolas posándose bruscamente sobre mis riñones mientras se me decían en tono conminatorio:

—¡Manos arriba! ¡No te muevas!

El estancoero debió de comprender que no se trataba de la detención de ningún delincuente y me miró desolado.

—Guárdese la vuelta —le dije.

Me miró agradecido a pesar de desaparecer de su cara el gesto de desolación.

—Venga vuélvete —me dijo la misma voz que me ordenó el manos arriba.

Me volví. Ante mí tenía a un agente de la social de Barcelona y un carabiniere apuntándome con sus pistolas. Me cacheó el agente y viendo que no llevaba armas encima me ordenó salir a la calle en su compañía. Al pisar la calle, en el interior del taxi en que habíamos ido hasta allí, vi al Secretario del Comité Regional apuntado por la pistola de otro carabiniere, a cuya pareja pidió auxilio el agente que nos detuvo. La prisa del agente de la social en detenernos a los dos, evitó que hubieran sido copadas las administrativas barcelonesas en plena reunión.

Sin cruzar palabra entre sí, minutos más tarde entrábamos en la Jefatura Superior de Barcelona. Se nos llevó a una amplia habitación con sólo dos mesas y varias sillas por todo mobiliario, y se nos ordenó que dejásemos sobre una de las mesas cuanto llevásemos encima.

Estaba dejando sobre la mesa cuanto llevaba encima, cuando miré hacia la pared y vi un gráfico de la estructura de la organización confederal del interior encuadrado en un precioso marco. Comprendí que si no por mí, por el Secretario del Comité Regional de Cataluña, sabían de que iba.

Comprobado por el agente que excepto la ropa que vestíamos habíamos dejado sobre la mesa cuanto llevábamos encima, a mí se me bajó a los sótanos quedando el Secretario del Comité Regional en la sala.

Al transponer la cancela de los calabozos, comprobé que todos estaban totalmente abarrotados por presos preventivos, comprendiendo por su aspecto y vestimenta que todos eran trabajadores auténticos, detenidos para garantizar la integridad física de Franco durante su estancia en Barcelona.

El agente que me bajó a los calabozos, por no mezclarme entre los demás detenidos, desalojó el número 16 distribuyendo a sus ocupantes entre los demás, y me encerró en él.

Apenas se oyó el ruido de la cancela al ser cerrada de nuevo tras marchar el agente que me bajó, de todos los calabozos se me preguntaba la causa de la detención. Yo respondí a todos alegando desconocerla. Después me dejé caer sobre el banco de cemento que debía servirme de cama cuarenta y cinco días y empezó a funcionar mi cerebro.

Pasadas dos largas horas me oí llamar por mi nombre. Me volqué sobre la verja-puerta y miré. El Secretario del Comité Regional de Cataluña, con un brazo roto, la chaqueta a rastras, los ojos amoratados y la cara sangrando me dijo:

—Defiéndete como puedas, que ya saben de que va.

El guardia armado que le acompañaba le mandó guardar silencio.

A las cuatro de la tarde, bajó por mí el mismo agente que procedió a nuestra detención. Me llevó directamente al despacho de Quintela. En la puerta, paramos y me dijo:

—Vas a ver al Jefe. Ya veremos como te portas.

No respondí nada.

El agente llamó a la puerta con los nudillos de los dedos.

—Adelante —respondieron desde dentro.

El agente abrió la puerta y me mandó entrar, quedando fuera.

Quintela se encontraba en su despacho sentado tras su mesa de trabajo, sobre la que tenía extendida mi documentación personal.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó después de mirarme de arriba abajo.

Di mi verdadero nombre.

—Ese no es el nombre que figura en tu documentación —me dijo poniéndose en pie como movido por un resorte.

—No, pero si es el verdadero —respondí.

—¿Qué cargo ostentabas en tu organización?

—El de Secretario General del Comité Nacional.

—¡Caramba! Veo que eres muy hombre, y aunque yo no lo soy tanto podremos llegar a un acuerdo. Siéntate.

Me senté en el sillón que me indicó.

—Toma, fuma —me dijo Quintela sacando su pitillera del bolsillo y ofreciéndome un cigarrillo.

Me sentía un poco nervioso y acepté.

—Yo —empezó a decirme Quintela después de encenderme el cigarrillo de propia mano—, discrepo de mis iguales en las demás provincias españolas y especialmente del de Madrid. Ellos exageran la nota para que los tribunales os carguen de años. Yo hago lo contrario para que salgáis bien librados del Consejo de Guerra. Con su táctica mis colegas os aureolan de martirologio y redoblan la fe de vuestros seguidores en vosotros. Con la mía os desacredito y la debilito induciéndoles a pensar que habéis cantado hasta los codos en Comisaría cuando tan bien librados salís, y ya no tenéis manera de haceros escuchar de ellos más. Pero en ti voy a emplear otra táctica empleada con buen resultado en otras ocasiones. Te sacaremos de Jefatura en coche como a diligencias, en uno de los lugares céntricos, parará el coche y te apeas...

—... habrá un par de agentes esperándome —dije yo viendo que no continuaba—, marchó a Madrid con ellos, reanudo mis actividades orgánicas y les voy señalando compañeros y

domicilios. A ellos se les va deteniendo y yo continuo en la calle, y así sucesivamente ¿No?

—Sí. Veo que además de muy hombre eres inteligente y has comprendido mi plan —me respondió Quintela satisfecho.

—Plan que yo rechazo —respondí pausadamente mirándole a los ojos. Aquí estoy para responder de mis actividades orgánicas en la calle. El día que recobre la libertad si lo consigo algún día, ante mis compañeros responderé de mi conducta ante las autoridades.

—¡Bah! —exclamó Quintela despectivamente. En principio todos respondéis igual, pero cuando empieza a pesar sobre vuestro ánimo el plomo del encierro, os comprometéis a cumplirlo de rodillas. El propio Ángel Marín, enviado aquí para organizar la F.A.I., por los del cobre como llamo yo a los que pertenecen a la fracción que tenéis enfrente en el exilio, me respondió como tú en tono más altanero, pero a las veinticuatro horas, dándole vergüenza llegar a un acuerdo conmigo, me rogó que llamase a Melis para ponerse de acuerdo con él.

—Yo no soy tan altanero como Marín según acaba de decir Ud. mismo, y mi apellido empieza por la misma letra que el suyo, pero es posible que sea yo también la primera excepción a sus experiencias a este respecto.

Quintela me miró un momento en silencio.

—¿Sabías que excepto los delegados de Levante, Galicia, Aragón y Andalucía de tu Comité Nacional, han sido detenidos todos los demás? —me dijo Quintela volviendo a hablar.

Sonreí incrédulamente.

—Sí. Llevan dos días en los calabozos de Gobernación en Madrid. Tu estancia en Barcelona la conocíamos desde anteayer por M. delegado de Asturias, pero en su descargo —añadió ante la mirada de mis ojos al nombrar al delegado de Asturias por su nombre, he de decirte que tu detención no obedece a su información, sino a haberte visto mi agente con el Secretario del Comité Regional de Barcelona. Lleva vigilado más de quince días sin que se haya dado cuenta. El agente no pensaba detenerlo hoy para que le descubriese más contactos, al verte a tí, supuso que eras un enviado de Francia o procedente de Madrid, y por no perderte a tí ha avanzado su detención. Como verás ello simplifica las cosas. Cuando llegues a Madrid, tomas de nuevo el timón de tu organización y reorganizas el Comité Nacional, etc., etc. Cuando empieces a resultar sospechoso para tus compañeros, te enviaré a Francia o la capital de provincia española que desees bajo nuestra protección.

—No insista —dije. He dicho lo solo que puedo decir al respecto.

—Bien. No hablemos más de ello me dijo poniéndose en pie y viniendo hacia mí para darme un amistoso golpecito en la espalda. Ahora bajarás al calabozo. No digas nada de lo hablado a los que hay abajo, durante la noche te lo piensas bien, y mañana me darás la respuesta.

Apretó el botón de un timbre y se presentó un agente.

—Baja a éste a los calabozos.

Cuando cruzaba el corredor de los calabozos en dirección al ocupado por mí, los ojos de los detenidos me asaeteaban interrogativamente.

Pasados unos segundos después de oír el cerrojo de la cancela al ser cerrada por el agente que me bajó, dije dirigiéndome a todos los detenidos y a ninguno en particular:

—Señores, si alguno de Uds. tiene acceso hacia la organización confederal de Barcelona, le agradecería que le hiciera saber para que lo transmitiese a Madrid, que se encuentra detenido aquí el Secretario del Comité Nacional de la C.N.T. Que Quintela me ha propuesto la libertad a cambio de la colaboración con la policía, que la he rechazado, pero que en previsión de que pueda emplear la violencia, como toda resistencia tiene su límite, en evitación de las consecuencias si la mía flaquease, que tomen medidas.

Mientras hablaba, de todos los calabozos me miraban en silencio. Uno de los ocupantes del calabozo de enfrente al mío, me hizo una seña imperceptible que logré captar. Comprendiendo que me hacía saber su posibilidad de transmitir mi encargo me sentí tranquilo. Durante largo rato permanecemos mirándonos en silencio. Después él tocó palmas y se presentó un policía armado, le dijo que deseaba ir al water y le abrió el calabozo. Yo también dije que deseaba ir al water y me abrió también. Apenas entramos en el water nos dimos a conocer como compañeros estrechándonos la mano. Nos pusimos uno junto a otro en los urinarios por si entraba el guardia armado.

—Por lo que has dicho sé que eres el Secretario del Comité Nacional, —me dijo. Se me ha notificado la libertad para esta noche. Queda tranquilo que esta noche mismo sabrá la organización tu detención y tu negativa a aceptar la proposición de Quintela. Ahora, por lo que más quieras, sigue siendo fuerte.

—Si no pensase serlo, no os lo hubiera hecho saber como me aconsejó Quintela.

—Así me gusta, hombre. Hay que hacerle comprender que no todos los confederales somos de la pasta de los Melis y los Marín. Me tendió la mano que le estreché sonriendo a pesar de mi situación por no ser sus palabras para menos.

En silencio salimos del water dirigiéndonos cada cual a nuestro respectivo calabozo.

Hasta la hora en que le llamaron para salir, permanecimos mirándonos el uno al otro desde nuestros respectivos calabozos sin cruzar palabra.

A las ocho de la mañana siguiente se me abrió el calabozo, y un camarero de la Fonda la Campana del Norte, acompañado de un agente de la policía armada, me dejó sobre el banco de cemento una bandeja metálica con el desayuno.

Comprendiendo que aquello era la medida tomada para hacerme saber que el compañero que me prometió cumplir mi encargo se lo había hecho saber a la organización, me sentí satisfecho.

A medio día, el mismo camarero me trajo la comida de la misma fonda. Por la noche repitió el hecho. Al partir con los dedos una tortilla a la francesa me encontré con un papel enrollado. Lo desdoble y leí. En él se me decía:

—Recibido tu encargo sale un enlace para informar en Madrid. No te abandonaremos mientras estés en Jefatura. Abrazos libertarios.

Tan sencillo pero emotivo mensaje, aumentó mi moral. No teniendo donde tirar el papelito, hice una bola con él y me la tragué.

A la mañana siguiente salió una buena tanda de los detenidos preventivos, pero entraron otros con materia procesal, con motivo de mi detención y de la del Secretario del Comité Regional de Cataluña.

Apenas hube acabado de comer a medio día el menú enviado desde la misma fonda del día anterior que no dejé de recibir hasta mi traslado a Madrid, se me sacó del calabozo llevándome de nuevo al despacho de Quintela. Al llegar a él, el agente que me llevó abrió la puerta diciéndome con sequedad:

—Entra.

Entré y cerró la puerta tras de mí quedando fuera.

El despacho estaba solo. La puerta del balcón de apenas dos metros de altura sobre el suelo, abierta de par en par. Sentí un momento de excitación y la fugaz idea de saltar por él a la calle. La frené creyendo percibir un ligero movimiento en los visillos del balcón de la finca de enfrente. Permanecí quieto sin avanzar junto a la puerta de entrada.

Minutos después entraba Quintela.

—¿Cómo no me has esperado sentado? —me dijo en tono amistoso.

—No he querido sentarme sin que se me invitase a ello —respondí.

—Bien, siéntate ahora.

Me senté.

—¿Qué has decidido sobre lo que te dije ayer?

—Lo que respondí en el momento que me lo propuso, —respondí.

En aquel momento, con las facciones desencajadas, en mangas de camisa y sin pedir permiso, entró en el despacho un agente agitando un escrito en la mano diciendo:

—¡Don Eduardo. Don Eduardo, mire lo que hemos encontrado entre los papeles del Comité Regional firmado por este asesino!

Al oírme llamar asesino palidecí y me puse en pie pretendiendo responder al agente, pero reconociendo en el escrito el VALE pidiendo armas al Sub-Comité firmado y sellado por mí, volví a cerrar los labios que ya había abierto sin pronunciar palabra.

Quintela cogió el escrito de manos del agente y lo leyó. A manera que avanzaba en su lectura ensombrecíase la expresión de su cara.

—Toma, léelo —me dijo cuando hubo acabado de leerlo él.

—No es necesario —respondí.

—¿Lo reconoces como obra tuya?

—Sí —dije.

—Con arreglo a la Ley de la Seguridad del Estado, este documento representa la pena de muerte para el firmante —me dijo.

—Lo supongo.

—No obstante podemos arreglarlo si aceptas mi proposición. Toma mi encendedor y pégale fuego, pero dime que aceptas —me dijo alargándome documento y su encendedor que sacó del bolsillo.

—No —dije. A la Secretaría del Comité Nacional de la C.N.T., nunca llegaron los que tuvieron pasta de confidentes, si yo aceptase su proposición, demostraría tenerla. Por otra parte, yo siempre admiro a los hombres, si las circunstancias me ponen en el trance de demostrar que lo soy aun a costa de la propia vida, lo haré gustoso por mi buen nombre y el prestigio de mi organización.

Quintela me miró indefiniblemente.

—Bájale a los calabozos —dijo al mismo agente que le llevó el documento.

Bajé al calabozo abrumado por el peso moral de lo que para mi representaba la existencia de dicho documento en poder de Quintela ante mi negativa a ponerme a su servicio, pero dispuesto a arrostrar las consecuencias por graves que fueran.

Sobre media noche del quinto día de mi detención bajo la zozobra de cuando volvería a ser llevado ante Quintela, se abrió mi calabozo, y me levanté del banco de cemento sobre el que me había tendido.

—No te levantes, no. —No vengo por tí, me dijo el de la armada que lo abrió. Vengo a traerte compañía.

Entró un hombre de unos cuarenta años que me miró con curiosidad bajo mi silenciosa mirada.

Reparé en su ropa. Por su suciedad conocí a un empleado del servicio de tracción en ferrocarriles.

—¿Es Ud. ferroviario? —le pregunté.

—Sí. Maquinista. Hago el correo de Barcelona Zaragoza. Apenas entrado esta noche en agujas se me detuvo sin permitirme lavarme ni cambiarme de ropa.

—Yo también fui ferroviario hasta la guerra, por eso he conocido por la ropa que lo era Ud., —dije.

—Siempre será una satisfacción poder hablar de la profesión ya que no de otra cosa —me respondió tendiéndome la mano que le estreché.

—¿Y por qué sólo de la profesión? —dije.

—¿Confederal? —me preguntó después de mirarme unos segundos a la cara.

—Sí.

—Debí suponerlo al entrar. No tienes aspecto de delincuente, y desde hace varios días se está cebando en nosotros la policía. Yo no pude evitar la detención. La policía me encontró en la caja de la ropa que llevo en la maquina, propaganda del Comité Nacional.

—Yo era el Secretario del Comité Nacional —respondí.

—¡Hombre! —exclamó mi compañero de calabozo, no diciendo más al ver que lo abría un agente que venía por él.

Pasó una larga hora, dos, dos y media. Yo permanecía despierto. Cuando regresó mi compañero de calabozo tambaleante y con la chaqueta a rastras comprendí lo que había sido su interrogatorio.

Le cogí la chaqueta de las manos y la tendí sobre el banco de cemento. Después, me saqué la que llevaba yo y la doblé poniéndola como almohada. Le ayudé a acostarse y me senté en el suelo frente a él con la espalda apoyada a la pared. Mi compañero de calabozo me miró, sonrió con tristeza y cerró los ojos.

Cuando los abrió a la mañana siguiente y me vio en la misma postura con los ojos fijos en él me dijo:

—¿No has dormido?

—No. El sueño se negó a venir a mí para hacerme olvidar momentáneamente donde me encuentro.

—Tampoco yo he dormido —me respondió, pero me hubiera sido imposible descansar de no cerrar los ojos.

Empezamos a contarnos nuestros respectivos interrogatorios. Cuando le conté la propuesta de Quintela y mi negativa, me estrechó la mano con calor.

—Bravo, muchacho. No sólo por lo que has sido en la organización, sino por tu propio crédito. No te pongas a su servicio ni al de ningún canalla fascista —me dijo.

—Lo rechazo por las dos cosas, pero más por el crédito orgánico —respondí. Yo personalmente soy bien poca cosa.

A las cuatro de la tarde volví a comparecer ante Quintela. Apenas entrado en su despacho me ofreció de fumar. En esta ocasión le rechacé el cigarrillo.

—No te he llamado en estos días pasados para tener tiempo de leer la documentación redactada por tí, cursada a las Regionales durante tu actuación como Secretario General del Comité Nacional —empezó diciéndome. Te confieso que a su vista y el propósito de tus intenciones, me he sentido impresionado, cosa que no ven o no quieren ver tus compañeros del cobre como podrás comprobar por esta circular. Toma, léela.

Me alargó la Circular en cuestión.

Por el sello que la avalaba, visto por mí en otras circulares del Comité Peninsular de la F.A.I., llegadas a mis manos conocí su autenticidad.

—Ya ves —me dijo Quintela cuando se la devolví una vez leída. En ella sino como hombre si como Secretario del Comité Nacional, se te acusa de lo que rechazas aceptar de mí a sabiendas de que te va a costar largos años de encierro si consigues salvar la vida.

—Ya lo veo, pero me basta con mi satisfacción de saber que es incierto.

—¿Qué opinas de cuanto se dice ahí?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada. Al menos ante Ud. Si algo opino lo diré a los que la han escrito el día en que las circunstancias me pongan nuevamente frente a ellos.

—¿Confías en que llegue ese día?

—Por qué. Mientras hay vida hay esperanza.

—No te valdrá de nada. Vengo persiguiendo tres generaciones vuestras orgánicamente hablando, y en todas he visto lo mismo. A tí te ocurrirá lo que a Pestaña. Por tu honradez, serás un estorbo para sus planes que se apresurará a eliminar la gente del cobre, y mientras a Pestaña se le respetó la vida, a tí se te privará de ella. No seas tonto y acepta mi proposición que aún mantengo en pie.

—Si la aceptase justificaría con mi actitud lo que se dice en esa Circular de que todos los cargos de la C.N.T. del interior estamos al servicio de la policía, y...

—... ¿Y qué?

—Antes que ello prefiero la muerte. Expediénteme ya y acabemos con ese cuento. Mi respuesta sigue siendo la del primer día.

—Puesto que así lo quieres, sea —me respondió Quintela comprendiendo al fin que no había nada que hacer. Se sentó ante la máquina de escribir y empezó mi atestado. De pronto dejó de escribir, se volvió hacia mí y me dijo entregándome un documento:

—Lee eso y dime que sabes de ello.

—No sé nada —respondí devolviéndoselo después de leído.

—Como verás es un plan de defensa de la regional catalana bien completo.

—Sí, y aunque nada sabía de él hasta ahora, acepto la responsabilidad moral que me incumba como Secretario del Comité Nacional de que depende orgánicamente la Regional Catalana.

—No te lo he dado a conocer para ello. Yo sólo preciso un responsable y ya se ha responsabilizado de ello el Secretario de Defensa del Comité Regional de Cataluña.

—No importa, mantengo lo dicho.

—Bien, entonces figurará en tu atestado también —me respondió. Me volvió la espalda y continuó escribiendo.

Acabado el atestado me lo dio a leer. En él figuraba que el objeto de mi desplazamiento a Barcelona, había tenido como objeto determinar en las condiciones y forma de que

la Regional Catalana debía de establecer los contactos con los dinásticos, y que el VALE firmado por mi pidiendo armas al Sub-Comité Nacional en Francia, había surgido de una manera espontánea para disponer de un stock de ellas en previsión de que las precisásemos para autodefendernos, caso de conseguir voltear el régimen.

Lo firmé con la estilográfica de Quiniela que me la ofreció al efecto.

Apretó el botón del timbre y se presentó un agente.

—Baja a éste a los calabozos —le dijo.

Cuando trasponía la puerta de su despacho, delante del agente me dijo:

—No olvides que yo te ofrecí la libertad y el bienestar, y tu has preferido la muerte o el encierro por el resto de tu vida si consigues salvar la vida, No te quejes de ello nunca.

Continué andando sin responder.

Por la escalera de descenso a los calabozos, me encontré con mi compañero de calabozo que subía con un agente. Cuando pasadas dos horas volvía a bajar, lo hacía en las mismas condiciones que la noche de su entrada en Jefatura después del primer interrogatorio. Le preparé la cama con su chaqueta y la mía y me senté en el suelo con la espalda apoyada en la pared, después de ayudarle a acostarse.

—¿Qué tal te ha ido el interrogatorio —me preguntó.

—Mejor que a tí a juzgar por tu aspecto —respondí, callando visiblemente disgustado.

—¿Por qué estás disgustado? —me preguntó notándolo por mi actitud y gesto.

—Por no recibir el mismo trato que tú y los demás detenidos. Con mayor razón, siendo así que mi responsabilidad orgánica es superior a la tuya y la de los demás.

—No seas niño —respondió sonriendo a pesar de su estado. El trato a mi dispensado son muchos los que lo resisten. La proposición hecha a tí si en ello les va la cabeza, pocos los que la rechazan. Puedes sentirte orgulloso de ser de los que la han rechazado a sabiendas de lo que te espera si no tenemos la suerte de que cambie esta situación antes de comparescas ante el Consejo de Guerra.

—Quizás tengas razón, pero ello no impide que me sienta mortificado cada vez que os veo bajar tambaleando mientras yo lo hago con normalidad por no haberme tocado.

A la tarde siguiente se me llevó de nuevo al despacho de Quintela. Con él se encontraba el Gobernador Militar de Barcelona que me tendió la mano muy cortesmente. Me invitó a sentarme y me ofreció de fumar. Seguidamente me

dijo que conocida mi gestión por la documentación interferida por la policía a la Regional Catalana, me agradecería que le dijese los nombres de los altos Jefes militares con mando o sin él complicados en la conspiración que llevábamos a cabo. Le respondí desconocerlos, y media hora más tarde, sin hacerme violencias de ninguna clase, ordenó que se me bajase de nuevo a los calabozos visto que nada conseguía arrancarme al respecto a pesar de su insistencia.

Durante quince días, en los que no se me molestó a pesar de no dejar descansar uno solo a los demás detenidos, me llevó de nuevo al despacho de Quintela entre otros cinco subidos también para diligencias. En el rellano superior de la escalera, había cinco agentes. Uno de ellos, me dijo viniendo a mí directamente:

—¿Tu eres...?

—Sí —respondí.

—Ha hecho un buen retrato de tí M. en Madrid. Te hubiera reconocido entre mil como te he reconocido entre los cinco ahora.

Se me introdujo en el despacho de Quintela. Con él había dos más.

—¿Sabes quién es éste? —me dijo Quintela señalándome al más viejo y gordo de los que había con él.

—No. No sé quien es —respondí.

—Es mi igual en Madrid. Ha venido de Madrid expresamente para hacerte unas preguntas.

—Siéntate —me dijo entonces el igual a Quintela en Madrid.

Sacó la pitillera y me ofreció de fumar. Lo acepté y me lo llevé a los labios. Cuando lo prendí fuego con el encendedor que me acercó al cigarro me dijo entregándome un documento:

—Lee esto y dime si lo reconoces como de tu propiedad.

En dicho documento enviado de Francia por el Sub-Comité, se decía que según información de un republicano exilado simpatizante de la organización, en la provincia de Lérida, existía un depósito de armas y otro de alhajas enterradas durante la evacuación de Cataluña, lo que ponía a nuestra disposición por si queríamos ir en su busca para nuestro uso. Al informe acompañaba el croquis del sitio en que se encontraban, extendido por el informante.

—Si lo reconozco como mío de propiedad orgánica —dije devolviendo el escrito.

—¿Entonces sabrás si existen ambas cosas?

—Eso lo ignoro —respondí.

—¿Cómo que lo ignoras? Si acabas de reconocerlo como de tu propiedad —me dijo Quiniela violentándose.

—Acabo de reconocer como de propiedad orgánica el escrito, pero no lo que en él se dice —respondí.

—Así lo he interpretado yo —dijo conciliador el igual de Quintela en Madrid. Pero si personalmente o por medio de un enlace has comprobado la existencia o no de lo que se dice te agradecería que me lo hicieras saber para evitarme el trabajo de ir o mandar a comprobarlo.

—Lamento no poderle complacer, pero si desea saber la existencia o no de lo que ahí se dice, tendrá que ir o mandar a comprobarlo. Yo ni he ido ni he mandado para su comprobación.

—¿Por qué? —dijo Quintela.

—Para la realización de mi gestión no precisaba armas, y en cuanto a las alhajas no me interesan por haber renunciado al dinero de procedencia dudosa, y el sacado por ellas no hubiera dejado de serlo.

—No creo que sean de limpia procedencia las cincuenta mil pesetas que dieron los monárquicos al Comité Nacional de tu organización a la terminación de una reunión celebrada en el café Lorcano en Madrid —dijo interviniendo por

primera vez el acompañante del igual de Quintela en dicha capital.

Sin miramiento de lugar, circunstancias ni personas entre que me encontraba me levanté airado respondiéndole:

—Eso es una vil calumnia. Si me acerqué a los monárquicos en nombre de mi organización para buscar una solución al problema creado por Uds. a la nación, fue por patriotismo, pues aunque lo pongan en duda por formar al lado de los que Uds. llaman ROJOS, llevó a España más hondo que los que dicen haberla salvado, llegando sólo por amor a ella, a la transigencia orgánica que encarna mi gestión. Hubiese bastado una simple insinuación de ofrecimiento de dinero por parte de los monárquicos, para que interpretando que más que un entendimiento político pretendían la compra del hombre, rompiese con ellos.

—Sin embargo, el Sr. Irujo os acusó de ello en una reunión de Ministros del Gobierno Llopis en el exilio —me respondió el mismo.

—Es cierto. Ya sé por qué lo dice Ud. respondí. Pero junto al informe del ministro de la C.N.T. en dicho Gobierno dándonos cuenta de la acusación, habrá visto Ud. y leído la carta respuesta en la que se le ordena que emplace al Sr. Irujo a que haga buena con pruebas la acusación o que se retracte de ella. Si no hace lo uno ni lo otro, que dimita por

entender que no podemos colaborar con quienes emplean la calumnia como arma política.

—Es cierto —me dijo el igual de Quiniela que no me quitó ojo de encima sin llamarme la atención a pesar de mi violencia en el gesto y la voz.

¿Entonces? —dije al que planteé la cuestión.

—Nada. Te lo he dicho para ver como reaccionabas.

Ya lo ha visto —respondí. Y sin que me lo indicasen me volví a sentar.

—Por última vez te lo pido —me dijo el igual de Quintela ¿has ido o no a comprobar la existencia de lo que se dice en este escrito?

—No.

—Puedes mandar que lo bajen, Quintela —dijo después de mirarme durante unos segundos silenciosamente.

—Yo mismo lo bajaré dijo su acompañante.

Salimos del despacho. Al internarnos por la escalera de bajada a los calabozos, el agente que me acompañaba, me echó el brazo por los hombros y me dijo en tono chancero:

—Ante el señor Quintela te has defendido bien y sabido reducir tu responsabilidad al mínimo, en Madrid no será lo

mismo. Te vas a encontrar con muchas e inesperadas sorpresas para tí que ni mi jefe ni yo hemos querido esgrimir aquí para no dar al señor Quintela unas armas que por lo de la honrilla profesional queremos para la plantilla de Madrid solo.

Yo le escuché sin hacer el menor comentario a sus observaciones.

Al mes justo de mi entrada en Jefatura, excepto a mí, se trasladó a la Prisión Provincial de Barcelona a todos los detenidos con posterioridad a mi detención y la del Secretario del Comité Regional.

La perspectiva de mi aislamiento en aquellos calabozos por el tiempo que decidiera Quintela, me produjo cierta nerviosa desazón. Mi compañero de calabozo se dio cuenta de ello en el momento de despedirnos y me dijo abrazándome con fuerza:

—Animo, chaval. No pierdas la moral que te ha caracterizado hasta ahora. Probablemente Quintela pretenda explotar la soledad en que te vas a encontrar para llevarte al camino que desea. Tú, mantente fuerte. Sigue siendo un hombre.

Le abracé a mi vez, pero no me fue posible pronunciar palabra por el nudo que se me hizo en la garganta.

Durante seis días en que mi calabozo sólo se abría para entrarme la comida que continuaban trayéndome de la fonda, o cuando yo pedía ir al water, me encontré en la más espantosa soledad moral debido a que los pocos detenidos que entraron durante ellos, eran raterillos y prostitutas con los que yo no cruzaba palabra a pesar de que ellos lo intentaran en repetidas ocasiones.

El séptimo por la mañana, cuando me levanté del banco de cemento que me servía de cama, al arrimarme a la reja de la puerta, en el calabozo de enfrente al mío, vi a un hombre algunos años mayor que yo. A mi vista él se pegó a los hierros de la puerta de su calabozo y quedó mirándome.

—Yo te conozco y no sé de qué —me dijo pasados unos segundos.

—Es posible, —respondí yo.

—De qué, de qué te conozco —repitió esforzándose mentalmente por conseguir saber de que me conocía. —Ya sé, exclamó seguidamente. He visto tu fotografía con uniforme aliado y la noticia de tu detención publicada en *ESPAÑA LIBRE*.

—Así pues, vienes de Francia. ¿No?

—Sí.

—¿Dónde te han detenido?

—Apenas pasada la frontera. Traía una misión que no he podido ni iniciar.

Ante su respuesta, por mi imaginación cruzó el pensamiento de que probablemente sería uno de los compañeros pertenecientes a la fracción en Francia, en discordia con la organización del interior, que cada vez que había detenciones en España se presentaban en ella para tratar de conseguir hacerse con los Comités y desde ellos imprimirle la orientación que propugnaban, y le dije:

—Si vuelves a Francia alguna vez, ve a visitar a la Montseny. Dile que has visto al Secretario General del Comité Nacional del interior en la Jefatura Superior de Policía de Barcelona, pero no en las oficinas, como aseguró ella en Decazeville que teníamos las Secretarías los Comités Orgánicos del interior, sino en los calabozos, como estás viendo con tus propios ojos.

Mis palabras hicieron su impacto en el compañero en cuestión. Me miró en silencio, agachó la cabeza y se retiró de la puerta.

Durante el resto de los días que continuamos ambos en los calabozos, no volvimos a cruzar la palabra aunque nos miramos muchas veces sin hostilidad en la mirada el uno al otro. ¿Para qué? En aquellos momentos no teníamos nada en común, y polemizar sobre posiciones y tácticas en

semejantes circunstancias, hubiera resultado pueril y hasta estúpido.

A los cuarenta y dos días de estancia en Jefatura, sobre mediodía, se me subió al despacho de Quintela, con él estaban el agente que me detuvo y otro más.

—Vas ha ser trasladado a Madrid —me dijo sin preámbulos. La Dirección General de Seguridad no cesa de reclamarte y no me es posible retenerte aquí más tiempo. Siquiera en agradecimiento al trato que te he dispensado, quisiera que me dijeras si allí vas a decir más de lo que me has dicho a mí para llevarte personalmente, de lo contrario te llevaran estos dos agentes.

—En Madrid no puedo decir más de lo que he dicho aquí, porque nada más hay referente a mi gestión orgánica —respondí.

—Piénsalo bien y no me engañes. No te perdonaría que diceses a Madrid el tanto que no me has dado a mí.

—Le parece poco el tanto de entregar a la plantilla de Madrid, al Secretario General del Comité Nacional de la C.N.T. con un año de actuación clandestina en su jurisdicción sin que haya sido capaz de localizarlo a pesar de coger diariamente el metro en la Puerta del Sol frente a su sede? —respondí.

—Llevas razón —respondió Quintela sonriendo halagado. En ese caso te llevarán los agentes. Andar, llevároslo —añadió hablando a sus subordinados.

Los agentes me llevaron a la habitación en que tenían el armario donde guardaban lo que retiraban a los detenidos a su llegada a Jefatura, y abrieron el cajón en que figuraba mi nombre.

—Coge lo tuyo —me dijeron.

Faltaba, el cinturón, la corbata y un encendedor de plata enviado por los compañeros de la Agrupación orgánica en EE.UU., como regalo para el Secretario del Comité Nacional del Interior. De la cartera de bolsillo, habían sido sacadas las dos mil quinientas pesetas que llevaba encima en el momento de la detención. Se lo hice saber a los agentes. El que hacía de jefe de pareja me dijo:

—Coge una corbata y un cinturón de otro cajón.

Mientras, abrió su cartera y extrajo un billete de cinco duros y me lo alargó.

—Todavía no acepto limosnas de nadie, ni quiero nada que no sea mío —le dije.

—Como quieras. Tú te lo pierdes.

Me llevaron a la sala de interrogatorios. Sobre la mesa había unas esposas. Las cogió y vino hacia mí. Yo le tendí los brazos para que me las pusiera.

—No. El viaje va a ser largo. Es preferible que lo hagamos en armonía. Si nos das palabra de que no intentarás escapar no te esposamos.

Le miré al que así habló y sonreí.

—A estas horas, mis compañeros de toda España conocen la proposición que me hizo Quiniela y mi renuncia a aceptar. Después de ello, tenía que fugarme por mi cuenta, y todos creerían que había sido de acuerdo con la policía, por lo tanto tienen la seguridad de ello sin necesidad de exigirme la palabra, de lo contrario lo intentaría a la primera ocasión aunque me cosiesen a balazos en el intento.

—En ese caso no te esposamos.

Salimos de Jefatura y montamos en un turismo que nos llevó a la estación férrea.

En el departamento en que nos sentamos en el tren, a nuestra llegada había un capellán, un teniente del ejército y una joven mujer con un chico de pocos meses en brazos.

Los agentes, cuando el tren se puso en movimiento, iniciaron conversación con los presentes, limitándola finalmente a la mujer respecto a la carestía de vida. La mujer

resultó ser la esposa de un ferroviario residenciado en Zaragoza, a cuyo encuentro iba después de pasados unos días en Barcelona con la familia del marido. Como ama de casa encargada de administrar el exiguo jornal del marido, sus opiniones respecto a la situación dejaban bastante mal parado al régimen, ello picó a uno de los dos agentes y poniéndose veladamente en plan policía empezó a tirarle de la lengua. La mujer contestaba bien y con conocimiento de causa. Por las preguntas del agente comprendí lo que buscaba de aquella pobre mujer, y para alertarla de quien era él con quien hablaba dije:

—Oiga agente, tengo necesidad de ir al retrete ¿cuál de Uds. dos me acompaña?

—Yo mismo —respondió de mal talante.

Se levantó y me acompañó al retrete esperando fuera mientras simulaba yo hacer mis necesidades.

Al regresar a nuestros asientos, el agente reanudó la conversación con la mujer, pero esta ya fue mas cauta en sus respuestas.

* * *

A las dos de la madrugada del día 4 de Julio, entraba en la Dirección General de Seguridad. El agente de guardia, firmados los papeles de entrega y recepción a los que me habían llevado desde Barcelona, me extendió la ficha de ingreso y me bajó a los calabozos encerrándome en el número 6 que daba frente a una de las rejas de los sótanos en la misma Puerta del Sol. Hasta mí llegaba perfectamente audible el eco de vida que los noctámbulos imprimían a la ciudad.

En el calabozo, con su gruesa puerta de chapa metálica y un pequeño ventanillo abierto en el centro, sólo había una desvencijada cama de hierro fija al suelo, y una esterilla de esparto. Como en la cama no era posible acostarse porque además de rota carecía de colchón, me deje caer sobre la esterilla. Por mucho que me lo propuse no me fue posible conciliar el sueño.

A las ocho de la mañana, se presentó un agente en mi calabozo y después de abrirme la puerta me ordenó que le siguiera. Por el corredor y las escaleras subimos al piso alto, en cuyas habitaciones se efectuaban los interrogatorios.

En la habitación de interrogatorios a que se me entró, perteneciente al cuarto grupo de la político-social de Madrid, había cuatro agentes y su Jefe.

—Buena nos la liastes cabrón, diciendo a Quintela que vivías en el 44 de la Calle Mayor —me dijo nada más entrar uno de los agentes. Menuda nos la armó el comandante del ejército que vive allí, cuando entramos en su casa a media noche y vio que se lo tiramos todo patas arriba.

—Bueno, cállate. No empieces a insultarle ya —dijo conciliador el jefe del grupo.

—Si cállate —murmuró el agente. ¿Y la que nos armo el comandante, qué?

—Eso ya pasó. Además tú en su lugar hubieras hecho lo mismo. ¿O hubieras dado tu verdadero domicilio de buenas a primeras sabiendo que tenías en él cosas comprometedoras?

Comprendí que era el consabido truco de ganarse mis simpatías para hacerme hablar por las buenas lo que pretendía el jefe del grupo y permanecí callado.

—Anda, siéntate —añadió el Jefe del grupo hablándome e indicándome una silla. No, espera, dijo. Antes mira ese montón de papeles y dime si los reconoces como de tu propiedad.

Con la mano me indicó un gran montón de documentos que tenían sobre una mesa y en los que no reparé a mi entrada. Me acerqué a ellos y revisé los de encima.

—Sí, los reconozco como de mi propiedad orgánica.

—Eso está bien, que los reconozcas. Así no irá mal la cosa entre nosotros. Los encontramos en casa de M., según nos dijo acostumbraba a sacarse copia de cuantos documentos le entregaban para la Regional Asturiana que representaba. En la tuya encontramos pocos. Apenas una docena de papeles. ¿Donde los guardabas?

—En el archivo general.

—¿Dónde tienes el archivo general?

—Lo ignoro.

—¿Lo ignoras?

—Sí, como asimismo quien es el archivero.

—¿Y a quién entregabas los papeles?

—A un compañero llamado Pepe con quien me encontraba todos los sábados para entregarle los documentos que escribía durante la semana.

—¿Y dónde os veáis?

—En la Plaza de España. Al pie del monumento a Cervantes.

—Miente señor David —dijo el mismo agente que me llamó cabrón a la entrada.

—Si miente o no, lo veremos en el desarrollo de los interrogatorios. Ahora dejemos eso. Como verás no puedes rehusar tu responsabilidad. Estos papeles te acusan — añadió hablándome a mí.

—No pensaba rehuirla. Me hago cuenta de que he jugado y he perdido.

—Así me gusta. Ganaremos todos.

En aquel momento me vino al pensamiento la idea de que quizás M. hubiera reproducido también el acta de una reunión de Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas con asistencia del Secretario del Encargado de Negocios Francés en Madrid, y dije con intención de intentar sustraerla para no implicar a dicho señor en las cosas de la clandestinidad española.

—Si quiere puedo clasificar los papeles esos. Así, como dice Ud. resultará todo más fácil.

—Es una buena idea —respondió el jefe del grupo. Empieza ya.

Con lentitud y aparentando gran atención en lo que hacía, empecé a remover los papeles haciendo distintos montones con ellos.

Llegó la hora de comer.

—Con uno que quede para vigilarle basta —dijo el jefe del grupo. Los demás podemos marchar. Quédate tú, Ortega.

Marcharon todos incluso el jefe, quedando solo el designado por éste.

De pronto, a mi vista apareció la copia del acta buscada. Mis dedos temblaron. Miré hacia el agente y le vi distraído, creí que en apariencia para confiarme. Probaré suerte, me dije. Doblé el acta y me la puse disimuladamente en el bolsillo sin que el agente me hiciera la menor observación. Respiré.

Esto ya está clasificado —dije hablando al agente cuando hube terminado.

—Entonces vamos. Son las tres y media de la tarde y todavía no he comido.

En el puesto de guardia de los sótanos me entregó al sargento.

—Antes de encerrarme quisiera ir al water —le dije.

—Llévalo tú mismo. Luego lo encierras —le dijo el sargento a uno de los de la policía armada a sus órdenes.

Cuando entré al water, me apresuré a romper la copia del acta y la eché por el agujero, después, esperé unos instantes y tiré de la cadena del agua.

Entrado en el calabozo y cuando se perdieron en el corredor los pasos del guardia que me había encerrado, de los calabozos colindantes me llamaron varias veces por el número del mío. Entre ellas había una de mujer cuya suave modulación resonó agradablemente en mis oídos.

Contesté.

—¿Por qué has sido detenido? —me preguntaron.

—Por político-social —respondí.

Los hombres me dijeron estar allí por lo mismo. La voz de mujer por una carta dirigida a una amiga de Barcelona que le interfirió la policía.

A las seis de la tarde se me volvió a subir a la misma sala. Los documentos que seleccioné por la mañana estaban revueltos sobre la mesa.

—Anda, vuélvelos a seleccionar —me dijo el Jefe.

Yo paré ante la mesa y comencé su selección. Cuando anocheció, un agente encendió la luz de la habitación.

—Enciende la de la mesa también —le dijo el jefe. Así verá mejor.

El agente encendió un potente foco de brazo flexible que había sobre la mesa quedando de pie ante mí. Cada vez que desviaba yo la mirada de la luz, el agente movía su brazo

para que me diera de lleno en los ojos. A los pocos minutos me escocían endiabladamente. Me los froté con las manos y me escocieron más. Comprendiendo lo que significaba el foco de luz, empecé a pestañear hasta que me brotaron las lágrimas y entonces sentí alivio.

—Ya están seleccionados de nuevo —dije cuando hube acabado.

—Bien. Son las diez. Bajarle. Dentro de una hora volveremos a subirle y comenzaremos el interrogatorio —dijo el Jefe.

Los agentes tenían prisa. En vez de bajarme telefonearon al puesto de guardia diciendo que viniesen por mí. Se presentó el sargento jefe de la guardia y salí con él de la sala de interrogatorios. Su aspecto, a pesar del uniforme y del papel que jugaba en aquella tragicomedia, me despertó simpatía e infundió confianza.

Apenas iniciado el descenso por la escalera que conducía a los calabozos paré llevándome la mano a los ojos.

—Oiga, Ud. se llama...? —me preguntó cogiéndome suavemente del brazo.

—Sí.

—¿Conoce a A. M., Secretario de las juventudes monárquicas?

—No señor.

A pesar de responderle que no, me invadió una gran alegría al pensamiento de que conocía mi estancia en la Dirección General de Seguridad y deseaba establecer contacto conmigo por su mediación.

—¿De verdad no lo conoce?

—No.

—Pues él a Ud. sí.

—Lo dudo —respondí retirándome la mano de los ojos y mirándole a la cara.

Bajamos la escalera y después de cruzar el pasillo y puesto de guardia llegamos a mi calabozo. Entré en él.

¿Cierto que no conoce al señor A. M.? —insistió el sargento.

—Cierto.

Me encerró y marchó.

A las diez y media de la noche, se me volvió a llevar a interrogatorio. Como cada vez, con el Jefe del grupo se encontraban cuatro agentes.

“Bueno. ¿Qué hay respecto a los monárquicos y tus relaciones con ellos según este manifiesto y demás escritos relacionados con ellos? —me preguntó el jefe del grupo.

—Lo que dice en ellos —respondí.

—¿Conocerás el nombre de todos ellos ¿No?

—El de ninguno.

—¿Cómo es ello?

—En nuestras reuniones, a los militares se les llamaba por el grado, a los paisanos se les decía señor como ellos a mí o a quién asistía a ellas en nombre de mi organización y A.N. de F.D.

¿Si no conoces el nombre de los monárquicos tampoco sabrás los asesinatos que cometistes en guerra? —me dijo uno de los agentes.

—Tampoco, pero puedo decirle quién llevaba la relación nominal de todos ellos —respondí picado en mi amor propio.

Si, dijo el mismo agente desconcertado por mi respuesta.

—Si, L.P., Catedrático de dibujo con residencia en el Escorial y a quién tuve a mis órdenes como cartógrafo en la brigada a que pertenecía yo como jefe de Información y Cartografía.

—¿Conque del S.I.M. en guerra? —dijo otro agente.

—No le considero tan ignorante como para desconocer que el servicio de Información de las brigadas no tenían nada que ver con el S.I.M. —respondí.

—Es cierto. Lo uno no tenía nada que ver con lo otro —dijo el jefe del grupo. Dejemos esto. En tus escritos informativos a las Regionales sobre relaciones con militares y monárquicos los nombras por el orden de las letras del alfabeto, por lo que deduzco que dichas iniciales no responden a sus nombres, pero no me haces creer que no los conoces. No seas tonto y acláralo.

—Si Ud. es capaz de detenerles a todos ellos y traerlos aquí en las condiciones que estoy yo, le escribo ahora mismo la relación nominal de todos ellos.

—Hombre que cosas tienes —me respondió.

Entonces Ud. sólo persigue mi descrédito personal y orgánico ante ellos. ¿No? Entonces no insista que no le daré un solo nombre.

Durante largo rato insistió preguntádome sobre lo mismo. Yo guardaba silencio. Bueno comencemos el atestado —dijo el Jefe del grupo. Ponte a la máquina, Ortega.

Ortega se sentó a la máquina.

—¿Nombre?

—Fulano de tal.

—¿Edad?

—Treinta y tres años.

—¿Profesión?

—Ferroviario.

—¿Cargo en tu organización?

—Secretario General del Comité Nacional.

—¿Regionales que integraban el Comité Nacional?

—Todas.

—Todas así como así, no. Especifica.

—Todas.

—No seas tonto. Mira, lee esto —dijo el jefe entregándome unos papeles, son las declaraciones de tus compañeros de Comité Nacional detenidos en Madrid mientras te encontrabas tú en Barcelona. No acostumbro a dar a un detenido la declaración de otro, pero a tí te doy a leer éstas para que veas que no tienes escapatoria.

La lectura de dichas declaraciones me dejó anonadado por las acusaciones que en ellas se me hacían, pero dándome cuenta de que de los delegados que no habían sido

detenidos sólo a Aragón se señalaba como Secretario de Defensa, tracé mi plan mentalmente.

—Has visto. Tenemos detenido a Asturias que por cierto cantó por los codos y después en un acto de arrepentimiento trató de suicidarse abriéndose las venas. Afortunadamente pasó al instante por delante de su calabozo uno de los agentes de guardia y al verle sangrando le llevamos a la enfermería. Al delegado de Francia en sustitución tuya cuando te hiciste cargo de la Secretaría General, al de Cataluña y al Secretario General del Peninsular de Juventudes. Y a otro que te sorprenderá verle. Ese ha sido detenido hace unos días y todavía está aquí. Traerle.

Salió un agente y se produjo el silencio.

A poco reaparecía por la puerta acompañado del enlace personal de que me servía para mis contactos con el Sub-Comité Nacional en Francia. Nos quedamos mirándonos en silencio.

—Saludaros, saludaros. Hablad cuanto queráis —nos dijo el jefe del grupo. Fuimos el uno hacia el otro y nos estrechamos la mano.

—¿Dónde has sido detenido? —le pregunté.

—En la frontera. Al intentar pasarla por un nuevo paso, caí sobre las fuerzas militares que la guardaban y no me fue posible escapar de ellas.

—¿Desconfiabas de mí? —pregunté condolido.

—No. Pero al conocer tu detención creí conveniente tomar medidas.

—Ya has visto el resultado que te han dado —dije, y quedé callado.

Visto que transcurría el tiempo y nos hablábamos más —dijo el jefe del grupo:

—¿No tenéis más que preguntaros?

—No —respondí yo con un movimiento de cabeza.

—Entonces llevaros a éste —añadió refiriéndose a mi enlace con Francia.

El mismo agente que lo trajo se lo llevó.

—¿Has visto? Aquí tienes a tu enlace con Francia. Dime ¿quién era tu Vice-Secretario?

—No tenía. Yo estaba retribuido y hacía las dos funciones.

—Bien ¿quién era tu tesorero contador?

—Yo, Era la única forma de conocer al día el estado de cuentas y disponer del dinero que precisaba.

—¿Quién era el delegado del Comité Nacional en el Comité Nacional de Enlace C.N.T.-U.G.T.?

—Yo.

—¿Y el de Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas?

—Yo.

—¿Tú también?

—Sí. Así no precisaba de intermediarios para marcar posiciones y conocer la marcha de dichos organismos.

—¿No parece sino que fueres un dictador en la C.N.T.? —dijo uno de los agentes.

—En cierto modo yo venía a ser en ella lo que el Caudillo es en España —le respondí.

—En mi larga vida de policía, eres el primer caso que se me da de un detenido, que por descargar a sus compañeros se cargue él de responsabilidad —me dijo el jefe.

—Cada hombre tenemos un sentido de la dignidad personal —respondí.

—Bueno, bueno. Anota en el atestado que desempeñaba los cargos representativos que se atribuye.

El agente que se sentó a la máquina lo escribió.

—Anda bajarle. Ya son las tres de la mañana —dijo el jefe cuando acabó de escribir el agente.

Cuando pasé por el puesto de guardia, el sargento me miró compadecido. Al rato de ser encerrado por uno de los agentes a sus órdenes, se acercó a mi calabozo y me dijo en voz baja por la mirilla:

—¿Le han maltratado?

—No.

—Yo se que Ud. conoce a A. M. y se resiste a decírmelo porque desconfía de mí a causa del uniforme que visto.

—No. No desconfío, estuve tentado de decirle ya que después de leídas dos de las declaraciones de mis compañeros nada me decía su uniforme, pero callé.

Me dejé caer sobre la esterilla de esparto y me esforcé por conciliar el sueño. Pero no me fue posible. La subida a nuevas diligencias a la mañana siguiente, me sorprendió sin pegar ojo.

—Vamos a ver si hoy eres más sincero —me dijo el jefe del grupo. ¿Dónde celebrasteis los dos Plenos Nacionales celebrados durante tu estancia en la Secretaría del Comité Nacional?

—No lo sé. No conozco Madrid y me movía por él acompañado de un enlace. A los Plenos se me llevó en taxi.

—¿Cómo era ese enlace?

Pinté un tipo imaginario.

—Me estás engañando, pero no tengo elementos en contra y tengo que aceptar tu mentira como verdad. Se que uno de los dos Plenos lo celebrasteis en la Ronda de Toledo. Te sacaremos en un coche y al pasar ante la casa nos la señalas.

—No creo que pueda reconocer la casa. Si me sacan en coche solo conseguirá mi satisfacción de dar una vuelta por Madrid en él.

—J.J.C.P. nos ha dicho que tu le falsificastes la orden de libertad para tenerle a tu disposición en la falsificación de sellos y documentos oficiales.

No es cierto. Fue él quien se la falsificó y después de conseguir ser puesto en libertad por la misma, se me ofreció para ello —respondí.

El jefe del grupo sonrió ante mi respuesta.

“Esta aclaración mía respecto a J.J.C.P., fue mi sola debilidad ante la policía durante mi larga estancia entre ella y prolongados interrogatorios.”

—Seis ¿qué pasa que te marean tanto? —me dijo la voz de mujer cuando me bajaron al calabozo.

—No sé. Oye ¿cómo te llamas?

—Para los amigos, Magali. Tu puedes llamármelo también si quieres. ¿Quieres que cante para tí?

—Si canta. Ello me distraerá.

Empezó a cantar la *NIÑA DE FUEGO*, en boga en aquellos tiempos en España.

¿Te ha gustado? —me preguntó cuando acabó.

—Mucho. Tienes una voz muy bonita. Si eres tan bonita como tienes la voz debes de ser preciosa —dije.

Vamos seis, déjate de galanterías y hablemos en serio.

—¿Te parece que lo hago durante pocas horas al día? —respondí con acento de amargura.

—Llevas razón seis. Expansiónate.

Durante largo rato permanecimos hablando sobre trivialidades, debido a que cada vez que Magali pretendía llevarme al terreno de la conversación seria, yo me sustraía por olvidarme de los interrogatorios.

Durante dos días no avanzamos nada en el atestado.

A la entrada de la siguiente guardia, apenas efectuado el relevo el sargento vino a mi calabozo.

—Buenos días señor —me dijo en tono afable.

—Buenos días sargento.

¿Conoce o no conoce Ud. al señor A. M.? —me preguntó.

—Ya le dije que no en su guardia anterior.

—Sí, lo recuerdo.

Miró hacia los lados para convencerse de que no era visto. Cuando se convenció de ello, sacó del bolsillo un librito de fumar, y del librito un papel.

—¿Y esto? ¿Lo conoce? —preguntó mostrándomelo.

—Sí y al señor A. M. también —respondí viendo sobre el papel el sello de los monárquicos consistente en la jota y el tres en números romanos con la corona real encima.

—¡Hombre! ¿Por qué me lo negó el otro día. Hemos perdido setenta y dos horas.

—Yo sabía que el señor A. M., si deseaba llegar hasta mi por su mediación, le proveería de algo que me permitiese reconocerlo como su enviado. Ese algo es lo que me acaba de enseñar.

—Ha sido Ud. más precavido que yo. No perdamos mas tiempo.

El señor A. M. me ha encargado que me ponga a sus órdenes para sacarle cuanto desee mandar a su organización.

—Deseo mandarle un informe, pero no tengo papel ni pluma.

—De eso no se preocupe. A la hora de la siesta, mandaré acostar a los guardias y le traeré ambas cosas.

—Gracias.

—Guardia —dijo Magali.

—Qué —respondió el sargento.

—Ábrame.

—¿Para qué?

—Deseo conocer al del seis.

—¿No lo conoces todavía?

—No. Cuando pasa por delante de mi calabozo no le veo la cara.

—Bien, te pasaré un momento a su calabozo, pero a condición de que le has de dar un beso.

—Uno y mil.

—De acuerdo.

El sargento pasó a Magali a mi calabozo. Aunque un poco flacucha, su vista me alegró enormemente, ante mi tenía a una preciosa muchacha de unos veintiséis años. Nos estrechamos la mano.

—¿Satisfecha? —preguntó el sargento a Magali.

—Sí. Puede llevarme a mi calabozo cuando quiera.

—Antes el beso. Dale el beso que has prometido.

Magali me echó las manos sobre los hombros y me besó en la mejilla.

—Llevas la camisa muy sucia —me dijo cuando retiró las manos de mis hombros.

—Como que llevo dos meses sin cambiarme de ropa. Lo que no sé es como no estoy ya lleno de piojos —dije.

Después de cenar te quedas con solo el traje puesto y me das camisa y muda interior. Pediré permiso e iré a lavártelo a los lavabos.

—El permiso ya lo tienes concedido —le dijo el sargento.

Nos volvió a encerrar a cada cual en nuestros respectivos calabozos.

Ese día se me llevo a las once de la mañana a la sala de interrogatorios.

—¿Dónde tienes el original de este documento? —me dijo el jefe del grupo apenas entré, mostrándome la copia del enviado al Comité Nacional por el Conde de Barcelona firmado de puño y letra como respuesta acuse de recibo del llamado MENSAJE LIBERTARIO AL PRETENDIENTE AL TRONO DE ESPAÑA.

—En Francia.

—Mientes —dijo sin poder ocultar su excitación.

—No miento.

Mira, este documento es de una gran importancia política.

—Por eso lo mandé a Francia.

—Si nos lo entregas te damos cien mil pesetas.

—Hombre, esto si que está bueno. ¿Me quitan dos mil quinientas pesetas que llevaba encima cuando me detuvieron, y ahora me quiere hacer creer que me dan cien mil si les entrego el original de esa copia? —dije esbozando una sonrisa.

Y te las damos. Ese documento en nuestras manos, sería de gran efecto en estos momentos.

—En las de mi organización también lo será en su día, por eso lo mandé a Francia. Si quieren conseguirlo tendrán que ir allí a por él.

—Bien, bien, peor para tí. Con cien mil pesetas en tu hoja de peculio te pasarías un encierro estupendo. Sois tontos —añadió. Os comprometéis acercándoos a los monárquicos en busca de una solución y prescindís de los únicos con quienes la podéis conseguir.

—¿Quiénes son esos? —pregunté a sabiendas de la respuesta que iba a darme.

¿Quiénes van a ser? La Falange —respondió con despectiva impetuosidad.

—Es posible —respondí, pero...

—¿Pero qué?

—Que a los monárquicos y otras fuerzas de derechas, podemos acercarnos en busca de soluciones sin desdoro de ninguna clase, por cuanto los que de ellos participaron en el Alzamiento, lo hicieron a título personal y no institucional, mientras que a los falangistas, debido a la fosa de sangre que divide España en dos, insalvable por lo menos para la generación que participamos en la contienda no nos es posible acercarnos y dialogar más que como lo estamos haciendo ahora Ud. y yo.

—¿Qué quieres decir?

—De detenido a autoridad.

Cuando le aclaré chispearon sus ojos, pero se dominó, y pasados unos minutos de silencio me dijo:

—Tienes razón. Por otra parte, una solución con la Falange no os resultaría tan ventajosa como con los monárquicos si llegareis a conseguirla.

Continuó el interrogatorio sin que avanzáramos nada en atestado.

A mi bajada al calabozo, como los hombres de que disponía para la guardia se habían acostado ya para sestar, se me acerco el sargento y me entregó seis cuartillas en blanco y su estilográfica. Sin pararme a comer me puse a escribir con rapidez. Cuando acabe de escribir la forma de mi detención y manera en que se desarrollaron los interrogatorios en Barcelona, propuesta de Quiniela y mi actitud respecto a ella, continué desde que me encontraba en Gobernación y demás, le llamé con el pretexto de que me sacase al water y le entregué lo escrito.

Durante el interrogatorio de la tarde, tampoco avanzó nada mi atestado. Al de la noche me presenté con sólo la chaqueta y el pantalón puesto, por haber dado a Magali la camisa y muda interior para que me lo lavase.

—¿Qué? ¿Has lavado tu camisa y muda interior? —me preguntó el Jefe del grupo reparando en que no llevaba puesto nada de ambas cosas.

—¡Sí!.

—Ayer estuvo aquí tu patrona. Te traía ropa limpia y comida, pero no se lo aceptamos alegando que no habías sido traído aquí todavía. No interesa que se conozca ya tu estancia en Madrid.

Yo callé.

—Buena hembra tu patrona. ¿Eh?

—Eso lo sabrá su marido. Yo no he reparado en ello.

—¿Tienes sentido de la decencia. ¿No?

—Más que Ud. a juzgar por lo que acaba de decirme.

—Hombre que te diga que es buena hembra no quiere decir nada.

—Por si acaso.

—Bueno, hasta ahora, lo que no niegas te responsabilizas de ello. Vamos a ver. ¿Qué me dices de las cincuenta mil pesetas falsificadas que entregastes al Delegado de Asturias para que las llevará a Valencia, correspondientes al cuarto de millón de ellas que te mandaron de Francia?

—No sé de que me habla.

—¿Quieres decir?

—No. Lo aseguro. No sé de que me habla.

—No seas tonto y no alegues ignorancia, N. M. nos ha dado toda clase de detalles, e incluso a quién se las entregó en Valencia.

—Yo no niego que las llevara, solo niego que no sé de qué me habla. El sabrá de donde las sacó y el fin que lo guiaba al llevarlas a Valencia.

—Es probable que tengas razón. Dejemos esto. ¿Y las armas que figuran en el Vale que firmaste en Barcelona? ¿Para que las querías?

—Yo me limité a firmar el Vale a petición de la Regional Catalana. Desconozco el uso que pretendía hacer de ellas. Aunque a decir verdad, de haber conseguido voltear el régimen, las hubiéramos empleado contra todo aquel que disconforme con la nueva situación se hubiera levantado en armas contra ella.

—¿Incluso contra nosotros?

—¿Por qué no? Dada esa circunstancia, Uds. ya no hubieran sido la aparente legalidad como ahora. Los insurreccionados por segunda vez hubieran sido Uds., no nosotros, por lo

tanto hubiéramos tenido derecho al uso de las armas en defensa de lo conseguido.

—No está mal razonado, pero no te va a servir de nada.

Transcurrían los días y el atestado no avanzaba. La policía conocía la totalidad de mi actuación y acuerdos orgánicos por la documentación que obraba en su poder, pero no los domicilios en que se celebraban los plenos nacionales y reuniones ordinarias por negarme a darlos yo. Finalmente, a los cuarenta y cinco días de mi estancia en la Dirección General de Seguridad, sustanciando de la mentada documentación mi actuación y añadiendo las acusaciones que me habían hecho mis compañeros de Comité Nacional, procedió a hacer el atestado por su cuenta. Cuando lo hubo terminado me lo entregó para que lo leyese y firmase. Yo lo firme sin leerlo como hubiera firmado mi propia orden de ejecución con tal de que me dejasen ya tranquilo. A pesar de saber lo que la firma que acababa de estampar representaba para mí, bajé a los calabozos contento. Cuando yo entraba en el mío, Magali salía del suyo para marchar en libertad. La muchacha me entregó cien pts. que obraban en su poder, su peine y una pastilla de jabón. Sentí un gran vacío. Me había acostumbrado a sus llamadas, a sus atenciones y a sus canciones para mí, como me decía cada vez que a mi bajada de interrogatorio permanecía callado. Su calabozo lo ocupó otra mujer de más edad que dijo haber sido detenida por

haber dado cobijo en su casa a un grupo de faístas llegado de Francia con un montón de billetes falsos, cuya pista a la policía la dieron los propios interesados por la vida de derroche llevada desde el momento de su llegada a Madrid. Dos de ellos eran asturianos. El nombre de uno de ellos, bastante cargado de espaldas, empezaba por la A. El apellido del otro, más alto y arrogante en todos los sentidos, empezaba con la C.

En la tarde del mismo día en que firmé el atestado, se me llevó al fotógrafo de Gobernación. Para fotografiarme, el agente que me llevó, me despeinó pasándome bruscamente la mano por el pelo.

—Este cabrón aun despeinado tiene aspecto de persona honrada —dijo al fotógrafo. Tómale las fotos de manera que parezca lo que deseamos.

El fotógrafo rió y me echó una docena de fotos. Me fotografió de frente y de los dos perfiles.

Durante diez días no se me saco del calabozo, yo, creyendo que habían terminado de marearme permanecía tranquilo y hasta cierto punto contento, pero al que hacía once días, sobre la una de la tarde se presentó un agente en mi calabozo y me dijo:

—Vente conmigo.

Seguí tras él. Al llegar al piso alto, en vez de encaminarse a la sala de interrogatorios torció por el pasillo contrario.

—Espérame aquí, me dijo a la puerta de una habitación. No, entra conmigo añadió rectificando al instante.

Entre con él en la habitación. En la habitación amplia y de alto techo, habría una sesentena de agentes.

—¿Quién es este señor? —preguntó uno de ellos al agente que me acompañaba, apenas entramos.

—Fulano.

—¿Dices? —dijo el otro repitiendo mi nombre y fingiendo hacer memoria.

—Sí hombre, sí, que es fulano. El Secretario General del Comité Nacional de la C.N.T. ¿No lo conoces?

—i Ah! Sí —dijo el otro mientras los demás permanecían pendientes de nosotros. ¿Cuándo te vas a convencer de que la Falange ha superado las aspiraciones de la C.N.T.? —añadió hablándome a mí.

—Yo rompí a reír.

—¿De qué te ríes?

—De la perogrullada que acaba de decir —respondí.

—¿Cómo dices?

—Lo que acaba de oír. Para hablar como lo acaba de hacer, sería necesario que la C.N.T. cubriese la etapa que ha cubierto la Falange con el poder absoluto en sus manos, o bien que la Falange luchase a pecho descubierto en la calle como lo hizo siempre la C.N.T. contra los poderes constituidos, el capital y las fuerzas armadas, mientras no se dé esa circunstancia, es una perogrullada hablar como lo ha hecho Ud. ahora.

El agente que me había hablado se encolerizó.

—Tú dirás lo que querrás, pero estáis divididos y llamados a desaparecer. Estáis vosotros —los llamados políticos—, los faístas y los que se vinieron a Falange con nosotros.

—Se equivoca. Con mayor o menor número, la C.N.T. es una e indivisible, por lo tanto no estamos divididos. Los que se marcharon de ella, quedaron aislados o agrupados a su margen, dejaron de pertenecer a la misma, por lo tanto no se la puede considerar como dividida; en cuanto a los que actualmente están con Falange, si es que hay alguno, automáticamente se convirtieron en Falangistas, con mucha mayor razón dejaron de contar como una división de la C.N.T.

—Puede que tengas razón, pero lo que sí es innegable es que estáis llamado a desaparecer.

—De la circulación si se empeñan en encerrarnos a todos, puede, pero no de la Nación, pues en la calle o en la cárcel, donde haya uno de nosotros, habrá C.N.T. Para que desaparezcamos de la nación, se precisaría la desaparición de la misma. No hay nada tan español como la C.N.T. y la Fiesta Brava. Si en su afán de hacernos desaparecer las autoridades nos fusilasen a cuantos quedamos, igual que las viejas glorias del toreo perpetuaron la fiesta brava en sus sucesores noveles, se perpetuaría la C.N.T. en sus propios hijos, quienes al hacer balance del pasado de sus padres, avergonzados de la mancha de sangre que les legan con el nombre, volverían a darle vida incorporándose a ella.

El agente me miró desconcertado. Pero lo que menos me imaginaba yo, es que al hablarle así, acababa de hacer una profecía.

—Bueno. Anda. Vámonos —me dijo el agente que me había llevado.

—Sí. Llévatelo. Este se las sabe todas —dijo otro de los agentes.

—Desde luego. Como también que he sido traído aquí para que me conozca toda la platilla de la social de Madrid.

Mi observación hizo gracia a los presentes, y la mayoría de ellos rompieron a reír.

Por la noche de aquel mismo día, apenas había conciliado el sueño tendido sobre la esterilla de esparto, uno de los de la armada me subió a la sala de interrogatorios.

—No te hemos hecho traer para interrogarte —me dijo uno de los agentes. Venimos del teatro y al pasar por la puerta nos hemos dicho, entremos y contaremos a Fulano la función que hemos visto. Anda siéntate.

Me senté donde me indicó y empezó a contarme la función. De pronto entró un camarero de Gobernación con tres cafés con leche en la bandeja. Cada agente cogió uno.

—Coge ese. Es para tí —me dijo el agente que empezó a contarme la función.

—No gracias —dije.

—¿Lo desprecias porque somos agentes?

—No, porque no me apetece.

Me encontraba nervioso y añadí:

—Un cigarrillo sí que se lo aceptaría.

Me dieron un Lucky. Removieron el azúcar en el café y recomenzaron a contarme la función que decían haber visto. Yo permanecía atento a la esperada y desconocida pregunta que suponía me harían y no tardó en llegar.

Durante quince días, cada noche, repitióse lo mismo por los mismos agentes.

Los días transcurrían en la más espantosa soledad, no abriéndose mis labios más que cuando el sargento de la guardia entraba de servicio y nos entregábamos los informes que él me traía de la calle, o le entregaba yo para que los sacase. Por su afabilidad y buen trato a más del preciado servicio que me prestaba, llegó a ganarse mi afecto personal. El hombre se dio cuenta de ello; y me correspondió con el suyo a pesar de nuestras diferencias ideológicas.

A los ochenta y cinco días de encontrarme en Gobernación, a las siete de la tarde se presentó en mi calabozo el Jefe del grupo que me había instruido diligencias.

—Ven conmigo —me dijo.

Salí del calabozo y marché tras él.

Me llevó al Despacho del propio Director General de Seguridad. A nuestra entrada, el Director General de Seguridad ocupaba su puesto tras la mesa de trabajo, el Jefe de la Política Social que vino a interrogarme a Barcelona, ocupaba un sillón delante del Director General de Seguridad.

—Siéntese —me dijo el Director General de Seguridad indicándome un sillón junto al jefe de la política Social después de estrecharme la mano.

Me senté. El Jefe del grupo se sentó a mi lado quedando yo entre él y el Jefe de la político social.

—Mire Ud. —me dijo el Director General de Seguridad, buscando una cosa de estraperlo en la calle de Antonio López, hemos encontrado eso.

Me indicó una máquina de escribir portátil y varios documentos.

—Desearía que me dijese si lo conoce.

—La máquina sí. Los documentos si no los leo no sé decirle.

—Vayamos por partes. La máquina dice que la conoce ¿Verdad?

—Sí señor.

—¿Sabría decirme la causa de que se encontrase allí?

—No señor. Yo no la llevé.

—Puede ser —dijo el Director General de Seguridad. La llevaría alguno de sus compañeros al conocer su detención.

—Eso creo —respondí.

—Lea esto y dígame que sabe de su contenido.

Cogí en mis manos el documento que me alargaba y lo leí.

En el documento se hablaba de una emisora clandestina que tenía el propósito de instalar en España el gobierno presidido por Llopis en exilio.

—No sé nada —respondí. Es la primera noticia de ello que llega a mí.

—¿Cómo que es la primera noticia de ello que llega a Ud.? — me dijo con un principio de irritación en la voz.

—Si señor, es la primera noticia que tengo de ello. Si se fija en la fecha de su envío a España, observará que salió de París diez días después de haber sido detenido yo en Barcelona.

El Director General de Seguridad, fijó ávidamente los ojos en la fecha del documento para comprobar lo que le acababa de decir, reflejando en su expresión la contrariedad experimentada ante la verdad de lo dicho por mí.

—Bueno ahora lee este otro documento —me dijo pasados unos segundos, alargándome otro.

—No es necesario —respondí. Es una de las seis copias de mi declaración.

—Exacto. Copia que se guardaba en el archivo privado de esta Dirección General de Seguridad, donde tienen acceso contadas personas. El hecho de haber sido encontrada en la calle de Antonio López con lo demás, demuestra que Uds.

tienen un enlace aquí. Como comprenderá me interesa que nos ayude a descubrirlo, para si es de los de Uds. que ha conseguido infiltrarse entre nosotros por medio de unas oposiciones enviarle a la cárcel, y si es de los nuestros que nos vende por dinero, fusilarle por traidor.

—Creo que debe de ser lo segundo —respondí.

—¿En qué se basa?

—En que cada documento que se me entregaba procedente de estos archivos, el que los sacaba, le fijaba el precio según su importancia política o informativa.

—¿Conoce a la persona?

—No señor. A mis manos llegaban por conducto de uno de mis compañeros con la nota de su importe.

—Aunque no conozca a la persona tendrá una pista.

—La misma que tienen Uds.

—¿Cómo?

—Ud. me acaba de decir que la copia de mi declaración estaba en el archivo privado de esta Dirección General de Seguridad, donde tienen acceso contadas personas a él ¿No?

—Cierto.

—Pues búsquelo entre esas contadas personas.

El Director General de Seguridad me miró iracundo en silencio.

—Llévóslo —dijo pasados unos segundos.

Salí del despacho con el jefe del grupo. Por las escaleras de descenso a los calabozos me dijo:

—Ni aun ante el Director General de Seguridad has modificado tu táctica ¿Eh?

—No tenía por qué modificarla. Como siempre me he limitado a decir la verdad.

Cinco días después de mi entrevista con el Director General de Seguridad, fui llevado de nuevo a la sala de interrogatorios. A mi entrada en ella, con el jefe del grupo había cinco agentes.

—Bueno —empezó diciéndome el jefe del grupo frotándose las manos de contento. Hasta hoy, he admitido tu mentira como buena por carecer de elementos de juicio que me permitiesen obligarte a rectificarla por la verdad. Ahora ya los tengo y te verás obligado a ello. Tengo detenido a Ejarque. Lo detuvimos anteayer en el café Calderón. Nos ha dicho que tú le llevaste a los sitios en que se celebraron los plenos nacionales cuyos domicilios negabas conocer, y las direcciones de la Regional andaluza donde le mandaste inmediatamente después de terminado el primer pleno para

que informase por no haber podido enviar delegación al mismo. Si no le crees, te carearemos con él.

Yo no creí en la detención de Ejarque por haberme dicho que fue detenido en uno de los cafés de Madrid donde nunca nos citamos.

—Bien, si es cierto que lo tienen detenido, tráiganle y veremos si delante de mí mantiene lo que dice que le ha dicho.

—Claro que lo traeremos. Anda tú, ve por él —dijo el jefe del grupo a uno de sus agentes.

El agente marchó. A poco reapareció con Ejarque, al que contrariamente a mí, en vez de tenerle en los calabozos bajos, lo tenían en uno de los del piso alto reservado para los distinguidos. Su aspecto me causó una sensación deplorable, aparecía visiblemente desmejorado y desfondado moralmente.

—Oye, tú —dijo el Jefe del grupo echándosele encima apenas entró. ¿Tú nos has dicho que fue éste quien te llevó a las casas en que se celebraron los plenos nacionales y te dio la dirección de la Regional andaluza para que fueses a informar de los acuerdos del primero por no haber mandado ésta delegado al mismo.

—Sí —respondió Ejarque con la vista en el suelo.

Ante su afirmativa respuesta, por cuanto en vez de ser yo quien llevó a él, fue él quien me llevó a mí, le miré con los ojos desmesuradamente abiertos. Pensando que Ejarque había hecho aquellas manifestaciones fuertemente presionado, por mi imaginación cruzó la idea de decir la verdad, pero pensando a la vez que ello hubiera significado el descender tan bajo como había descendido él, respondí para evitar que denunciase a los compañeros que habitaban en los domicilios buscados por la policía.

—Es cierto lo que ha dicho. Lévenselo de delante de mí. No quiero verlo.

Sin mirarme, Ejarque salió de la sala con el mismo agente que le trajo para volver a ocupar su calabozo de distinguidos.

Me arrimé a la pared con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y clavé la vista en el suelo desolado por la nueva situación a mí creada.

—No pienses la forma de engañarnos nuevamente y di la verdad. Ya ves que ahora no tienes escapatoria —me dijo el jefe del grupo. Después te facilitaremos el envío de una nota a donde quieras, diciendo que has callado la verdad hasta que en un careo te ha obligado a decirla Ejarque, y te justificas ante tu organización.

—Nota que llevará un agente ¿No?

—Sí.

—Y de esa forma localizarán un domicilio más.

—Bueno, menos cuento y al grano, que ya empiezas a agotar mi paciencia.

—Oiga —dije levantando la vista y mirando al jefe del grupo a la cara. Sin que mis palabras signifiquen un desafío a la policía franquista, no estoy dispuesto a darles esos domicilios ni nada por las buenas. Si emplean procedimientos capaces de arrancármelos, quizás los tengan, pero por las buenas. No.

—Ya lo creo que los darás y ahora mismo. Otros más chulos que tu han pasado por aquí engallados y han salido más suaves que un guante. ¿Cómo no vas a cantar tú?

Uno de los agentes, al oír hablar así al Jefe, se abalanzó sobre mi con los puños cerrados. Cuando iba a descargarlos sobre mi cara, el jefe se le echó encima sujetándole los brazos y gritándole:

—¡No lo toques! Tu suerte —añadió hablándome a mí—, es que como excombatiente aliado, el Gobierno inglés le ha manifestado al español su deseo de que no seas maltratado y se nos ha prohibido pegarte. Si no...

Las palabras del jefe del grupo me produjeron una sensación tal de alivio, que llegaron a darse cuenta tanto él como sus

subordinados. En mi cerebro se hizo la luz, y comprendí el por qué del trato recibido en Barcelona por Quintela. En principio y cuando sin duda alguna todavía no había sido recomendado por el Gobierno Inglés, me trató consideradamente con la esperanza de ganarme para su proposición, después, cuando perdió la esperanza de ello, ya era tarde para él por la intervención de los británicos y se vio obligado a continuar respetando mi integridad física.

—Te alegra saberlo. ¿Eh? —dijo el jefe del grupo.

Yo le miré en silencio.

—Se nos ha prohibido pegarte, pero no se nos ha limitado el tiempo de tu estancia en estos calabozos. Te tendremos en ellos tanto tiempo como sea necesario para romperte moralmente, aunque sean años. Entonces serás tú quien nos llame para salir de ellos, y no sólo nos darás las direcciones que te pedimos, sino también muchas más cosas que no se nos ha ocurrido mentarte. Venid —añadió hablando a sus subordinados.

Se reunieron en conciliábulo en el rincón opuesto de la sala donde yo estaba, y marcharon todos excepto el agente Ortega.

Cuando quedamos solos, vino a mí.

—¿Por qué no quieres darnos los domicilios que te pedimos?
—me preguntó amablemente.

—Porque tan pronto los diera irían Uds. a detener a los que los habitan y yo no meto a ningún hombre en la cárcel.

—Te doy mi palabra de que no detendremos a nadie.

—Yo fiaría en la palabra del caballero, pero no en la del agente de policía y menos en acto de servicio.

—Tu actitud, no solo me gusta como católico que soy, sino que incluso la considero emocionante, ya que me da entender que todavía no se extinguieron en tí las semillas de la religión que sin duda alguna prendieron en tu infancia, y me hace abrigar la creencia de que quizás vuelvas algún día a su práctica, pero como agente, me disgusta.

Si no redondeamos el servicio, perdemos la prima de cincuenta mil pesetas que se nos ha ofrecido al grupo.

—Ud. debe de ser de los católicos de Judas.

—¿Cómo? ¿Por qué dices eso?

—Judas vendió a Cristo por treinta monedas. Uds. pretenden que yo venda a mis compañeros por cincuenta. ¿No le avergüenza mezclar la religión con la prima por servicio tan anticristiano?

El agente se desconcertó.

—Mira —dijo cuando se repuso. El no haber empleado la violencia contigo no ha sido exclusivamente por la intervención del Gobierno Inglés a tu favor como te ha dicho el señor David, sino también por nuestra convicción de que tú no eres hombre que hable por los palos, sino por los choques morales, por lo tanto, si continuas negándote a darnos lo pedido, iremos a Valencia y detendremos a tu madre. La traeremos aquí y la pondremos en el calabozo frente al tuyo. Esa prueba si que no la resistirás.

—Cuando quieran pueden ir por ella. Cuando mi madre me vea encerrado frente a ella, comprenderá el por qué de su detención, y se enorgullecerá de haberme parido. Las madres de los que viven en los domicilios que me piden, como no me han parido, en mí no verían más que al causante de la desgracia de sus hijos y me maldecirían.

—Bueno, vámonos abajo.

Descendimos las escaleras en silencio. Al llegar al puesto de guardia, el agente que me llevaba dijo al jefe de la misma:

—Oye, este chico tiene algo que decir, pero todavía no se ha decidido, cuando se decida y llame, súbelo arriba inmediatamente.

—Yo no tengo nada que decir. Cuando me quieran interrogar ya saben dónde me tienen.

A los ciento tres días de estancia en Gobernación, comparecí ante el Coronel juez instructor. Con él había un comandante y un soldado mecanógrafo. A la entrada me tendió la mano invitándome a sentarme frente a él inmediatamente.

—Bien, lea su declaración y dígame si quiere rectificar algo de lo que en ella figura.

—No vale la pena, la acepto tal y como está.

—Entonces firme ahí.

Me indicó donde debía de hacerlo.

—Ud. debe de haber hecho una gran campaña antiespañola durante los años que ha permanecido en el exilio —me dijo cuando hube firmado.

—Aunque hubiera querido no he tenido tiempo material.

—¿Por qué?

Porque a mi llegada a Francia me incorporé a los ejércitos aliados y no establecí contacto con mi organización hasta que se me licenció acabada ésta.

—¡Ah! ¿Participó Ud. en la guerra mundial?

—Si señor. Pertenecí a la Primera División Francesa Libre.

—¿Entonces conocerá las batallas en que participó su División?

—Si señor.

Mi respuesta despertó el interés del soldado y empezamos a hablar del desarrollo de la guerra. Cuando hube satisfecho su curiosidad me dijo:

—Que le parece si en vez de procesarle le arreglo los papeles para que se incorpore Ud. a la Legión Española.

En sus palabras vi ironía, en su mirada malicia.

Me puse en pie y respondí:

—Yo jamás perteneceré al ejército que traicionó la bandera a que juro fidelidad.

El Coronel Juez instructor perdió la compostura. Se puso en pie también, y dando un violento puñetazo sobre la mesa gritó:

—Guardias. Llévense a este asesino.

La puerta se abrió rápidamente y entraron dos policías de la armada. Me cogieron de los brazos a pesar de mi pacífica actitud y me sacaron a empujones.

Tres días más tarde —a los ciento seis de mi estancia en Gobernación—, era sacado del calabozo para ser trasladado a la Prisión de Alcalá de Henares. Cuando traspuse la puerta de salida en la Puerta del Sol para montar al coche celular que esperaba en la calle, el oxigenado aire me produjo un

ligero mareo. Los guardias civiles encargados de mi traslado, me sostuvieron para que no cayese desplomado al suelo. De mi sólo quedaba la sombra de lo que había sido sobre mi esquelética anatomía, sólo llevaba la piel de un blanco cadavérico. Mi negro y rizado pelo, se había transformado en el blanco y lacio de un anciano.

II

CONDENADO A MUERTE

De Gobernación se me trasladó a la Prisión Central de Alcalá de Henares, habilitada en aquellos momentos para la concentración de todos los presos preventivos por actividades políticas clandestinas, encerrándome en celda de período.

Anochecido, y cuando apenas llevaría dos horas en dicha Prisión, encontrándome paseando por la celda, se oyó una horrisona explosión, que haciendo bambolear los cimientos del inmueble, me arrojó contra el muro del fondo en el momento en que se producía el apagón general de luz, arrancando angustiosos gritos a muchos de los internos. El hecho, por lo inesperado y desconocido llegó a impresionarme.

A la mañana siguiente me enteré de que la explosión debíase a la voladura del polvorín militar que no produjo daños en la población gracias a que el río interpuesto entre ambos, frenó las ondas expansivas.

Sobre la causa de la explosión, corrieron dos versiones. Una de ellas era que había estallado por emanación de los gases del material almacenado. La otra que era un sabotaje premeditado. Fuera cual fuere la causa, lo cierto es que hubo redada y se fusiló más tarde a tres de los detenidos por dicha causa.

Durante los veinte días que permanecí en la celda de periodo, se me utilizó para la limpieza del departamento celular y servir la comida a los castigados, entre los que se encontraba Juanel.

La solidaridad de los compañeros del patio general, llegó a mi desde el siguiente día de mi llegada a Alcalá de Henares.

Pasado el período, se me sacó de celdas y pasé al patio general para hacer vida común en las galerías con los demás reclusos. Los compañeros me recibieron con fraternal compañerismo. Aquello, aunque parezca mentira, comparado con el período pasado en los calabozos de gobernación, me daba la sensación de haber recuperado la libertad. Se me incorporó a la séptima galería ocupada por los confederales y quince Nacionalistas Vascos, que al ser preguntados por la dirección de la prisión con que núcleo político querían compartir la galería, respondieron que con los Confederales.

Al salir al patio general, me encontré con que los compañeros se debatían entre dos problemas delicados. De tipo interno uno, y político con los comunistas el otro.

El Comité Interior, después de escuchar la información relativa a mi detención y paso por Jefatura Superior de Barcelona y Calabozos de Gobernación —cosa que se hacía con cuantos detenidos entraban en Prisión—, me informó de ambos problemas pidiéndome la colaboración personal para su resolución, por considerar que sobre ambos problemas debía de encontrarme yo mejor documentado que ellos. Acepté.

El problema orgánico se refería a la cuestión ESCISIÓN.

En España, para suerte y tranquilidad de los compañeros presos, la escisión todavía no había entrado en las Prisiones, pero en Alcalá de Henares, había un grupo de cinco compañeros acaudillados por J. P., quienes influenciados por la fracción en exilio que se había enfrentado con la organización del interior, en todas y cada una de las reuniones que se celebraban en la galería, planteaban la cuestión de ruptura con el Sub-Comité y establecimiento de relaciones con el Comité Nacional en exilio integrado por Esgleas y los compañeros que le acompañaban en el mismo.

A la primera reunión que asistí; el compañero J. P. insistió sobre lo mismo. Yo pedí la palabra, pero como sonara

silencio, se levantó la sesión hasta el día siguiente en que se me concedería en primer lugar.

Al día siguiente, apenas se abrió la sesión se me concedió la palabra y emití un detallado informe de la forma y desarrollo de la escisión en Francia hasta mi salida de ella para España. Cuando callé, el presidente de mesa invitó a J. P. que me rebatiese. Este dijo que no. Que se daba por satisfecho.

—¿Entonces se da por liquidado este problema? —le preguntó el compañero presidente.

—Sí, —respondió.

Cuando se levantó la sesión los compañeros se frotaban las manos de contento creyendo haber conquistado la tranquilidad a éste respecto. Entre ellos el compañero que había presidido.

—No lo creas. Antes de quince días se han separado de nosotros J. P. y los que le siguen —le dije comentando la asamblea a solas.

—¿Quieres decir? —me preguntó sorprendido.

—Sí. J. P. tiene la misión de dividir la organización en esta Prisión. No lo ha hecho ya por considerar que cinco son muy pocos y tenía la pretensión de arrastrar a alguno más. Después de mi información y la forma en que la ha aceptado la Asamblea, se ha convencido de que no arrastrará a nadie

más y marcha con los solo cuatro que están con él —
aseguré.

—No creo —me respondió el compañero.

—Tiempo al tiempo —contesté.

Diez días más tarde, J. P. y sus cuatro compañeros pedían la baja de la Agrupación y se constituían en grupo aparte.

El problema político con los comunistas, consistía en la detractación de A. N. de F. D. y las organizaciones que la integraban, pero no atreviéndose a difamarlas directamente, lo hacían a través de A. N. de F. D. a la que acusaban de causante de la detención del delegado comunista en la misma y su repercusión en el Partido, cuya consigna, tenían como misión trasmitirla a los militantes de las organizaciones no comunistas a través de los activistas designados al efecto, quienes de buena mañana y apenas bajados al patio, se les acercaban para “colocarles el rollo recibido en sus respectivas reuniones de Célula por galerías la noche anterior”. Su predilección eran los jóvenes, más fáciles de impresionar por falta de formación.

Nuestros jóvenes, no les aceptaban como veraz la información que les daban al respecto, pero desconocedores de los hechos que les señalaban, tampoco les refutaban.

Entonces, y para echar por tierra tales patrañas, me impuse la obligación de reunir todas las noches a los jóvenes en la galería, y darles charlas informativas. Nuestros jóvenes asimilaban prontamente la información dada por mí, y a partir de entonces, en vez de recibir el “rollo silenciosamente, apenas acababa el activista encargado de colocárselo, le plantaban el de mi información”. Algunos de ellos, no contento con soltárselo, si me encontraba en sus proximidades, me llamaba para que avalase lo dicho por él. Cuando se daban estos casos, los Jefes comunistas que no perdían de vista a sus activistas, acudían en su socorro invitándome a dejarles, y polemizar con ellos.

—De acuerdo, pero en presencia de los hombres de vuestra base, para que después de oírnos juzguen quién miente, respondía yo.

—No, eso no puede ser. Se armaría un barullo entre nosotros, que en vez de acercarnos nos separaría más de lo que estamos me respondían.

Una de las veces les dije:

—Para evitar el barullo que se armaría con una polémica por el patio, cosa que no creo, os invito a que designéis uno de los vuestros que me reemplace cada noche en mi galería, a fin de que a la hora de recuento el efectivo sea normal, y yo

pasaré a una distinta de las vuestras. En ellas podremos polemizar tranquilamente.

—Eso es menos posible todavía —me respondieron.

—¿Por qué? —pregunté.

—Sembraría el confusionismo.

—El confusionismo se siembra con la táctica que estáis llevando a cabo. Ya veis que con mi propuesta yo estaría en inferioridad de condiciones a vosotros, y a pesar de ello estoy dispuesto a llevarlo a cabo.

—No. No. Se sembraría el confusionismo y la desunión,

—Con mi propuesta se haría la luz, cosa que vosotros no deseáis para vuestros camaradas.

A partir de aquel día, el Partido desmontó su aparato de Agi-Pro. Sus activistas ya no buscaban a nuestros jóvenes, pero éstos sí a ellos.

Al tercer domingo de encontrarme en el patio general, al salir de misa, un grupo de nuestros jóvenes y activistas del partido formaron un gran grupo, discutiendo a voces. Me acerqué a él y viendo que discutían sobre el problema que hacía días había dejado de mano el partido, medié en la discusión.

Ante la imposibilidad de rebatir mis argumentos, uno de los activistas, refiriéndose al número de internos controlados por los distintos movimientos, me dijo:

—Tú dirás lo que querrás, pero mira, NOSOTROS SOMOS MÁS. Con la mano me indicó a los que nos rodeaban.

Miré a nuestro rededor y vi a toda la población reclusa reunida en torno nuestro, mientras la plantilla se había retirado al fondo del patio sin quitar la vista de nosotros.

—En efecto. Sois más, pero es más CHIVATOS que nosotros, pues mientras los Confederales tenemos a gala salir de gobernación o los cuartelillos sin denunciar a ningún compañero, vosotros, por debilidad unos y en obediencia a la consigna recibida al respecto los otros, denunciáis hasta a vuestro padre.

Mi respuesta excitó al activista en cuestión hasta el extremo de levantarme la mano.

—Si me tocas hay sangre hoy aquí —le dije.

Por el acento de mis palabras y la actitud que adoptaron nuestros compañeros, sus jefes se dieron cuenta de que iba en serio, y mientras unos se llevaban a su activista, otros me rodearon invitándome a conversar con ellos.

—Conversar con vosotros sólo lo haré en las condiciones que os propuse. Yendo cada noche a una de vuestras galerías y

organizando una controversia, pero no quiero daros el gusto de que luego le falseéis la información de lo hablado a vuestra gente.

Se disolvió el grupo sin más consecuencias que la excitación del momento.

Al día siguiente lunes, el recluso ordenanza del Director, afiliado al P.S.O.E., me dijo:

—Me ha dicho el Director que se ha enterado de las batidas que estás dando a los comunistas, y que ha dado orden a la plantilla, de que mientras no vea que se llega a las manos, que no se metan con los grupos que polemizan, y en particular con el en que estás tú.

—Dile al Director de mi parte si es que vienes mandado por él para hacérmelo saber, que a partir de ahora y mientras esté en esta prisión, he terminado de polemizar con los comunistas y con nadie. Si hasta hoy lo he hecho, ha sido por convicción y con la creencia de que corría el mismo riesgo que ellos, pero que ahora que me sé bajo su voluntaria protección, sellaré los labios por mucho que me escueza lo que digan, prefiero la animosidad comunista a la protección del Director.

Como lo dije lo hice. Cosa que aprovecharon los comunistas para poner en función nuevamente su aparato de Agi-Pro.

El día 23 de Octubre, estando por el patio, fuimos requeridos por el Jefe de Servicios el compañero Lorenzo Íñigo y yo.

Nos presentamos a él y nos llevó personalmente al Locutorio de Jueces, colocando a un oficial de guardia en cada una de sus puertas para que no fuésemos molestados.

A nuestra entrada el Locutorio estaba desierto. Nos miramos sorprendidos por ser ambos de distinto expediente.

A los dos minutos, por la parte destinada a los jueces hicieron su presencia dos señores bien vestidos, con la Cruz de Calatrava en la solapa de la chaqueta.

Uno de ellos, nos dijo ser Fiscal en funciones de asesor del Ministro de Justicia y Secretario General de Movimiento, venido a visitarnos con su compañero por orden de un grupo de altas personalidades del Ministerio de Justicia, encabezado por el propio Ministro, para abordar con nosotros el problema político y hacernos una proposición.

Perdón señor —le dije. El problema político, nosotros no podemos abordarlo más que con los hombres pertenecientes a los movimientos con quienes se relaciona nuestra organización. En cuanto a proposiciones, como reclusos aunque confederales, no podemos recoger ninguna. Busque Ud. nuestra organización en la calle si es que la encuentra y preséntensela. Si ella la recoge y considera que

debemos de conocerla y opinar sobre ella ya nos la transmitirá.

—Esperaba, esa respuesta.

—¿Entonces...? —dije.

—A pesar de ello hemos creído conveniente venir y hablar con

Uds.

—Han perdido el tiempo.

—No. Escúchenos y verán cómo no hemos perdido el tiempo. Somos reclusos y se nos ha traído aquí sin decirnos para qué. Si se empeña en hablar, como no somos sordos le oiremos, pero no le escucharemos. Tan pronto salgamos al patio olvidaremos voluntariamente lo que nos digan, —respondí.

—A pesar de ello, escuchen —dijo. Y comenzó a decirnos:

«Como les he dicho en principio, en el Ministerio de Justicia, hay un numeroso grupo de personalidades entre las que se encuentra el propio Ministro titular de la Cartera, que a la vista de la documentación que le ha sido interferida por la policía al último Secretario del Comité Nacional detenido, visto el patriotismo que se refleja en ella aunque enfocado

desde el ángulo opuesto a nosotros, ha considerado de necesidad este contacto para decirles que estamos dispuestos a llegar a un entendimiento con la C.N.T. y entregarle la C.N.S. con autorización de que cambie el nombre por el tradicional de la C.N.T. Con la entrega de la C.N.S., se les entregaría también las representaciones políticas y administrativas de la Sindical, facultándoles a la designación de los hombres que tuvieran por conveniente para su desempeño. El desarrollo de propaganda en los medios confederales para llevar al ánimo de sus militantes la aceptación de esta proposición, correría a cargo de Uds., para cuyo efecto serían puestos en libertad. Llegados a un entendimiento, la firma del compromiso se efectuaría, en el propio despacho del Caudillo, quien conocedor de la iniciación de esta gestión, espera le sea comunicado el resultado.

Tan pronto se firmase el compromiso, el Caudillo dirigiría a la opinión pública española una alocución informándola de la nueva situación y modalidad de estructuras que se establecía en España. Alocución que sería refrendada por otra y un manifiesto de Uds. notificando a España y al mundo la incorporación de la C.N.T. a las tareas públicas españolas. Como muestra de la evolución política de España, la alocución de la C.N.T. y del Caudillo, serian

seguidas de la promulgación de un Decreto de Amnistía concediendo la libertad a cuantos presos políticos sufren encierro por actividades clandestinas, excepto los de filiación comunista.»

Llegado a este punto de la proposición dije interrumpiendo impetuosamente al señor que la hacía:

—¿Uds. no se han parado a pensar que la C.N.T. jamás aceptaría la promulgación de un Decreto de Amnistía en el que se excluyese, fuere cual fuere su filiación política, a uno solo de los hombres que sufren encierro por actividades políticas, aunque al día siguiente de su puesta en libertad fuera ella la que tuviera que proceder nuevamente a su detención?

—Sí. Pero esta es nuestra proposición. Ahora Uds. están en su derecho de proceder a hacer sus contraproposiciones, las que como les he dicho antes, por conocer el Caudillo la iniciación de esta gestión y estar de acuerdo en ella, serían discutidas en su propio despacho y en su presencia para proceder a la firma del pacto de colaboración.

—Bien. Sin proponérmelo ni desearlo, le he demostrado que escuchaba con atención cuanto ha dicho —dije. Permítame que le formule algunas preguntas.

—Hágame cuantas quiera.

—Supongamos que llegamos a un acuerdo y la C.N.T. se incorpora al movimiento propiciando la consiguiente evolución política a la nación española. ¿Sabría Ud. decirme cual sería la reacción de las fuerzas vivas del país? — pregunté.

—Sí. La Falange, según nos ha hecho saber, se escindiría. La parte mayoritaria entre la que cuentan sus dirigentes de mayor prestigio, se incorporaría a la nueva situación y marcharía con Uds. La minoritaria y sin personalidades de relieve según ha manifestado, marcharía con el comunismo. Los monárquicos, viendo que con la nueva situación se alejaba la posibilidad de restauración en la que puedan brillar a su sombra, se pondrían enfrente. Los socialistas también se enfrentarían con ella, pero solamente por la postergación que representaría para ellos. De los comunistas no es necesario hablar, Uds. saben mejor que yo cual sería la orquestación que pondrían en movimiento para desprestigiarla y con ella a Uds. En cuanto a los militares, los verdaderos sostenedores de ella y a los que Franco como soldado ha sabido mantener a su lado con la concesión de prebendas que ha repartido entre ellos, viendo que con la nueva situación se le garantizaba la continuación de su usufructo, serían los más fieles mantenedores de ella. En cuanto a la posición de los socialistas y los comunistas, no

creo sea causa de hacerles dudar, pues si en vez de venir en busca de Uds. fuéramos en la de ellos, no les quepa duda de que aceptarían de inmediato.

—¿Y las potencias extranjeras ¿Sabría Ud. decirme la posición que adoptarían ante la nueva situación española?

—Pues sí. Inglaterra, visto que con ello se alejaba la posibilidad de la restauración y con ella la de continuar influyendo en nuestro país ya que siempre lo hizo a través de la corona, se enfrentaría con ella. Rusia, para que hablar de ella, internacionalmente haría lo que en España el partido comunista. Francia. La Francia del General De Gaulle, viendo la posibilidad de ir a la creación del bloque Latino con que sueña, la aceptaría y apoyaría desde el primer momento. Norteamérica que también conoce la realización de esta gestión y espera conocer el resultado para marcar su posición en la O.N.U. con respecto a España, la aceptaría y apoyaría desde el primer momento prestándonos toda clase de ayuda, y en cuanto a los países que giran alrededor del dólar, que remedio les quedaría más que aceptar la posición que marcase su Amo América.

—Estoy de acuerdo en su punto de vista que me parece sincero —dije. Pero permítame que continúe preguntándole.

—Pregunte, pregunte cuanto quiera.

—¿Franco no se ha puesto la cuestión de que su permanencia en la Jefatura del Estado puede ser motivo de obstáculo en el feliz desenlace de esta gestión?

—Sí. Y está dispuesto a dejarla, pero sólo cuando se haya constituido un Gobierno de fuerza. Gobierno que sólo ve con la incorporación de la C.N.T. en las condiciones de nuestra proposición.

—¿Por qué no da paso a la monarquía haciendo honor a la ley de Sucesión promulgada en Abril?

—Porque España no es monárquica.

—Pero tampoco es Fascista —repliqué.

—No. Pero la monarquía no se apoyaría en las bayonetas como se apoya el fascismo, y su duración sería limitadísima y catastrófica.

—Puede que tenga razón, señor —dije. Y como no creo que tengamos nada más que hablar podemos dar por terminada la entrevista.

—Se equivoca, es necesario concretar si aceptan o no la proposición para el desarrollo de la misión que les asignamos.

—Lo lamento, pero a este respecto le repito lo de un principio. Busquen la organización en la calle y háganle la

proposición que nos acaban de hacer a nosotros. Si la toma en consideración y cree que debe de darla a conocer a sus militantes y entre ellos a nosotros ya nos lo hará saber por los medios a su alcance. Nosotros daremos a ella nuestra opinión.

El compañero Lorenzo Íñigo que no se por qué razón permaneció callado durante toda la entrevista y yo, nos miramos y nos encaminamos a la puerta de salida llamando en ella para que se nos abriera.

—Oigan. Tengan presente que no se trata de Uds. solos. Se trata también de sus compañeros que pueden salir en libertad y Uds. no tienen derecho a condenarles a un largo encierro —nos dijo el mismo señor que había hablado.

—Llámenles a ellos y háganles la misma proposición. Nosotros ya les hemos dicho cuanto podíamos decirles —respondí.

Se abrió la puerta del Locutorio y salimos al patio. La población reclusa en su totalidad, estaba parada con la vista fija en la puerta del locutorio. A nuestra salida de él todos nos miraban con ansiosa curiosidad. Nosotros nos dirigimos al Comité Interior y le pedimos una reunión urgente.

Se celebró la reunión e informamos de lo hablado, pidiéndole sacase a la calle el informe sobre el particular a fin de que si dichos señores se dirigían a algún compañero

de los internados en otras prisiones, no pudiese argumentar nuestra conformidad para conseguir la de ellos. El Comité Interior accedió a nuestra petición y Lorenzo Íñigo me facultó a mí para que procediese a la redacción del informe, que suscribió una vez escrito. El informe lo dirigimos al Comité Nacional, pidiéndole lo diera a conocer a toda la militancia para que supiese a qué atenerse respecto a nuestra posición vis a vis de la proposición y de sus proponentes. El Comité Nacional Interior, dio salida al informe aquel mismo día.

Aquella misma noche y a petición de Lorenzo Íñigo y mía, el Comité Interior convocó a reunión en la galería. En la reunión, nos limitamos a decir que ante la delicadeza de la entrevista habida con los que se habían presentado para entrevistarse con nosotros y visto que debido a nuestra actitud no peligraba nada y mucho menos los intereses orgánicos, recabábamos se nos permitiese guardar silencio sobre la misma que ya que como podía atestiguar el Comité Interior, había salido un informe dirigido al Comité Nacional. Los compañeros, ahogando su curiosidad aumentada con nuestras palabras aceptaron y no se volvió a hablar más de ello entre los compañeros.

Los comunistas, picados en su curiosidad por ser una de las pocas cosas ocurridas en las cárceles que no trascendieron, en su afán de conocer lo que pudo haberse hablado en dicha

entrevista, cambiaron de consigna. Dieron de lado a la difamatoria de A.N. de F.D. y las organizaciones que la integraban, enfocando la nueva de:

“Que la prueba de que ellos eran más antifascistas que los cenetistas, era que a ellos no les visitaban las personalidades de la situación con proposiciones de ninguna naturaleza y a los dirigentes de la C.N.T. sí.”

Esta nueva consigna, fue propagada por los activistas, y como la anterior, puesta en el oído de la juventud libertaria por considerarla más fácil de convencer que a los viejos militantes.

Una tarde, paseando por el patio, oí como un activista lo decía a uno de nuestros jóvenes. Los paré y les dije:

—¿Sabes a que vinieron los señores de que hablas a este muchacho?

—Sí. A proponerte la libertad a cambio de la colaboración — me respondió con aplomo.

Supongamos que es así. Desde el momento que sigo aquí entre vosotros es porque la he rechazado. Luego ya te he dado una prueba de mi antifascismo. ¿Sabrías decirme si caso de hacerles la misma proposición a tus dirigentes la rechazarían?

—Hombre... —me respondió.

—Dudas. No me respondes categóricamente. Eso demuestra que no tienes fe en ellos a ese respecto.

—Hombre... —repitió.

—Mira, a tí no te digo nada porque sé que eres un pobre instrumento de ellos. Dile de mi parte al que te ha dado la consigna que me cago en su m..., que si tiene lo que todo hombre, que me diga en la cara lo que os ha dicho a vosotros que digáis. En cuanto a tí, por hoy dejo la cosa como está, pero a la próxima te rompo la cabeza.

Agachó la cabeza y marchó.

Aunque más sordamente que hasta entonces, la consigna continuó rodando.

A principios de Noviembre se evacuó la Prisión Central de Alcalá de Henares. Para nuestro traslado, a falta de esposas con que amarrarnos, se nos ató de a cinco con sogas. A nuestra salida de la Prisión encuadrados entre guardias civiles, las calles de Alcalá habían sido tomadas militarmente por la caballería de la localidad. Se nos trasladó en tren a Ocaña custodiados por gran número de guardias civiles encargados de impedir el acercamiento a nosotros del elemento civil, incluso el familiar de los detenidos.

En Ocaña, al igual que en Alcalá, se nos alojó por filiación en las galerías. Los Nacionalistas Vascos, como en Alcalá, pidieron pernoctar en la galería de los Confederales.

En Ocaña continuó la consigna contra los que habíamos mantenido la entrevista con los representantes del Ministro de Justicia, J. P. el cabecilla del grupo orgánico escindido en la organización se sumó a ella.

Una tarde, con la sana intención de resolver la cuestión con él, le abordé diciéndole:

—Amigo J. P. admito que los comunistas en su afán de desprestigiar la organización a través de sus hombres, hayan llegado a lanzar la consigna que sus activistas propagan sin pararse a pensar en la veracidad o no de ella, pero no comprendo como tú, a pesar de tu posición puedas sumarte a ella.

—Me he sumado porque ello es una prueba más de la indignidad de los hombres que integráis la organización del interior —me respondió.

La respuesta me sacó de quicio, y sin pararme a pensar en lo que hacía, me lié a bofetada limpia con él.

Varios compañeros entre ellos G. H. que me sustituyó en la representación del Sub-Comité Nacional de Francia al

asumir yo la Secretaría del Comité Nacional, se lanzaron a separarnos.

El oficial de patio, se dio cuenta y corriendo hacia nosotros, cogió a J. P. y a G. H. llevándolos con él al centro. Yo permanecí expectante. Cuando vi que los llevaba con él a celdas me acerqué y le pregunté por G. H.:

—¿A dónde lleva Ud. a ese hombre?

—¿A Ud. que le importa? —me respondió.

—Si no me importase no se lo preguntaría —dije.

El oficial me miró sorprendido.

—Lo llevo a celdas —me dijo.

—¿Por la pelea? —pregunté.

—Sí.

—Entonces déjele y lléveme a mí. Soy yo quien se ha peleado. El solo intervino para separarnos. Que lo diga ese —añadí indicando a J. P. Este asintió y el oficial soltó a G. H. llevándonos a J. P. y a mí al despacho del Director.

Al entrar en el despacho del Director, este nos recibió de pie con el bastón de mando en las manos.

—¿Por qué os habéis peleado? —preguntó a J. P.

—Por los paquetes —respondió éste. El quiere que se lo traiga mi familia y yo le he prohibido que se lo traiga.

—¿Es cierto? —me preguntó a mí.

—No señor, ni mi familia conoce a la suya ni vive en Madrid.

—¿Entonces por qué os habéis peleado?

—En la Prisión no hay cuestiones personales, y yo como Director de la misma tengo derecho a saber lo que pasa entre los presos.

—En la Prisión, quizás no haya cuestiones personales, pero entre los hombres que estamos en ella sí. Yo como hombre me niego a decirle a Ud. porque me he peleado con éste.

El Director. D. Jerónimo de Toca y Ganzo, me miró iracundo.

—La suerte que tenéis —dijo, es que me pilláis de buenas, de lo contrario os daba de palos hasta que me lo dijerais, pero os meteré en la misma celda con un solo plato y una misma cuchara para los dos.

—Si nos mete en la misma celda —respondí, solo conseguirá, lo que ha evitado el oficial de guardia y nuestros compañeros.

—¿Qué es ello?

—Que uno de los dos quedemos tendido en la celda.

El Director me volvió a mirar iracundo. Seguidamente ordenó que se nos llevase a celdas por separado.

Nos puso cuarenta días de castigo.

Acabado el castigo volvimos a salir al patio general haciendo vida común con los demás.

Durante mi castigo, los compañeros de mi expediente y algunos más, planearon una fuga colectiva empezando los trabajos preparatorios. Me propusieron sumarme a ella y accedí trabajando con ellos. Cuando los trabajos ya estaban bastante adelantados, doliéndome escapar dejando en la prisión al patrón que había tenido en la calle —único detenido a causa mía—, una noche le dije:

—Oye. ¿Si tuviéramos ocasión de fugarnos unos cuantos te vendrías con nosotros?

La sola pregunta le asustó enormemente, pero reaccionando al instante me dijo:

—No. Pero si tu tienes ocasión escapa. Te echarán una gran condena.

—Yo sólo escaparía si lo hicieras tu también, de lo contrario el tribunal se cebaría contigo. Olvida lo que te he preguntado.

Fui a los compañeros con quienes me había comprometido, y les dije que continuaba ayudándoles, pero que no me fugaba con ellos. Los compañeros tomaron a mal mis palabras y me dieron de lado. Yo me abstuve de decirles que desistía de fugarme con ellos por sentimentalismo hacia el hombre a quien había comprometido con mi estancia en su casa.

A los ciento seis días de trabajar titánicamente, los compañeros dieron por acabados los trabajos preparatorios de la fuga. Durante el desarrollo del mismo, por efectuarlo en el hueco amurallado con una pequeña puerta de madera en el centro del vestíbulo de la escalera de acceso a la Escuela, los comunistas se dieron cuenta, y creyendo ver en ello la oportunidad que les permitiera imponer a la organización su cacareada UNIDAD, se dirigieron a los compañeros que preparaban la fuga exigiéndoles que nos impusieran la Unidad a cambio de su silencio vis a vis de la Dirección y la plantilla. A los compañeros les repugnó el chantaje, pero sabedores de que si no pasaban por él no habría fuga, se comprometieron a ello.

A partir de aquel momento, nos reuníamos a diario. En todas las reuniones, se planteaba por parte de los fuguistas la necesidad de la UNIDAD con los comunistas para el desarrollo de acciones conjuntas. Yo acabé comprendiendo el por qué de la actitud de los compañeros, pero ante el

temor de ser yo quien involuntariamente con mi opinión les impidiera poderse fugar, dejé de intervenir en las reuniones.

Finalmente y aunque a regañadientes, Ejarque, consiguió que se aceptase la UNIDAD con los Comunistas, y se designara una comisión para parlamentar con ellos, cuyas conversaciones empezarían el día que fijara él. Yo fui uno de los nombrados y acepté.

Dos días más tarde del nombramiento de la comisión, Ejarque manifestó que los contactos pro-unidad con los Comunistas debían de iniciarse al día siguiente. Aquella misma noche tuvo efecto la fuga. Toda la galería se dio cuenta de ello, pues para escapar, los compañeros fuguistas tuvieron que romper el cielo raso por el water, y formando escalera humana, colarse por el agujero que abrieron el primero para colgar la sogá por la que subieron los demás, pero no hubo uno solo que chistara. Hasta que tres horas más tarde calculando que ya habían tenido tiempo de alejarse de la Prisión, el compañero que hacía de cabo de la galería, después de decir al imaginaria que dijera que se había dormido y no se había dado cuenta de nada, sacando los brazos por entre los barrotes de la reja tocó palmas presentándose el oficial segundos después.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Que ha habido fuga. Me faltan doce hombres en la galería
—respondió el cabo.

—Eso es imposible. Por donde se van a marchar si está todo cerrado y esto es un tercer piso —dijo el oficial.

—Eso no lo sé. Pero lo cierto es que me faltan doce hombres en la galería.

El oficial abrió la puerta cancela y entró. Empezó a contar.

—En efecto, faltan doce hombres —dijo. ¿Pero por dónde? ¿Por dónde se pueden haber marchado?

En la galería no había uno solo que no nos hubiéramos dado cuenta de la existencia del agujero abierto en el cielo raso del water, pero ninguno lo mentó.

Azorado, el oficial volvió a cerrar la puerta y marchó. A poco reaparecía con el Director, el Jefe de Servicios y el resto de la plantilla. Cuando entraron en la galería, excepto el cabo y el imaginaria, todos simulábamos dormir sobre nuestros petates. Algunos, incluso fingían ronquidos y silbidos.

—Míralos. Todos duermen. Nadie se ha dado cuenta de que se fugaban sus compañeros —comentaba iracundo el Director con sus acompañantes. Son Genetistas. Buenos chicos todos ellos. Buenos para la horca.

Recorrieron la galería mirando por todos los rincones sin encontrar la menor pista. Finalmente al Director se le ocurrió mirar al water, y al ver los residuos del cielo raso por el suelo dijo a sus subordinados:

—No busquéis más. Se han ido por aquí.

Salieron de la galería y empezaron a recorrer los vestíbulos de las escaleras. En el de la escuela, colgando de la trampilla con cerco de madera existentes en el cielo raso, encontraron una cuerda similar a la del water de la galería por donde habían salido. Bajaron la escalera a paso ligero encaminándose al hueco tapiado que había en la misma, y lo encontraron lleno de tierra y pedruscos con la boca del túnel abierto para marchar. El Director ordenó al Jefe de Servicios que se introdujera por él y el Jefe de Servicios obedeció saliendo por el mismo a los talleres de vestuario existentes al otro lado del recinto. Cuando regresó el Jefe de Servicios y se lo explicó, el Director lo comprendió todo.

Los fuguistas, habían abierto un túnel subterráneo, cuya tierra iban amontonando en el hueco de la escalera de la escuela al amparo del muro que lo cubría. Para cubrir su objetivo, habían tenido que agujerear también los cimientos de los dos gruesos muros del recinto, a fin de llegar al taller de vestuario situado en el interior de la Prisión pero fuera del recinto, dejando para el momento de la fuga la rotura del cielo raso del water de la galería, por cuyo agujero saltaron

al hueco existente entre éste y el tejado, encaminándose después al ángulo donde se encontraba la escuela, en el que una vez llegados, ataron una cuerda con tela de petates, dejándose caer por el hueco de la trampilla con cerco de madera. Después bajaron la escalera internándose uno tras otro por el túnel, hasta llegar bajo el taller de vestuario. Una vez allí, rompieron también el piso. Salieron a la superficie, y trepando por la muralla que lo aislaba de la calle, se lanzaron al campo.

Hecha la deducción, comprendiendo el Director que para la ejecución de la fuga los fuguistas habían precisado muchos días, descargó sus iras contra la plantilla, acusándola de negligente en la vigilancia.

Ordenó tocar salida a patio y formación a paso ligero. Los reclusos de las otras galerías, desconocedores de la fuga, se preguntaban entre sí qué era lo que pasaba. Guando nosotros les aclarábamos la situación, la mayoría reían incrédulos. Sólo los comunistas que cominaron a nuestros compañeros para que nos impusieran la UNIDAD a cambio de su silencio, lo admitieron desde un principio.

Hasta entonces, en las galerías habíamos estado por filiaciones. Pero en aquel momento, el Director procedió a nuestro reparto por galerías caprichosamente con la esperanza de que al estar mezclados, no se repetirían más fugas.

Aquella misma mañana, una vez instalados en las nuevas galerías, los comunistas nos instaron a la reunión para conversar sobre las bases de la Unidad, nosotros aceptamos la entrevista, pero al plantear la cuestión el uno, le respondimos:

—No hay conversaciones ni UNIDAD, nuestros compañeros ya no precisan de vuestro silencio para poderse fugar.

Nos dirigimos mutuamente varios piropos de mal gusto y nos separamos.

En la tarde de aquel mismo día, empezaron a acudir a la prisión las primeras visitas oficiales para inspeccionar y ver por donde se había efectuado la fuga. Durante quince días, no cesaron de acudir visitas. Un General del Estado Mayor Central, a la vista del ímprobo trabajo y las condiciones en que lo habían desarrollado los fuguistas, dijo:

—Merecen cubrir su objetivo que sin duda alguna es llegar a Francia.

Pero tuvieron mala suerte. Excepto Ejarque y Romero, todos fueron detenidos en el Alto de los Leones por una Brigadilla de Guardia Civil.

Excepto la Junta de Régimen de la Prisión, toda la plantilla fue trasladada de ella.

Pasados dos meses en los calabozos de Gobernación, fueron llevados nuevamente a la Prisión con la prohibición formal al Director por parte del Coronel Juez Aymar de que les pegara.

Se les encerró individualmente en celdas. Incomunicados primero, y con sólo una hora de paseo por el patio transcurrido un mes de rigurosa incomunicación.

* * *

Transcurrían los meses en la pugna entablada entre comunistas y nosotros y el grupo en discordia aumentado por la detención del llamado Comité Peninsular de la F.A.I. y los que arrastraron con ellos.

Un día, anochecido, a los doce meses de detenido y siete antes de comparecer ante Consejo de Guerra, fui requerido a Jueces. Al entrar en el departamento destinado a los mismos, me encontré con los compañeros de mi expediente formantes parte del grupo de la frustrada fuga. Me miraron despreciativamente. Ante su actitud, me arrimé a la pared en uno de los rincones de la habitación en que estábamos.

El capitán de Carros de Combate encargado del simulacro de nuestra defensa, les fue llamando antes que a mí y notificándoles la pena que se les pedía. A manera que iban

saliendo de donde el capitán, se decían en voz alta para que me enterase yo.

—Me piden Treinta años.

Cuando yo salí de donde el capitán, volví silencioso al rincón que ocupara antes.

Como no les dijera nada, M. el enlace con Francia que había tenido yo durante mi actuación de Secretario en el Comité Nacional, me preguntó:

—Que te piden a tí.

—La pena de muerte —respondí. ¿Qué creías? ¿Qué me iban a absolver como dicen los comunistas a su gente para desprestigiarme?

Se miraron consternados y vinieron todos hacia mí.

—Si quieres, me dijeron, armaremos un escándalo en el Consejo para que lo suspendan y ganar tiempo. Lo interesante es salvar tu cabeza.

—No, con ello no adelantaríamos nada a mi favor y perjudicaríamos vuestra situación. Ahora, después de vuestra reacción, visto que he recuperado vuestra estimación que creía perdida todo me es igual. Uno u otro ha de pagar más que los otros. Puesto que el destino quiere que sea yo, pagaré a gusto.

Cuando salió el Jefe de Servicio del despacho del Juez para llevarnos a cada cual a su respectivo departamento todos me abrazaron.

Durante mi entrevista con el capitán, encargado del simulacro de defensa, éste se resistía a decirme la petición que me hacía el Ministerio Fiscal decidiéndose a ello cuando le dije:

—No tema decirme la petición que se me hace. Vengo preparado para recibir la noticia de que se me pide la de muerte.

—Esa misma es la que se le hace —me respondió.

—Entonces recabo el honor de enfocar la defensa. Si se tratase de años lo dejaría a elección de Ud., pero tratándose de la vida, recabo para mí ese honor.

—Bien, hágame un pliego de descargos y me lo manda por correo —me respondió.

Cuando entré en la galería, se agolparon a mi alrededor los compañeros y los Nacionalistas Vascos preguntándome la petición Fiscal. Cuando les dije que la Pena de Muerte, todos se sumieron en el silencio.

Me senté sobre el petate, y a la vista de los cargos consistentes en:

1º Ser declarado en rebeldía por el Tribunal Militar de Valencia desde el año 1939.

2º Haber pertenecido voluntario al ejército rojo.

3º Ser Secretario del Comité Nacional de la Confederación Nacional del Trabajo de España y haber organizado la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, publicando en su nombre prensa y propaganda incitando a la Rebelión y Bandidaje después de entrar clandestinamente en España procedente de Francia.

4º Haber falsificado la orden de libertad de J. J. C. P. y sellos y documentos de los organismos oficiales españoles.

5º Haber propuesto la alianza de las izquierdas con los monárquicos e iniciar los contactos con dichas fuerzas de derechas.

6º Haberme desplazado a Barcelona para convencer a la Regional Catalana que se mostraba reacia a ello de la necesidad de una entente con los monárquicos.

7º Haber firmado un VALE pidiendo armas al Sub-comité Nacional en Francia que deberían de ser repartidas entre los bandoleros de la sierra.

Redacté el siguiente pliego de descargos:

1º Contra la afirmación que sienta el Ministerio Fiscal en sus acusaciones de haber pertenecido voluntariamente al Ejército —verdad, puesto que como ferroviario estaba exento de la incorporación a filas—, he de manifestar que mi incorporación a dicho Ejército, lo fue en Noviembre de 1936 como consecuencia del llamamiento a filas de mi reemplazo (1934), decretado por el entonces Gobierno de la República.

2º Cuando fue hecha pública la nota tripartita Anglo-Americana el día 3 de Marzo de 1946, creyendo llegado el momento de reanudar mis actividades políticas para satisfacer mis aspiraciones, pasé a España clandestinamente haciéndome cargo de la Secretaría Nacional de mi organización. Desde ese momento y al establecer contacto con el organismo denominado Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, concentré todas mis actividades a conseguir de ésta la aceptación de una ENTENTE con todos los españoles, que además de permitirnos la convivencia pacífica, nos ayudara a levantar lo antes posible la economía del país, aprovechando así la buena disposición y apoyo de Norteamérica, Inglaterra y Francia firmantes de la nota tripartita.

3º Como exponente de esta política de Pacificación preconizada anteriormente, durante el período que actué como Secretario de mi organización, toda publicación de

manifiestos y prensa, fue inspirada en sentido de llevar al ánimo de todos sus militantes la aceptación de la línea trazada por el Comité Nacional que, culmina en el Mensaje Libertario dirigido al Pretendiente al Trono de España, Excm. Sr. Conde de Barcelona, y el DICTAMEN del mes de Marzo del pasado año 1947. Finalidad que fue conseguida como puede comprobarse por la colección de documentos de toda clase que obra en poder de la policía, resultando por lo tanto inexacta la acusación del Ministerio Fiscal en el sentido de que durante mi actuación se publicara documento alguno incitando a violencias de ninguna clase.

4º Si bien es cierto que firmé un Vale solicitando del Sub-Comité Nacional en Francia, el envío de armas y que figura en mi atestado y en las acusaciones del Ministerio Fiscal, resulta a todas luces incierta la finalidad atribuida por dicho Ministerio, ya que esas armas que no llegaron a venir, estaban destinadas a contener la agresión armada que ante las manifestaciones y amenazas que venía haciendo el Partido Comunista, se preveía realizara en el momento que considerase oportuno manifestarse violentamente en oposición a la solución pacífica preconizada por la Confederación Nacional del Trabajo.

Estas manifestaciones que no figuran en mi atestado firmado ante la policía por voluntad de la misma, fueron

valoradas por el Jefe del Segundo Grupo al serle expuestas, a cuya caballerosidad recurro para su certificación.

Es cuanto tengo que aclarar sin rectificar uno solo de los hechos reales y de los que me responsabilizo ante el tribunal.

* * *

Al día siguiente entré en la biblioteca y me senté en una de sus mesas para pasar en limpio sobre un papel de barba dicho pliego de descargos. El oficial encargado de la vigilancia en la misma, a su vista y sin atenerse a razones, me lo cogió y me llevó ante el Jefe de Servicios. El Jefe de Servicios, después de leído hasta donde llevaba escrito, me lo devolvió diciéndole irónicamente al oficial en cuestión:

—Sin duda alguna Ud. creará haber efectuado un gran servicio.

Acabé de pasarlo en limpio y lo deposité en el buzón de correo de la Prisión.

Setenta y dos horas más tarde, se presentó en la Prisión el capitán de Carros de Combate encargado de la defensa del expediente y me dijo:

—Lo siento mucho, pero yo no puedo enfocar su defensa en el Consejo de Guerra bajo la orientación dada por Ud. en el pliego de descargos. En fin de cuentas soy un oficial del régimen, y si me ajustase a lo que dice Ud. en él, expondría mucho más de lo que se figura.

—Está bien —respondí. No renuncio a su defensa porque podría perjudicar a mis compañeros de expediente. Ahora bien, le ruego que durante el desarrollo del Consejo defienda a ellos solos. Ya me defenderé yo por mi cuenta.

—De acuerdo —me respondió.

Y marchó tan ufano.

La noticia de la petición de pena de muerte para mí, cayó como una bomba entre los reclusos. En particular entre los comunistas de la base a quienes sus dirigentes decían una y otra vez que yo era un agente del franquismo infiltrado en las filas confederales. La mayoría de ellos, gente sana mal dirigida y que el antifascismo de los presos lo medían por la gravedad de las penas que se les pedían, empezaron a mostrarse deferentes conmigo no recatándose sus simpatías ni aun en presencia de sus jefes. Estos, para apartarles de mí y volverlos a colocar frente a mí, le decían

que la petición de pena de muerte para mí era uno de los muchos trucos del franquismo, que ya verían como salía absuelto del Consejo.

Siete meses después de notificármeme la petición de pena de muerte (el cinco de febrero de 1949), comparecí ante el Consejo de Guerra. A la hora de salir de la galería, excepto P. L. que creyéndome desmoralizado y para darme moral me dijo: —Yo no te abrazo, pues sé que vas a venir con una condena de manguta, no hubo uno solo de los compañeros que no me estrechara entre sus brazos, a pesar de creer la mayoría de ellos que dicha pena sería revocada por el propio Consejo.

Yo comparecí ante Consejo con la convicción de que sería mantenida dicha petición.

Cuando nos apeamos del camión en que se nos montó en la Prisión, ante el Ayuntamiento de Ocaña, lugar en que tuvo efecto la celebración del Consejo de Guerra, vi los coches de los Diplomáticos inglés, francés y americano, y a éstos reunidos en grupo. Los conocí por el aspecto. Por algo había convivido con las tres razas durante la guerra mundial.

Entramos en el salón de actos del Ayuntamiento, desierto en aquel momento, y se nos sentó en el banquillo de los acusados con un cordón de guardias civiles, armados detrás. Poco después se permitió la entrada al público, entre el que

entraron los Diplomáticos anteriormente mentados. Minutos después, se presentó el Tribunal y comenzó el Consejo con la lectura de los cargos por parte del relator. Cuando terminó el relator, como el Fiscal se abstuvo de formularnos la menor pregunta, el interrogatorio corrió a cargo del ponente o fiscal privado, quien nos fue llamando por orden de petición de menor pena, por cuya causa y por ser la mía la más grave, fui interrogado en último lugar.

En lo que más hincapié hizo el ponente para agravar mi situación, fue en el Vale de Armas antes mentado y en mi Jefatura sobre la C.N.T. Respecto a lo primero, yo mantuve la misma posición que ante Quintela cuando se lo presentó en mi presencia el agente que se lo entregó. En cuanto a lo segundo, negué rotundamente ser jefe de la C.N.T., ya que en ésta por sus características y estructura no existía jefatura alguna. Entonces, el ponente, para que yo confesase lo que se proponía me dijo:

—Ud. en la C.N.T., venía a ser lo que el uno en el Partido Comunista ¿No?

—No señor. Ni yo soy comunista ni la C.N.T., es un rebaño numerado para ser yo el uno —respondí.

—Quiero decir que por encima de Ud. no había nadie en la C.N.T. —rectificó.

—Si señor, por encima de mi estaban los plenos. Aunque Ud. lo dude, en la C.N.T., cuando más alta es la representación menos autoridad se ejerce en el sentido que Ud. invoca, ya que la misión es solo y exclusivamente la de hacer cumplir y velar por el cumplimiento de los acuerdos. Si me lo permite se lo demostraré con una definición de su desenvolvimiento federalista.

—Yo no he venido a discutir con Ud. de política. Solamente a informarle de un derecho —me dijo el Jefe de Servicios sonrojándose.

Pues ya lo ha hecho. Si no tiene nada más que decirme haga el favor de marchar. Me molesta su presencia y la de los oficiales que le acompañan.

El Jefe de Servicios se retiró con los dos oficiales que le acompañaban.

Por la tarde del mismo día, se presentó en la celda el capellán de la Prisión:

—Como debe saber —empezó diciéndome, yo soy el capellán oficial de la Prisión y como tal tengo la obligación de visitar a los condenados a muerte para prepararles a salvar el alma si tienen la desgracia de que se les ejecute. Por ello y por encontrarse Ud. en dicha situación, vengo a verle y ayudarle a prepararse.

Oiga, yo nunca creí en Dioses de ninguna clase. Si en estos momentos llegase a abrigar la creencia de la existencia de alguno de ellos y en particular de la del que Ud. representa, me llevaría conmigo el secreto a la tumba, pues de decírselo, Ud. sería el primero en no creerme y considerar que se lo decía para inclinarle a mi favor para que me trabajase la conmutación; por otra parte y para desprestigiar a mis compañeros en el patio, lo esgrimiría en más de una ocasión desde el pulpito, de manera que si quiere volver a entrar en esta celda, hágalo como hombre, pero no como capellán. Como capellán me negaré a recibirle.

El capellán titubeó un momento. Después me dijo.

—Bien. Volveré como hombre y hablaremos como hombres en lo sucesivo.

Se retiró.

Al segundo día de mi estancia en la celda de condenado a muerte, me fueron entregadas quinientas pesetas que me habían puesto mis hermanas en peculio.

A la hora de repartir el vino, se me abrió la celda. El encargado de servirlo en el departamento celular era compañero.

—Toma, de parte de fulano, y de fulano y de fulano, —me dijo sirviéndome tres vasos seguidos.

Yo no tenía costumbre de beber, pero en aquella ocasión y presintiendo que obedecía a algún plan premeditado los acepté bebiendome uno tras otro. Efectivamente, con mucha habilidad y en las propias narices del oficial que le acompañaba, me entregó una nota escrita que retuve en la mano al devolverle el vaso vacío.

Cuando cerraron la celda, la desdoblé y leí. En ella se me decía que mis hermanas, se habían presentado en la cárcel para entregar el paquete de comida que me habían traído de Valencia y que la cárcel se había negado a admitirlo, diciéndoles que mientras durase mi situación no podía recibir paquete, pero si cuanto dinero me mandasen, por cuya causa me habían puesto en ventanilla quinientas pesetas. Que de la cárcel habían marchado a Madrid presentándose en las Embajadas de los Diplomáticos que asistieron al Consejo de Guerra, a las doce de la noche, donde las habían recibido los secretarios de los Embajadores diciéndoles que éstos las recibirían a las doce del día siguiente. Que a la hora indicada habían vuelto siendo recibidas por los Embajadores personalmente, los que después de leerles los informes preparados para el envío a sus respectivos gobiernos, les habían dicho:

—Su hermano, ayer cuando el ponente le dijo como acusación haber pertenecido al maquis francés durante la guerra, dijo que no, que había tenido el honor de pertenecer

a los ejércitos aliados. ¿Tienen Uds. algún papel que lo acredite? Lo incluiríamos en este informe y no cabe duda de que surtiría más efecto ante nuestros gobiernos.

—Papel, no. Si vale esta foto, —respondió la que fue a la Embajada Inglesa, mostrándole al embajador una foto mía de uniforme militar aliado que llevaba en el bolso de mano.

—Si naturalmente. El papel puede ser falsificado, la foto no, —le respondió el embajador incluyendo de propia mano en el informe mi permanencia en los ejércitos aliados bajo la bandera francesa.

Que esta misma hermana, de la embajada inglesa marchó a casa del representante de D. Juan de Borbón en Madrid con quien yo me relacionaba durante mis funciones de Secretario y le expuso el desarrollo y resultados del Consejo de Guerra. Que este mismo señor, aparte de las gestiones personales que inició, había llamado a un abogado a su casa, quien en nombre y a petición de mi hermana solicitaba me fuera concedida la gracia de la conmutación. Que con dicha instancia se había presentado en casa del Capitán de Carros de Combate que asumió el nombre de defensor en el Consejo de Guerra y le había pedido que la firmase y diera el curso reglamentario por corresponderle hacerlo así. Que D. Pedro Núñez de la Rosa, no sólo se había negado a ello sino que le había manifestado estar de acuerdo con la condena que me había impuesto el tribunal, y que si de él dependiera

sería ejecutado. Que se habían insultado y salido tarifando. Que de casa del Capitán D. Pedro Núñez de la Rosa, mi hermana había marchado a Capitanía General, que al llegar, el Teniente introductor, avisado por el mismo abogado que redactó la instancia, la había introducido sin demora ante el Capitán General Muñoz Grandes, Capitán General de Madrid en aquella época. Que al entregarle la instancia a Muñoz Grandes después de explicarle la causa de su presencia ante él, mi hermana rompió a llorar, y que Muñoz Grandes le había dicho:

—No llore para hacerme comprender lo que siente, señora. En estos momentos, aunque por enfermedad, yo tengo a un hijo luchando entre la vida y la muerte y la comprendo perfectamente. Le doy mi palabra de padre de que como Capitán General, informaré la instancia pidiendo que se conmute a su hermano.

Que no me desesperase, que harían cuanto hubiera que hacer por conseguirme la conmutación.

Una vez leída, rompí la nota y la tiré al water haciendo correr el agua a continuación para que se llevase los trocitos en que la había convertido.

El contenido de la nota en sí, me sirvió de alivio, pero no pudo devolverme una tranquilidad de espíritu que por una razón que aún hoy no consigo explicarme, volvió a mí en el

momento de hacerme saber el compañero barbero que me rapó que me había sido mantenida en el Consejo la pena de muerte.

La tarde del mismo día, se presentaron en la celda el médico y el practicante oficial. El médico, me tomó el pulso.

—¡Qué cosa más rara! —comentó con el practicante. Después de dos días condenado a muerte le funciona normalmente. ¿Come y duerme Ud. bien? —añadió hablándome a mí.

—Sí señor —respondí.

—Es raro.

—¿Por qué? —pregunté.

—Por regla general, cuando se está en su situación, se pierde el apetito y se apodera de uno el insomnio.

—Eso será cuando se tienen remordimientos de conciencia. Yo no los tengo. Posiblemente eso le ocurra a los formantes del Tribunal condenatorio.

El médico me miró a la cara silencioso. Pasados unos segundos me dijo:

—Si quiere Ud. que consiga que se le autorice a una hora de paseo diario por el patio tendrá que fingir decaimiento para que yo pueda presionar al Director.

—Entonces no disfrutaré de paseo —respondí.

—¿Por qué?

—Porque no se fingir.

Sin más palabras marcharon.

Tras el médico y el practicante se presentó el maestro oficial. Me saludó amablemente interesándose por mi estado de salud. Seguidamente me dijo que algunos compañeros míos le habían pedido que me facilitase lectura que me ayudase a matar el tiempo y distrayese mi pensamiento. Que le dijera lo que deseaba leer.

—Estaba leyendo la *Historia Universal* de César Cantó —respondí.

—¿En qué tomo estabas?

—En el séptimo.

—Bien, ahora te lo traeré y algunos más siguientes.

—¿Quizás los estén leyendo otros reclusos?

—No importa, se los retiraré para traértelos a ti.

Marchó.

Media hora más tarde regresaba con diez tomos seguidos de la *Historia Universal* de Cantó y cinco novelas de Don José María de Pereda.

—Te traigo también estas novelas para que las alternes con la *Historia Universal* —me dijo. Cuando lo acabes de leer, si no he vuelto yo por aquí, llámame por medio del Oficial de servicio. Me estrechó la mano y marchó.

Tan pronto quedé solo, tendí el petate, me senté sobre él con el abrigo puesto a causa del endiablado frío que hacía, y cubriéndome las piernas con las mantas comencé a leer.

Caída la noche me había leído dos tomos de la *Historia Universal* y el *Primer Vuelo* de D. José María de Pereda.

Me acosté a dormir. Contrariamente a las noches precedentes, el sueño se negó a acudir a mí. Mi pensamiento se llenó de recuerdos de la infancia. Como hipnotizado, por el estrecho ventanuco abierto en lo alto de la celda, miraba y miraba el cacho de firmamento tachonado de estrellas que percibía por él.

Por fin, ya de madrugada, huyeron de mi pensamiento los recuerdos de la infancia y conseguí dormirme.

A la mañana siguiente me despertó el resbalar de las escobas por el suelo del túnel en que se encontraba la celda que ocupaba, en el que también estaban mis compañeros de

expediente castigados por la frustrada fuga. Al llegar a la altura de mi celda, los que barrían dieron un suave golpeteo con la escoba. Presté atención. Como viera que por la abertura existente entre el suelo y la puerta se introducía un pequeño rollo de papel higiénico me apresuré a cogerlo. En su interior había un trocito de lápiz y una nota.

El lápiz, como llevaba zapatillas de paño con suela de crepé lo introduje en la suela de una de las zapatillas para que no me fuese encontrado en ninguno de los varios cacheos diarios que se me hacían. Después leí la nota. En ella, los compañeros castigados por la fuga, me decían que estaban orgullosos y emocionados por la entereza con que sobrellevaba mi situación de condenado a muerte. Que ante la imposibilidad de poderme entrar comida, cuando el ordenanza gritase por el túnel “Encargos para el economato”, que llamase a la puerta para que me fuese abierta y pidiese lo que deseara. Que no me preocupase por el pago.

Efectuado el relevo de guardia, el ordenanza gritó: “Encargos para el Economato.”

Golpeé la puerta y me fue abierta por el oficial.

Al hacerle saber que deseaba encargar comida, me facilitó un trozo de papel y lápiz y en su presencia escribí lo que quería. Le devolví el lápiz, puse la nota y tickets equivalente

a cincuenta pesetas en el talego y se lo entregué al ordenanza que acompañaba al oficial.

Una hora más tarde se me abrió la celda y se me entregaba el talego con la compra. Dentro había el doble de lo que yo había pedido y vales por valor de treinta duros.

Me sentí emocionado al comprender que aquello era obra de los compañeros. Cada día hasta mi conmutación y salida de celdas, repetíase lo mismo. En el talego se me traía el doble de lo que pedía, y el doble de dinero que yo ponía en él al proceder al encargo.

Llegada la noche, después de oír cerrar la cancela del túnel en que estaba mi celda, saqué el cachito de lápiz de la suela de la zapatilla, y me puse a escribir a los compañeros del exilio con el papel higiénico.

La carta empezaba así:

“Queridos compañeros:

Desde hace setenta y dos horas he dejado de pertenecer al mundo de los vivos, encontrándome en celda de condenado a muerte. No sé si cuando salga de ella, será para reincorporarme a la vida o comparecer ante el piquete de ejecución. Si es para lo segundo tened la seguridad de que sabré

mantenerme digno hasta el último momento, por lo que fui y representé en la organización.

Después describía el desarrollo del Consejo y mis impresiones, acabando diciendo al recuerdo de las manifestaciones que en un acto público de Federica de que en: “ESPAÑA, BASTABA SER SECRETARIO DEL COMITÉ NACIONAL PARA PASAR A MINISTRO”, POR EL CASO DE LEYVA

Decidle a la Federica, que en España no sólo se pasa a ministro desde la Secretaría Nacional, sino que también se corre el riesgo de ser fusilado como lo estoy corriendo yo ahora, que si desea correr una de ambas pruebas, el camino de España está expedito, y la organización del interior no niega a nadie un puesto en el combate entablado.

Prisión Central de Central de Ocaña. Celda número 91. 8 de Febrero de 1949”

Cuando hube acabado la carta, hice un rollito con el papel y la guardé debajo de la cabecera.

Durante toda la noche permanecí desvelado para no ser sorprendido en un cacheo nocturno.

Amanecido, permanecí atento al deslizarse de las escobas por el suelo. A la altura de mi celda golpearon suavemente con una de las escobas, yo introduje por abertura baja la carta que había escrito por la noche, volviéndome a tumbar sobre el petate cuando la cogieron por fuera.

Las escobas, sin dejar de barrer se alejaron hasta perder mis oídos el susurro de su deslizamiento por el suelo.

Al quinto día de mi aislamiento en la celda de condenado a muerte se me sacó a pasear bajo la vigilancia de un funcionario en cada ángulo del patio en que paseaba.

Estando paseando, se me acercó el Jefe de Servicios y me notificó que la Junta de Régimen había acordado concederme permiso para fumar. Hacerme saber el acuerdo y entrarme unas ansias locas de fumar todo fue una misma cosa, pero no tenía tabaco, y hasta la mañana siguiente no me era posible encargarme que me lo comprasen en el Economato.

Recorriendo el trayecto de patio bajo el muro de la Octava Galería, experimenté la sensación de que algo se deslizaba pegado al mismo. Levanté la vista y apenas tuve tiempo de coger y guardar en el bolsillo un paquete de cigarrillos que bajaba por el mismo.

Sentí la tentación de abrirlo en aquel mismo instante y llevarme un cigarrillo a los labios. La domine y continué

paseando. Cuando hube dado dos vueltas más, lo saqué del bolsillo parando ante uno de los Funcionarios —buena persona a pesar del uniforme y la misión que desempeñaba en la Prisión y le dije:

—Haga el favor de darme lumbre señor Torres.

—Con mucho gusto —me respondió sacando el encendedor del bolsillo mientras me llevaba yo un cigarrillo a los labios.

—Gracias —dije después de encender.

El funcionario sonrió.

Yo le miré interrogativamente.

—He visto caer el paquete de cigarrillos y hasta la cara del que te lo ha mandado.

Debí de palidecer, pues añadió:

—Puedes fumar tranquilo. Si pensase hacer algo hubiera empegado por retirarte el paquete a ti e ir en busca del que te lo ha tirado.

—Gracias nuevamente —dije.

A la mañana siguiente, con el pedido al Economato incluí tabaco y cerillas. De tabaco se me trajeron veinte paquetes a pesar de, haber pedido yo solamente dos para el consumo del día. Cerillas no se me trajo ninguna, haciéndome saber el

jefe de celdas que se me autorizaba a fumar, pero no a tener cerillas en mi poder, que cuando quisiera fumar, que llamase, que vendrían a mi celda para darme lumbre. Entonces le pedí lumbre y encendí un cigarrillo. Con la colilla de éste otro y así sucesivamente durante todo el día.

El capellán, como quedamos el primer día, me visitaba diariamente. Se interesaba por mi salud y marchaba. El maestro oficial venía cada tres o cuatro días, me cambiaba los libros que había leído y marchaba.

A los quince días de mi condenación a muerte, fue condenado el comunista J. S. M., venido de Francia para reorganizar la U.G.T. y cuyo contacto estableció con un comisario de la plantilla político-social de Madrid llamado Poveda, infiltrado en los medios comunistas, al que después de informar de la misión que le traía a España, le encargó el montaje de una imprenta y tirada del primer número del portavoz que pensaba publicar en España en nombre de la U.G.T. El comisario le obedeció meticulosamente. Cuando hubo compuesto el número pedido, le invitó a ir en su compañía a visitar la imprenta montada. J. S. M. marchó con él, la imprenta resultó ser los calabozos de Gobernación.

A su entrada en celda como condenado a muerte J. S. M., se desfondó. El capellán cada vez que venía a verme, me exteriorizaba la sensación que le causaba mi entereza comparada con el desfondamiento de J. S. M. Una tarde me

invitó a pasar en su compañía a su celda para saludarle. J. S. M., era uno de los que se habían manifestado contra mí durante el período de desprestigio personal a que me sometió el Partido, pero dando de lado a las mezquindades humanas que se cometen en política, acepté y pasé en su compañía. Cuando aparecí por su celda, los ojos le brillaron con alegría un momento, pero su voz apenas salía de su garganta. Me consideré obligado a darle moral.

—¿Cómo te lo arreglas para mantenerte tan entero? —me preguntó.

—Antes de volver a España sabía a lo que me exponía. Pienso que he jugado y he perdido —respondí. Por otra parte, con el decaimiento no resolvería nada y haría reír a la plantilla. Antes que darles pie a ello y propiciar que por mí se mofasen de mi organización y de mis compañeros, me suicidaría.

J. S. M., no me respondió nada. Se limitó a mirarme como queriéndome decir:

—Cada hombre encaja esta situación de una forma. Yo la he encajado de ésta.

Una tarde, apenas entrado de nuevo en la celda acabado el paseo, se presentó el capellán. Venía trémulo y desencajado.

—¿Qué le parece? ¿Qué le parece? —me dijo. Los comunistas han condenado al Cardenal Mizensky a treinta años.

Yo me arrimé al muro del fondo de la celda con las manos en los bolsillos del abrigo y respondí:

—Me parece una monstruosidad.

—¿Verdad qué sí?

—Sí. Me parece una monstruosidad de que venga Ud. a lamentarse de que los comunistas han condenado a treinta años al Cardenal Mizensky ante un condenado a muerte por Uds. por el mismo delito que él ha cometido en su país, con la sola diferencia entre los dos, de que mientras él viste la toga Cardenalicia, yo el mono del trabajo, más grato a su Dios por aquello de: GANARAS EL PAN CON EL SUDOR DE TU FRENTE.

Cuando dije las últimas palabras me pasé el pulgar derecho por la frente como si me retirase de ella el sudor.

El capellán me miró perplejo. Cuando se rehízo me respondió.

—A Ud. se le ha condenado a Muerte porque la Sociedad es como el Cuerpo Humano. Cuando un miembro amenaza gangrena hay que amputarlo.

—Si con ello quiere decirme Ud. que he sido condenado a muerte por considerarme un indeseable, sepa y entienda que yo no me consideraré como tal mientras no lleve en el bolsillo el carnet de Falange, o me incline ante el altar del Dios que Ud. representa, porque un Dios que consiente que se le levanten altares sobre montañas de cadáveres como en España, y admite como plegarias los llantos de los huérfanos y las maldiciones de las viudas de sus fusilados, para mí no es tal Dios. Es un Monstruo.

El capellán me miró como si tuviese delante al Satán que invocan los católicos.

—Cuando Ud. me convenza de que no hay Dios, me haré Ateo —me dijo.

—Yo no tengo ningún interés en sustraerle a la Religión que profesa. Ud. si parece tenerlo en atraerme a ella. Cuando me convenza de que lo hay, me haré católico —respondí.

—¿Y cómo? ¿Cómo se lo he de demostrar?

—Con razonamientos. Pues de existir, no pierdo de vista que Ud. tiene poca categoría para traérmelo de la mano a la celda y proceder a nuestra presentación.

—Pues se lo demostraré, se lo demostraré.

En los tres días sucesivos, el capellán no apareció por mi celda. Cuando vino el cuarto, sin saber como, la

conversación recayó sobre política y me dijo que debía de tener conformidad y continuar encajando con la misma entereza mi situación, ya que ningún acto delictivo aunque fuera político quedaba sin pagar en la tierra y yo estaba pagando el mío.

—Según San Agustín yo no he cometido delito alguno — contesté.

—¿Cómo? ¿Cómo?

—Sí. San Agustín dice que cuando algún Príncipe gobierna en Tiranía no es delito ni pecado levantarse en armas contra él. Franco, hoy encarna lo que los Príncipes en la época de San Agustín y gobierna en Tiranía.

—San Agustín no puede haber dicho eso —me replicó.

—San Agustín lo ha dicho —afirmé. Cogí la *Ciudad de Dios* de San Agustín que estaba leyendo en aquellos momentos, en cuyo libro y página en que lo decía había puesto una señal, y abriéndolo por ella se lo planté ante los ojos.

—Eso debe de ser un amaño de una imprenta atea para desprestigiarlo —me dijo cuando lo hubo leído.

Su respuesta me arrancó una estridente carcajada.

Cuando callé, empezó a hablarme de los Santos Varones de la Iglesia, presentándose como modelo de ellos y de

austeridad a Pío XII, quien según él, había dormido durante cuarenta días en el suelo durante la Segunda Guerra Mundial para conseguir que los alemanes declarasen Roma, Ciudad Abierta.

—¿Ud. ha estado en Roma? —le pregunté cuando calló.

—No.

—Yo sí —respondí. Y he visto a Pío XII personalmente en la misa que ofició el día de San Pedro del año 1944 en honor de las tropas aliadas que la tomaron a los alemanes.

—¿Y qué?

—Que he visto que vive rodeado del mismo lujo y boato que sus antecesores. Lujo, boato y pompa de la que no disfrutó ninguno de los Reyes ni Emperadores que nos presenta la Historia.

—¿Y cómo quería Ud. que tuviese la Cristiandad a un Príncipe en la tierra?

—Haber empezado por ahí y nos hubiéramos entendido. Pero no pretendiendo engañarme haciéndome creer que Pío XII vive en la austeridad y sobriedad de un modesto ciudadano cualquiera. Por otra parte, para lo que esperaba ganar, no creo que fuera gran sacrificio dormir durante cuarenta días en el suelo. Los soldados que intervinimos en la contienda, no teníamos nada a ganar, puesto que lo mejor

que nos esperaba acabada, era recomenzar con un pasado dejado circunstancialmente para asegurar a los Píos XII la continuidad en la sillas papales que ocupan en sus respectivas actividades, y yo, ya ve, gracias a la catolicidad española, ni siquiera con el recomienzo de ese pasado cuento, y durante toda la guerra dormimos en el suelo, algunas veces sobre el barro, otras sobre la nieve, y muchas de ellas en el agua.

Salió haciendo FU de la celda.

Transcurrido un mes, a pesar de las animadoras notas que diariamente me hacían pasar por debajo de la puerta los compañeros cuando barrían, se apoderó de mí la creencia de la ejecución y sin que se relajase mi moral, sentí operarse una transformación en mi interior.

Todo me resultaba indiferente. El maestro continuaba trayéndome libros, pero yo no abría uno solo para leer. Sólo pensaba, pensaba, en mis años de infancia, de juventud, en mi vida de trabajo, en las guerras en que había intervenido y en mi madre, ignorante de mi situación por haberle ocultado mis hermanas que había sido detenido cuando se produjo mi detención, haciéndole creer que había regresado a Francia. Engaño que les resultó fácil ya que la pobre no sabía leer ni escribir. No dormía. Mi sola distracción era contemplar el reducido firmamento que percibía por el ventanuco de la celda. Muchas veces, contemplando las estrellas me decía:

LA NOCHE QUE ME FUSILEN ME GUSTARIA QUE ESTUVIERA TAN ESTRELLADO COMO AHORA PARA PODER CONTEMPLAR ALGO HERMOSO AL MORIR.

El capellán llegó a darse cuenta de la transformación en mí a pesar de lo bien que la disimulaba ante los demás cuando me abrían la celda para algo.

—¿Decaído? —me preguntó cuando entré en la cuarentena de días.

—No, conformado con mi suerte y dispuesto a morir. Ojalá fuera hoy mismo para acabar de una vez —respondí.

—Procure no decaer. Lo pasaría peor, y a lo mejor, quien sabe, tiene suerte y se le conmuta —me respondió.

Sus palabras y el acento con que las pronunció me llamaron la atención, pero distrayéndose mi pensamiento al instante no hice la menor observación.

El día en que cumplía los cincuenta y cinco de mi condenación, se me abrió la puerta de la celda a las once de la noche. El Jefe de Servicios escoltado por dos funcionarios me ordenó salir con un ademán de manos.

Salí de la celda y en el pasillo vi a J. S. M., entre dos funcionarios. A mí se me colocó entre los que escoltaban al Jefe de Servicios. Con el Jefe de Servicios en cabeza nos encaminamos a la pequeña puerta que conducía al recinto.

Cuando fue abierta, sentí frío a pesar de llevar el abrigo puesto y metí las manos en los bolsillos. Al salir al recinto vi a la plantilla de funcionarios al pie y a lo largo del muro. Levanté la vista para mirar las estrellas, y sobre el muro metralleta en mano estaba desplegada la compañía de la guardia civil de guardia en el penal.

—Nos sacan para fusilar —me dije.

A pesar de haber deseado con todas las fuerzas que llegase aquel momento para acabar de una con aquella situación, me sentí flaquear.

—No —me dije, No quiero que nadie se ría de mí en los últimos momentos. Saqué las manos de los bolsillos, levanté la cabeza y adopté el paso más arrogante que me fue posible.

Andado el recinto entramos en pabellón de las oficinas, entrándonos a J. S. M. y a mí en una de ellas. Dos de los Funcionarios quedaron en la puerta.

J. S. M. y yo, nos mirábamos en silencio a causa de la presencia de los funcionarios.

Transcurrió media larga y angustiosa hora. Al fin se presentó un comandante con aspecto sonriente. Contrastando su aspecto con los pensamientos que llenaban mi imaginación, le maldije en mi fuero interno.

—Señores —nos dijo sacando unos papeles del bolsillo y desdoblándolos ante nosotros. Hoy soy mensajero de buenas noticias. He venido para notificarles que el Caudillo ha tenido a bien concederles la gracia del perdón y han sido conmutados en el último Consejo de Ministros. Esto son los volantes del enterado que les ruego se sirvan firmarme.

Oyendo al comandante sentí recorrerme el cuerpo una fuerte e indefinible sacudida. Me arrepentí de haberle maldecido en mi fuero interno al creer que venía a ordenar mi muerte cuando en realidad había venido a devolverme la vida. Cogí la pluma que me alargó, y después de leer el escrito que me indicó, estampé la firma al pie.

J. S. M., en aquel momento,, se sintió valiente y se negó a firmar. Yo al recuerdo de como lo encontré la tarde que le visité en su celda acompañado del capellán, le miré y sonreí irónicamente.

El comandante, mandó a los dos funcionarios que firmasen por J. S. M.

El regreso a celdas lo hicimos con menos teatro que la salida. En vez de por el recinto se nos llevó por el patio general.

Cruzando el patio, J. S. M. me dijo:

—Yo ya sabía que íbamos a firmar la conmutación. Comuniqué esta mañana con mi hermana y me dijo que se lo

había dicho el NUNCIO DE SU SANTIDAD EN MADRID, QUE SE HA INTERESADO POR MI.

—¿Lo sabías y no me lo has dicho sabiendo lo que pensaría yo al ver el despliegue de la plantilla y la guardia civil por el recinto? —le dije iracundo.

—No he pensado —me respondió.

—Tienes la misma mala leche de siempre —repliqué guardando silencio seguidamente.

Al entrar en el túnel de las celdas, los compañeros castigados por la fuga, ante el ruido que se armó, creyendo que se nos sacaba para fusilar empezaron a gritar.

—No. No. Tranquilizaros —les dije. Venimos de firmar el enterado de la conmutación.

A los gritos de protesta e indignación, les sustituyeron los de alegría y las enhorabuenas.

Se me encerró en la celda.

Aquella noche tampoco conseguí dormir. Mi pensamiento se resistía a creer que fuera cierta mi nueva situación.

A la mañana siguiente, apenas tocó diana, J. S. M. fue trasladado al patio general. A mí, alegando mi peligrosidad, contra la norma seguida hasta entonces y que en J. S. M. se

cumplimentaba una vez más, el Director me retuvo en celdas.

Efectuado el relevo de la guardia, se me sacó al Patio con los castigados. Todos ellos corrieron hacia mí abrazándome entusiasmados. Mis compañeros de expediente reflejaban más contento que yo mismo. Mandaron al ordenanza por cerveza al economato, y celebramos mi conmutación bebiéndola.

A los dos días de firmado el enterado de la conmutación y estando haciendo vida común con los castigados, fui llamado a comunicar. Como aislado de los del patio general, comuniqué solo.

Cuando entré en el locutorio, tras la reja me esperaba mi hermana la menor acompañada de un ex-compañero enquistado en el Ministerio de Trabajo. Dicho compañero, a mi detención mandó a mi hermana a verme a Alcalá de Henares para que me preguntase de su parte si deseaba su intervención a mi favor y por mediación de sus relaciones hacer desaparecer mi expediente para sacarme en libertad sin que quedaran antecedentes, yo respondí a mi hermana que le dijera que agradecía su buena intención hacia mi, pero que antes de venir de Francia ya sabía a lo que me exponía y estaba dispuesto a sufrir las consecuencias. Ya no volví a saber nada de él hasta encontrarle en el locutorio. Como le mirase extrañado, mi hermana, después del efusivo

y natural saludo acabadas las graves circunstancias que yo había atravesado, me dijo:

Aquí tienes al factor decisivo de tu conmutación.

Su acompañante, me sonrió, se interesó por mi estado de salud y comenzó a decirme:

—Quizás no haya sido el factor decisivo de tu conmutación como dice tu hermana, pero si he puesto en juego cuanto ha estado de mi parte, importunando de día y de noche hasta conseguirla. Cuando me enteré de que se te había condenado a muerte, me presente en tu casa y dije a tu hermana aquí presente: No te digo que vayas a ver a tu hermano o le preguntes por carta si desea mi intervención a su favor porque sé que te responderá lo mismo que la vez anterior. Si se tratase de años le dejaría correr su suerte, pero como se trata de la vida voy a hacer cuanto pueda y este a mi alcance para salvársela, después, si no quiere nada conmigo, como hasta ahora, tan amigos como antes. Seguidamente empecé mi trabajo.

Comencé por dirigirme a los Delegados Sindicales de la C.N.S., diciéndoles quien eras, tu actuación en pro de los trabajadores valencianos desde la C.N.T. y tu situación actual. Algunos de ellos te conocían, pues no soy yo solo de los que pertenecemos a la C.N.T., el que colabora en la C.N.S. actualmente, y conseguí de todos ellos que suscribieran un

detallado informe de tu actuación en la C.N.T., cargos que habías desempeñado en ella, intervención en la guerra mundial, vuelta a España e incorporación a la brecha, que acompañado de un pergamino, dirigimos y entregamos a Girón pidiéndole su intervención en el Consejo de Ministros a tu favor.

Para su entrega cuya audiencia preparé yo, por ser de todos ellos el que más acceso tiene a Girón, designamos una comisión de seis, acompañada de tu hermana.

Cuando se le entregó el informe que constaba de quince folios. Girón lo leyó del principio al fin, y al acabar su lectura, se volvió a tu hermana y le dijo:

“Señora, el caso de su hermano es cuestión de romanticismo ideológico, pues un hombre que como él interviene en nuestra guerra, consigue escapar de la represión de los primeros tiempos pasando a Francia, hace la guerra mundial y gana derechos y honores y cuando ésta acaba, en vez de quedar en Francia para disfrutar de ellos vuelve a exponerse a España, no puede calificarse más que de exceso de romanticismo ideológico. Yo admiro a esta clase de hombres, y aunque enemigo político, le doy mi palabra de que le salvo la vida o me juego la cartera”.

—Es cierto. Me lo dijo así —dijo mi hermana.

—Porque también yo estuve condenado a muerte por lo de la guerra y me imagino lo que debes de haber sufrido estas semanas a pesar de tu entereza.

—Las tres últimas, sí. Tanto, que a cada momento deseaba ser ejecutado para acabar de una vez. Las primeras, no. Estaba tan tranquilo como en la galería antes de comparecer a Consejo.

—Por la galería, a pesar de haber abrazado en el patio, desfiló toda la población reclusa a darme la enhorabuena sin que faltase uno solo de los comunistas. El mismo a quien llamé la atención por oírle decir a dos de nuestros jóvenes, que la prueba de que sus jefes eran más antifascistas que los confederales, era que a ellos no los visitaban personalidades de la situación como a nosotros, por la visita recibida por L. I. y yo en Alcalá, después de abrazarme por segunda vez me dijo delante de dos de sus jefes y varios de nuestros compañeros:

—Amigo, ya puede decir quien quiera que sea lo que quiera de ti, que ya sé a que atenerme. Hasta que no se ve la recua no se conoce al arriero, y tu ya estás visto por mí. Los hechos cantan. No solo has sido condenado a muerte por el enemigo a cuyo servicio me habían hecho creer que estabas, sino que también te has comportado con más hombría que...

—Calla. No sigas —le dije yo poniéndole la mano en la boca comprendiendo que se refería a su camarada J. S. M.

—Sí. Callo. Pero quiero que sepas que en mi tienes un amigo para lo que precises, a pesar de nuestra diferente manera de pensar.

—Gracias. Igual digo —respondí ante la sinceridad de sus palabras.

Por la tarde de aquel mismo día, me reuní con el Comité Interior. En el transcurso de la reunión, pretendí hacer entrega del dinero que me había sido enviado a celdas y que no había tenido ocasión de gastar para mi alimentación debido a que me era pagado cuanto encargaba al economato. El Comité se negó a aceptármelo alegando haberlo enviado la organización para mi uso. Entonces decidí pagar una pinta de vino a cada recluso que fue bebida durante la cena.

La tarde del mismo día de mi salida de celdas, me visitó una comisión del Buró Interior del Partido para invitarme a un BANQUETE que habían acordado celebrar en mi HONOR. Al recuerdo de su campaña de descrédito anteriormente a mi condenación a la pena de muerte, sentí la tentación de enviarles a paseo, pero pensando que mi asistencia al mismo podía ser ante la gente de su base el mentís a la misma, acepté. Convinimos en que el BANQUETE se celebraría dos

días después en la quinta galería. Acabada la entrevista con la misma, reuní a nuestros jóvenes aguiluchos, y les informé de lo hablado, invitándoles a que cuando estuviésemos sentados a la mesa, pasasen todos ellos acompañados cada uno, cuando menos, de dos comunistas de la base.

El día y a la hora del banquete, vino a buscarme a la galería la misma comisión que me invitó. Yo marché con ella. En la quinta galería nos esperaba el resto del Buró alrededor de la mesa compuesta de camas preparadas al efecto. Sobre la mesa, excepto licores había de cuanto hubiera podido desear el paladar más refinado de la tierra. A nuestra entrada, se levantaron estrechándome la mano todos y cada uno de ellos con la mejor de sus sonrisas en los labios. Me cedieron el puesto de honor.

Nuestros jóvenes aguiluchos, habían trabajado tan bien a la masa-base del Partido, que está acompañada de ellos y sola por grupos, empezó a afluir en la galería en el momento que el Secretario del Buró empezaba a decirme con la prosopopeya que emplean en casos semejantes:

—“Camarada. A la vista de la dureza de trato que te ha dado el Fascismo por tu larga lucha a pesar de tu relativa juventud, y la entereza con que sabemos has soportado la prueba en que tantos hombres han fallado, el Buró del Partido aquí reunido, considerando de Justicia premiar en tí lo que ha condenado el Fascismo: TU HISTORIAL

REVOLUCIONARIO EN PRO DE LA CAUSA OBRERA, a falta de poderlo hacer de otra forma, acordamos llevar a cabo esta comida con tu presencia, de la que nos sentimos honrados, como comunistas, como españoles, como obreros y como revolucionarios.

Enhorabuena en nombre del Partido por tu conmutación.”

Cuando calló el Secretario, el resto del Buró aplaudió. A sus aplausos se sumaron los presentes que nos contemplaban de pie en la galería. Yo me consideré obligado a decir algo, y para que no pudiesen acogerse a mis palabras buscando después el establecimiento de conversaciones políticas, me limité a decir.

—“Yo, agradezco complacido vuestra invitación y las palabras del Secretario del Buró de este Penal, pero creo que no debemos de entrar en el terreno de los burgueses empezando a discursar, por lo tanto pienso que debemos de dejar de hablar y empezar a comer, pues os aseguro que la vista de lo existente sobre la mesa me ha abierto un apetito feroz. Os aseguro que ni a los capitalistas ingleses ni a los americanos, les vi una mesa tan bien preparada y tan variada durante la guerra mundial.”

El Buró sonrió complacido, pero algunos de los espectadores sonrieron significativamente captando la ironía de mis palabras.

La comida transcurrió tranquila, limitándose la conversación a preguntarme los componentes del Buró sobre mis impresiones durante el período de condenado a muerte. Después de la comida hubo pasteles, café, habanos y hasta coñac a pesar de la prohibición de su entrada en la Prisión.

A su terminación y cuando nos levantábamos de la mesa, el Secretario me dijo que haciéndose eco de mis palabras y para no entrar en el terreno del capitalismo, dejaba a mi elección la fecha y momento en que entablásemos conversaciones políticas que limase nuestras desavenencias y propiciaran un acercamiento. Yo no respondí nada, y cuando tres días después debido a mi silencio se me acercaron para que las comenzásemos, les respondí que mi posición respecto al Partido, continuaba siendo la por ellos conocida, que ni mi paso por la celda de condenado a muerte, ni el banquete que me habían ofrecido y que acepté por mi cuenta y razón habían modificado mis sentimientos. Ya no volvimos a hablar más.

Mi plan al aceptar la invitación al banquete, empezaba a dar su fruto. La gente de la base del partido, a la vista del mismo, comentaba a “Sotto voce” que sus jefes eran unos farsantes que les habían engañado respecto a mí, ya que no era posible que de ser el traidor que les habían hecho creer, hubieran gastado el dineral que debió de costar la comida, y que igual que les habían engañado respecto a mí, sin duda

alguna les engañaban con relación a los demás confederales y a la organización confederal misma.

A los cuarenta días de mi conmutación, llegó al penal la orden de mi traslado para la extinción de la condena. Sufrí una decepción, pues mientras a los conmutados anteriores se les trasladaba a San Miguel de los Reyes, donde soñaba ir por ser valenciano y tener en Valencia la familia, se me trasladaba a la Prisión Provincial de Segovia en calidad de aislado de los núcleos políticos, en evitación de que pudiera perturbar la tranquilidad que en ellos reinaba.

Llegué a la Prisión Provincial de Segovia el día 13 de Abril, a las doce de la noche, encerrándoseme en una celda.

En dicha Prisión, solo había sesenta reclusos por delito común, y un destacamento de cuarenta hombres por delito de guerra que diariamente salía a trabajar a la calle en la construcción de las llamadas VIVIENDAS PROTEGIDAS, concediéndoseles cinco días de beneficio por cada uno de trabajo.

Al día siguiente de mi llegada, 14 de Abril, era Jueves Santo. Los presos de guerra no salieron al trabajo.

A las once de la mañana, se me abrió la celda y se presentó el médico oficial para proceder a la revista sanitaria. Apenas me vio dijo al jefe de servicios que le acompañaba:

—«Este señor puede salir ya al patio. Se ve que va limpio.»

El jefe de servicios me ordenó salir al patio. Cuando salí al patio, de reducidas dimensiones, los presos estaban tumbados y sentados en el suelo por grupos. A un lado estaban los de guerra, la mayoría de ellos hombres maduros, al otro los comunes, la mayoría de ellos imberbes. Todos fijaron automáticamente los ojos en mí, mostrando por ellos la curiosidad que les despertaba mi presencia.

Como no conocía a nadie, encendí un cigarrillo y comencé a pasear solo.

Cuando tocó fajina, fui a la celda como los demás y cogí el plato volviendo al patio para incorporarme a la formación.

Estando formados y antes de que empezaran a repartir el rancho, el recluso que había junto a mí —preso de guerra—, dijo a otro que había delante de él:

—Pepe. Este se ve que es un carterista de talla, no un manguta como estos desgraciados de chavales.

—Calla, Sidret que te puede entender —le respondió el otro en catalán que era en la lengua con que le habló.

—Que va a entenderme. No ves la cara de gringo que tiene —contestó el llamado Sidret.

—A pesar de ello, calla. A nadie importa lo que pueda ser.

A mí me dio ganas de reír, pero aguanté la risa y permanecí serio como si no fuese conmigo lo que hablaban.

Con la comida en el plato volví a la celda. Me senté sobre el petate y comencé a comer.

A media comida se presentó en la celda un preso de guerra y después de saludarme me invitó a pasar a la suya para comer con él y unos cuantos más de sus compañeros.

—Gracias, ya estoy terminando —respondí.

—Entonces venga cuando acabe de comer y tomará café en nuestra compañía.

—Bien —respondí.

En vez de marchar ante mi respuesta, quedó mirándome en silencio.

—Pregúntame lo que desees —le dije sonriendo viendo la indecisión reflejada en su cara. La invitación que me acabas de hacer ha sido el pretexto para acercarte a mí.

—No del todo. La invitación es sincera.

—De todos modos, pregúntame lo que desees.

—Mira, estábamos comiendo y se ha presentado en la celda el preso que está en las oficinas. Es falangista y está por sangre, pero con nosotros se porta bien. Nos ha dicho que

ha leído tu expediente y que según el expediente has sido Secretario del Comité Nacional de la C.N.T. Los que estábamos comiendo y otros cuantos que vendrán después de comer a tomar café, somos confederales. Como comprenderás, al oírse lo decir...

—Bueno, hombre, mucho gusto —respondí tendiéndole la mano. Ve y acaba de comer que cuando termine yo pasaré a tu celda.

—Es la última de la derecha, de las de enfrente.

Marchó y yo continué comiendo. Cuando acabé, lavé el plato y me encaminé a la celda que me había indicado. Apenas entré en ella, quedé mirando a uno de los cuatro que había con el que vino en mi busca. El me miró también fijamente. De pronto se levantó y saltando por encima de los platos y del que había sentado delante de él se me abalanzó al cuello abrazándome. Era un viejo militante que había hecho la guerra conmigo en la misma brigada.

Si alguna duda tuvieron respecto a la veracidad que les dio el Falangista referente a mí por el expediente, los que compartían con él la celda, les desapareció ante la forma en que me recibió.

Me presentó a los demás y después de estrecharnos la mano me invitó a sentarme a su lado.

—Me cago en... —dijo con la naturalidad de quien pronuncia una alabanza. ¿Cómo me iba a imaginar yo que nos íbamos a volver a ver después de los años pasados? ¿Qué ha sido de tu vida estos años? ¿Qué condena traes?

—Poco a poco amigo, que si he de responder a todas tus preguntas hay materia para rato —respondí sonriendo.

—¿Desde cuándo estas preso?

—Desde el 21 de Mayo del año 1947.

—¿Entonces no vienes a trabajar para redimir?

—No, vengo aislado de los núcleos políticos. Según el ministro de Justicia se me ha mandado aquí para que no perturbe la tranquilidad en ningún penal.

—El muy c... Bueno, bueno, cuéntame. Cuéntame que ha sido de ti desde que acabó la guerra.

Los otros compañeros nos miraban sonrientes.

—¿Cómo no te vi antes en el patio? —dije yo.

—Me he pasado la mañana leyendo en la celda.

En aquel momento entraron en la celda cinco compañeros más que me fueron presentados como tales. Entre ellos el que dijo que debía de ser un carterista de talla y el que le invitó a callar.

—Como veras —le dije al estrechar su mano, no soy un carterista de talla.

—¿Pero me entendiste? —me preguntó enrojeciendo hasta las orejas.

—Naturalmente —respondí hablándole en valenciano.

—¿Por qué no me paraste los pies?

—Porque tus palabras me hicieron gracia, y pensé que el tiempo te sacaría del engaño en que te sumías voluntariamente.

—¿No me guardarás rencor?

—En absoluto. Presiento que seremos buenos amigos.

—Vaya, vaya. Lo Celebró.

La conversación se generalizó mientras tomábamos el café. Cuando lo hubimos bebido, mi viejo compañero de brigada insistió en que les contase que había sido de mi vida desde que nos separamos al acabar la guerra, y satisfice su curiosidad empalmando unas cosas con otras hasta el momento y causa de mi traslado a aquella Prisión.

No nos dimos cuenta del discurrir de las horas hasta el toque de fagina anunciando el reparto de la cena.

El resto de la semana, los reclusos trabajadores no salieron al trabajo. Las horas de patio las pasé con ellos. Nuestros compañeros me presentaron a los demás, socialistas en su mayoría, quienes por la psicosis creada entre los presos, me contaban su caso pidiéndome cuando acababan que le contase yo el mío. Por el cargo que había ostentado en la organización y la causa alegada por el Ministro de Justicia para mandarme allí, todos me guardaban las pequeñas atenciones a su alcance que tan grato hacen el encierro.

El Sábado de Gloria entraron siete reclusos comunes procedentes de Madrid.

Acabada la Semana Santa, se reanudó el trabajo y recomenzaron las clases escolares. Los nuevos ingresos habidos durante ella, fuimos requeridos por el maestro oficial. Al personarnos en la escuela, el maestro fue preguntando a los llegados el Sábado Santo, que se habían comido, en el argot carcelario. Oyéndole, yo me violento pensando la respuesta que iba a darle si me hablaba en los mismos términos, pero cuando acabó con ellos, se dirigió a mí en términos correctos y me preguntó:

—¿De qué Prisión viene Ud.?

—De la de Central de Ocaña.

—¿Estaba allí matriculado en la escuela?

—No señor.

—¿Por qué?

—Porque según el maestro oficial, mis conocimientos culturales eran superiores a las clases que se daban.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y cuatro años.

—Lo siento, pero tengo que matricularle y tendrá que hacer acto de presencia a las clases. Ahora bien, sin obligarle a que preste atención a mis enseñanzas. Durante ellas puede leer, escribir o dibujar. Lo que le plazca.

—Muy bien. Gracias —respondí.

Me matriculó. Me dio las llaves de los armarios-biblioteca y me dijo que escogiese el libro que me placiese para leer mientras daba la clase.

A los tres días de matricularme, al entrar en la escuela me dijo el maestro:

—Oiga, yo preciso su colaboración.

—Según y como sea la colaboración que me pide, si está a mi alcance se la prestaré gustoso —respondí.

—Sí. Deseo que se haga cargo de la Biblioteca.

—Con mucho gusto.

—Entonces tome las llaves.

Desde aquel día me encargué del reparto, recogida y control de los libros que entraban y salían de la Biblioteca.

Pasados dos días me dijo:

—Yo preciso ampliar su colaboración conmigo.

—Si es de tipo cultural no tengo inconveniente.

—Si lo es. Preciso que se haga cargo de uno de los dos grupos de alumnos, del que Ud. quiera.

—No. Del que me designe.

—Entonces encárguese del de analfabetos. Me da la impresión de que Ud. tiene más paciencia que yo y sacará más partido de ellos del que vengo sacando yo.

Sonreí y empecé la clase a la docena de jóvenes comunes que integraban el grupo de analfabetos, experimentando la íntima satisfacción de verme acogido con simpatía por todos ellos.

Al acabar la clase, recogido el material escolar me dirigí a la puerta para salir de la escuela.

—Espere —me dijo el maestro. Venga aquí.

Me dirigí hacia su mesa tras la que estaba sentado.

El maestro sacó la petaca y me invitó a liar un cigarrillo.

Yo titubeé.

—Acéptelo a pesar del uniforme y una vez terminada la clase míreme como a un amigo. Se lo ruego.

—Gracias por el margen de confianza que significa para mí su ruego —respondí cogiendo la petaca.

—El día en que se presentó a mí con los demás, Ud. se violentó por la forma en que les preguntaba ¿No?

—Sí —respondí sinceramente. Y de haberme hablado a mí como a ellos hubiera tenido que castigarme por la respuesta que pensaba darle.

—Tengo cincuenta y ocho años y llevo treinta en el cuerpo de prisiones. Cuando traspone esa puerta un hombre, no tengo más que mirarle para saber si es un delincuente o no. En Ud. vi inmediatamente al hombre honrado preso circunstancial. Yo, de haberme concedido la República la plaza que pedí para San Miguel de los Reyes en 1932, también podría serlo ahora, pues de haberme pillado allí la guerra, hubiera servido al gobierno de la República con la fidelidad que serví al de Franco, como funcionario del Estado que soy. A los comunes no les hablo como lo hice el otro día

por ensañamiento, sino para avergonzarles y que rectifiquen sus vidas. ¿Ud. es confederal?

—Si señor.

—En León conocí a Pedro durante la guerra, el hermano de Durruti. Estuvo preso por el apellido porque en realidad, el muchacho en política ni pinchaba ni cortaba. Nos hicimos muy amigos.

—Yo de los Durruti no conocí más que a Buenaventura — contesté.

—Lo supongo. Bueno vámonos.

Salimos juntos de la escuela. En la puerta del rastrillo, al despedirnos, el Jefe de Servicios me dijo que pasase con él al despacho del Director.

Al entrar en el despacho, quedé firme ante el Director sentado tras su mesa de despacho.

—Póngase cómodo —me dijo el Director.

Yo adopté la posición de descanso.

—Le he llamado, me dijo el Director, para decirle que cuando llegó Ud. a esta Prisión, francamente, al conocer su condena y actividades clandestinas en la calle me alarmé un poco por la perturbación que pudiera crearnos en la Prisión. Perturbaciones que a todos nos perjudicarían, puesto que a

mí me haría ir de cabeza y Ud. estaría entrando y saliendo continuamente en celdas. Ahora, después de los días que lleva aquí, estoy tranquilo y hasta satisfecho de tenerlo conmigo. He dado orden a la plantilla de que no se le moleste ni se le imponga la disciplina mientras se comporte Ud. como lo está haciendo, de manera que de su conducta depende la disciplina que se le aplique.

—Gracias. Suponía que habría dado Ud. esa orden.

—¿Por qué?

—Por la estrecha vigilancia que se ejerce sobre mí, pero sin molestias.

—¿De manera que Ud. se ha dado cuenta de que está continuamente vigilado?

—Si señor. Incluso cuando me quedo leyendo en la celda.

—Serán imbéciles —dijo el Director al Jefe de Servicios refiriéndose a los funcionarios; ahora resulta que en vez de ser ellos los que vigilan son los vigilados. Bueno, de todas formas, Ud. siga como hasta ahora que todos marcharemos bien —añadió dirigiéndose a mí. Otra cosa, aquí, como no ignora se le ha mandado para tenerle aislado de los núcleos políticos y sin embargo, por la existencia del grupo de trabajo, se le facilita la comunicación con la calle, porque

quien va a impedir que de vez en cuando le saquen alguna carta los presos de guerra que entran y salen diariamente.

—No lo he intentado ni lo intentaré, no por mí, sino por ellos. Sé que encontrársela encima, significaría que se le retirase la Redención y el derecho a trabajar. Para mi sería un cargo de conciencia prolongarles la condena por ello.

—Celebro que piense así. Puede retirarse.

Al dar la media vuelta para dirigirme a la puerta, por debajo del cortinaje que cubría la ventana del despacho que daba a la calle, vi dos pares de zapatos puestos sobre los respectivos pies. Sonreí pensando que debía de tratarse de dos policías de la plantilla local, y que el Director me había llamado para decirme lo hablado, a fin de que me vieran y oyeran.

Cada noche, como desde la entrada en la Prisión de los que salían a trabajar, hasta la hora de retreta permanecían las celdas abiertas, cenábamos juntos los compañeros de guerra y yo. La noche del día en que me llamó el Director, les conté lo hablado con él. Uno de ellos se echó a reír y me dijo:

—Cuando tengas necesidad de sacar alguna carta de estraperlo, avísamelo que se te sacará sin riesgo alguno.

Comprendí el por qué del sin riesgo alguno y sonreí también.

Los presos de guerra que salían al trabajo, por la empresa tenían asignado el mismo jornal que los trabajadores libres, pero en vez de percibirlo ellos, salvo 1.50 pesetas diarias que recibían en mano, lo percibía el patronato, quien abonaba a la Prisión el importe de un panecillo como suplemento de pan y un plato de sopa, enviando a su vez el importe de los puntos a las familias que nunca rebasaban las 250 pesetas mensuales. Cuando trabajaban a destajo, se les daba una tercera parte en mano y el resto se les ponía en la cartilla de ahorros. El destajo, por regla general era de pico y pala para igualar el terreno. Cuando se daba este caso, por la noche me explicaban las características y metros de terreno picado y yo se lo cubicaba para que el encargado de la obra no les engañase en la cubicación.

De entre la docena de analfabetos a mi cargo, había tres de una torpeza inusitada, pero voluntariosos y obedientes para conmigo. Por su buena predisposición hacia mí me propuse enseñarles a leer y escribir antes de que extinguiesen la condena, y pedí al maestro que me facultase para sacar al patio el material escolar correspondiente a ellos y darles clase por la tarde en el patio. El maestro accedió y consiguió el permiso para ello del Director. Con ello acabé de ganarme la voluntad de todos los presos comunes y la incondicional amistad del maestro, que me informó de las características de todos y cada uno de los funcionarios, indicándome los seis que estaban al servicio de la policía local por si se me

acercaban para tirarme de la lengua que no resbalase» A la terminación de la clase, permanecíamos juntos hablando hasta la hora de marchar él al Instituto local para dar las clases de Geología y Ciencias Naturales. Un día, de propia voluntad, me trajo el periódico de la calle. Mientras yo lo leía, me montaba él la guardia fumando y paseando por la puerta de la escuela. Desde ese día no dejó de traérmelo uno solo. Otro día me preguntó si quería estudiar alguna carrera. Que si quería estudiar la de leyes, me ayudaría y facilitaría los libros de su hijo mayor que la estaba estudiando.

—Me gustaría —respondí, pero no quiero que *Redención* el periódico para presos y penados, haga propaganda al respecto con mi nombre.

—Le comprendo y no insisto —me contestó.

Al mes de mi llegada, fui requerido al centro para que rellenase el oficial de Oficinas una nueva ficha establecida por la Dirección General de Prisiones. Me presenté y respondí a sus preguntas escribiendo él mis respuestas. Como viera que escribía una de las veces sin haberme preguntado nada, miré por encima de sus hombros, y vi que donde decía: ¿Es Comunista?, escribió SI. Oiga —le dije. Perdone mi imprudencia que celebro haber cometido, pero en vez de poner sí, donde lo acaba de poner, ponga un no.

—¿Por qué?

—Porque yo no soy comunista, y conste que no lo digo para que se me mire mejor que a ellos debido a que la política oficial del gobierno en teoría es anticomunista.

—Ud. ha sido juzgado por un Tribunal Militar contra el Comunismo y la Masonería y por lo tanto ahí he puesto lo que corresponde.

—Correspondería si no estuviese en interrogante, pero estándolo no.

—Bueno, bueno. Diga lo que diga, todos los juzgados por el Tribunal que lo ha sido Ud. son comunistas.

—Imagínese que el General Aranda cuyas actividades, antifranquistas son conocidas por el propio Franco, fuera detenido y juzgado por ese mismo Tribunal. ¿No cree que resultaría paradójico que Ud. le pusiera que es Comunista?

—Si no está conforme reclame al Director. Yo cumplo con mi deber.

—Desde luego que reclamaré.

Del centro marché a la celda y escribí una instancia pidiendo audiencia. Seguidamente se la entregué al Jefe de Servicios.

El Director me llamó al instante. Cuando le expuse la queja, llamó al Oficial y le hizo rectificar la ficha en mi presencia.

Desde aquel día me tomó una ojeriza cervical.

Una noche, después del toque de silencio, se abrió la puerta de mi celda y metieron a un chaval de simpático aspecto. El chico venía asustado.

Me contó que era el escribiente de la delegación sindical de Cuéllar, que el delegado sindical había efectuado un estraperlo de tres vagones de abonos, y le había pedido que se responsabilizara él, que mientras fuese preventivo le ayudaría y una vez condenado pondría en juego sus relaciones para sacarle en libertad.

—Reí.

—¿De qué ríe? —me preguntó.

—De tu ingenuidad. Ese tipo te ayudará mientras estés preventivo para que te responsabilices del hecho en el acto del Consejo. Después, si te he visto no me acuerdo. Y si una vez dictada la sentencia en firme pretendes decir la verdad, se querellará contra tí por difamación y sufrirás una nueva condena. Anda, no seas tonto y escribe esta misma noche al Juez pidiéndole su comparecencia para hacerle una declaración jurada.

El muchacho, perteneciente al FRENTE DE JUVENTUDES, en principio dudó, pero ante mi insistencia, acabó aceptando y escribió al Juez en los términos que le dicté yo mismo.

Quince días más tarde salía en libertad, pero el Delegado Sindical, a pesar de haber puesto al descubierto el hecho, no le reemplazó en la Prisión.

Al marchar, el chico no sabía como testimoniarme su agradecimiento

Al domingo siguiente a su salida, fui llamado a comunicar. Salí al locutorio extrañado por no haberme anunciado su visita ningún familiar. Al entrar en el locutorio me vi sorprendido por la visita del muchacho y su padre —camisa vieja—, quien ante la información que su hijo le dio de mí, sintió el deseo de conocerme para darme las gracias personalmente por haberle conseguido la libertad a su hijo con mi orientación.

Durante la conversación, el padre, hablándome con su peculiar lenguaje, me dijo:

—Es una verdadera pena que los hombres no llevemos reflejada el alma en la frente.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque sería la única forma de que nos encontrásemos las personas honradas. Hasta hoy, yo tenía a los rojos por lo que se decía de ellos. Después de haber intentado un Falangista perder a mi hijo para salvarse él, y haberse salvado mi hijo por la orientación de un rojo, yo ya no puedo pensar de unos

y de otros como he pensado hasta ahora. No sé como agradecerle.

—No tiene porque esforzarse para agradecerme nada. Sus palabras son mayor compensación para mí de lo que pueda pensar.

—Le hemos traído un paquete —me dijo el padre.

—¿Por qué lo ha hecho? —pregunté.

—No ha sido como pago a nada. Sé que hay cosas que no pueden pagarse con dinero ni nada que lo represente. Lo hemos traído como reconocimiento de un padre a lo hecho en favor de su hijo.

Yo no he hecho nada. Todo lo ha hecho el juez.

—Gracias a su orientación. Por favor acepte, el paquete.

—Bien por esta vez lo acepto, pero si vuelven a verme no se les ocurra traerme nada.

—De acuerdo.

Durante mi estancia en Segovia, cada quince días venían a visitarme el padre y el hijo.

Llegó el momento de proponer para la libertad condicional la primera tanda de los presos de guerra encontrados allí a mi llegada.

Cuatro de ellos no sabían leer ni escribir, y como existía una orden de la Dirección General de Prisiones prohibiendo la puesta en libertad de quien no supiese firmarla de su puño y letra, el maestro, les llamó haciéndoselo saber en mi presencia.

Los interesados le miraron consternados.

—Como lo arreglaremos, como lo arreglaremos —comentó el maestro. Sacarles del trabajo para enseñarles es prolongarles el encierro puesto que a partir del día que dejen de ir a trabajar, en vez de cinco por uno, redimirían uno por uno. No hacerlo es prolongárselo también, puesto que no podrán disfrutar de libertad hasta que no puedan y sepan firmar de puño y letra.

—Por la noche cuando llegan procedentes del trabajo les puedo enseñar yo —dije.

—¿Está dispuesto? —me preguntó el maestro.

—Sí. La tramitación de la libertad condicional son tres meses. Para enseñarles a firmar simplemente, me sobra tiempo.

—Bueno, hablaré con el Director.

El Director concedió el permiso. Desde aquel día, yo estaba a la espera de los cuatro futuros libertos analfabetos. Apenas entraban en la Prisión procedentes del trabajo, subíamos a

la escuela establecida en el piso alto, les escribía el nombre sobre una cuartilla, y lo repetían tantas veces como permitía el tiempo. Cuando supieron copiarlo, les pedí que lo hicieran de memoria.

El día en que les llegó la libertad, estamparon sobre el expediente una flamante firma. Al marchar, me abrazaron con las lágrimas en los ojos. Me compraron, una bandeja de pasteles y me la trajeron a la Prisión como testimonio de su agradecimiento.

En el mes de Julio vinieron a verme mi madre y mi hermana. Dos días antes ingresó en la Prisión por robo un individuo que hasta el momento de su detención había sido administrador de una Prisión. La plantilla, por honrilla profesional y para evitarle el contacto con el resto de la población reclusa, lo tenía permanentemente por el rastrillo.

El día en que llegaron, estando comunicando, se presentó el maestro en el locutorio. Se las presenté. Después de saludarlas atentamente, marchó. Al acabar la comunicación, me esperaba en la puerta del locutorio. Me cogió del brazo y me dijo:

—Venga conmigo. Va a abrazar a su familia.

Me sacó al recinto donde me esperaban mi madre y mi hermana que ya habían sido avisadas para lo mismo.

Al abrazar a mi madre, sintiéndola temblar sobre mi cuerpo entre mis brazos, comprendí la debilidad de la ancianidad y sentí una gran pena de no poder ser para ella el sostén que necesitaba.

Rompió a llorar.

Como estuvieran a pocos pasos de nosotros el Jefe de Servicios y el Administrador ladrón, dije a mi madre con malignidad contra ellos:

—¿Por qué llora? ¿Acaso estoy preso por asesino o ladrón?

—No hijo. Ya sé que no estás por lo uno ni lo otro, por eso me apena más verte en esta situación.

El Jefe de Servicios y el administrador recluso, encajaron mi alusión. El segundo agachó la cabeza.

Durante los quince días que permanecieron en Segovia mi madre y mi hermana, gracias al maestro, las abracé diariamente permaneciendo en el locutorio cuanto rato queríamos.

Al día siguiente de marchar mi madre y mi hermana, entró en servicio un nuevo Jefe de Servicios, separado del Cuerpo de Prisiones desde la terminación de la Guerra.

Por mi aspecto, el hombre comprendió que yo no era un delincuente, y preguntó a uno de los funcionarios quien era

yo y por qué estaba preso. Este, uno de los seis que se encontraban al servicio de la Policía, se lo hizo saber con la fobia que sentía contra los presos políticos.

A la segunda guardia, el nuevo Jefe de Servicios, observando que de todos los que desempeñaban destino sólo yo no percibía comida de enfermería, me preguntó la razón.

—No sé —respondí. Quizás no tenga derecho.

Sin decirme más marchó a la cocina y le hizo la misma pregunta al cabo de ella. Este le contestó que porque no era destino oficial.

—Como destinos oficiales, de los doce que se desempeñan en la Prisión solo hay tres, por lo tanto, si hay ración de enfermería para once, igual puede haberlo para los doce, de lo contrario solo la percibirán los tres a quienes corresponde.

El cabo de cocina, un Falangista ex-divisionario que estaba por robo, acostumbrado a hacer lo que quería con la complacencia de la plantilla y los demás Jefes de Servicio, se le encampanilló.

El jefe de Servicios quiso llevarlo a celdas.

—No lo haga —le supliqué yo a solas, y menos por mí.

El Jefe de Servicios insistió.

—Si no por mí, hágalo por Ud. —le dije hablándole claramente. Piense que ha estado muchos años represaliado y que no ha sido recibido con agrado por la mayoría de la plantilla. Le pondrán la zancadilla. A mí lo mismo me da comer de enfermería que del rancho general.

—Ahora lo hago más a gusto —me respondió mirándome con viva simpatía. No temas por mí —añadió tuteándome. Voy a ver al Director.

Cuando salió de entrevistarse con el Director, me dijo que éste le había dicho que creía que yo comía de enfermería desde el día que asumí el destino de auxiliar del maestro oficial, que de haber sabido que no era así, hubiera dado la orden. Me mostró la que acababa de dar por escrito.

Desde aquel día percibí la ración de enfermería a despecho del cabo de cocina y de algunos de los funcionarios.

Entre el nuevo Jefe de Servicios y yo, desde aquel día, se estableció una corriente de respetuosa amistad. El hombre hablaba cuatro idiomas, entre ellos el francés. A más del cargo en Prisiones ejercía la representación de papel de escritorio de una firma en Madrid.

Cada vez que entraba de Servicio, acabada la función de reocupación del mismo, venía en mi busca y me entregaba el papel que me traía para mi uso. Después paseábamos juntos charlando de lo divino y lo humano, cuando quería que los

funcionarios no dedujeran de lo que podíamos hablar por las palabras sueltas que pudieran recogernos, bajo pretexto de ayudarme a practicar para que no lo olvidase me hablaba en Francés.

Tres meses después de su llegada a la Prisión, era trasladado al Dueso.

La tarde en que marchaba y después de haber dejado de prestar servicio, vino a la Prisión y pidió al Director que me dejase salir al rastrillo para despedirse de mí. El Director accedió.

Cuando salí al rastrillo le encontré vestido de paisano. Me abrazó.

—Vengo a despedirme de Ud. exclusivamente por considerar que es el único amigo que dejo en ésta Prisión — me dijo, y por lo mismo siento de veras dejarlo preso. Si en algo le puedo servir, en la Prisión o en la calle el día en que salga en libertad, no dude en buscarme. Le serviré gustoso.

—Gracias, igual digo, D. Leonardo.

Me abrazó de nuevo y marchó sin saludar al funcionario que presenciaba nuestra despedida.

El día 23 de Diciembre, mi hermana se presentó en la Prisión para traerme el paquete de Navidad y encontrarse de nuevo dicho día en Valencia con la familia. Me dijo que durante el

trayecto, los agentes de la Fiscalía de Tasa en Ruta, ante el volumen del paquete y su contenido, habían pretendido requisárselo alegando ser un pretexto la etiqueta que llevaba en el mismo con mi nombre y dirección, que era para extraperlear. Que se había debatido como una leona contra ellos en defensa del paquete y conseguido que todo el vagón en que iba se les echase encima a los agentes de la Fiscalía.

En el paquete me traía varios libros. Algunos de ellos de Tolstoi y Unamuno. El jefe de servicios, alegando ser autores prohibidos, me retiró los de Tolstoi y Unamuno. Yo se lo planteé al maestro y éste me hizo ir con él donde el jefe de Servicios:

—A ver los libros que le han retirado a este señor —le dijo.

El Jefe de Servicios se los entregó. Después de mirarlos, el maestro me los dio diciéndome:

—Puede llevárselos.

—¿Cómo? Unamuno y Tolstoi son autores prohibidos —dijo el Jefe de Servicios.

—El Encargado de la Censura soy yo, no Ud., igual que yo no me meto en su servicio no se meta Ud. en el mío. Es cierto que son autores prohibidos, pero Tolstoi comparado con las teorías actuales no pasa de ser una hermanita de la caridad, en cuanto a Unamuno, es una vergüenza que no lo conozcan

todos los españoles, que las familias de los presos se interesen por dárselo a conocer a éstos y que los funcionarios de Prisiones traten de prohibírselo.

El Jefe de Servicios enrojeció ante las palabras del maestro.

Yo marché con los libros en las manos regocijándome interiormente.

Aquella misma noche, cuando ya me había acostado, me metieron en la celda a dos hombres de alguna mayor edad que yo. Uno de ellos, alto y seco estaba bastante decaído. Nos saludamos y me dijeron ser ex-guardia civiles, detenidos por haber consentido el paso de un carro de harina a estraperlear.

—¿No les cayó nada a cambio? —pregunté sonriendo.

—No. Podemos asegurártelo —me respondieron enrojeciendo hasta las orejas.

—No es a mí a quien se lo han de asegurar, sino demostrárselo al tribunal si quieren salir bien librados del juicio.

Me di cuenta que el alto y seco tenía las manos excesivamente callosas para haber sido guardia civil, y les pregunté cuanto tiempo llevaban separados del Cuerpo.

—Diez y ocho meses —me respondieron.

—Yo —dijo el alto y seco, los he pasado trabajando en la colocación de traviesas en las vías del tren en Asturias. Ahora se nos ha detenido nuevamente para comparecer ante el tribunal.

—Seguramente que ahora no pensará de los trabajadores como cuando estaba en el Cuerpo —dije.

—Pues no. Ahora comprendo muchas cosas que no comprendía antes —me respondía con acento sincero. Mañana Nochebuena —añadió hablando a su compañero. Y nosotros, lejos de la familia y sin nada con que poderla celebrar.

—Por eso no se apure hombre —dije yo. Esta tarde he recibido ese paquetón —les indiqué el que me había traído mi hermana. Les invito a cenar conmigo. Es decir, si no tienen a menos cenar con uno de los que Uds. deben de haber llamado rojos cuando eran guardias civiles, pues mi detención obedece a ello, a que soy rojo y no me avergüenzo de ello.

Se miraron entre sí. Después me miraron a mí y sonrieron.

—¿Convenido?

—Sí.

—¿Quién me iba a decir a mí que en la cárcel iba a invitar a cenar a un par de guardias civiles? —exclamé riendo a continuación.

Desde el día siguiente, el alto y seco ejerció el destino de ordenanza de rastrillo, el otro el de cabo de limpieza.

Anochecido la Nochebuena, en el interior de la celda preparamos la mesa entre los tres.

—Si lleváis alguna estampita en la cartera del Santo de vuestra devoción y queréis ponerla en la mesa podéis hacerlo —les dije sonriendo. Mientras no nos pidan pan, a mí no me molestará verla.

—No. No la llevamos —respondieron esbozando una forzada sonrisa.

Estando comiendo, se presentó en la celda el Director en su recorrido por todas ellas, acompañado del Jefe de Servicio y la plantilla. Nos miraron sorprendidos al vernos comiendo tan amistosamente.

El día de Navidad, yo comía con los compañeros de guerra. Como no era cosa de llevar conmigo a los dos guardias civiles, les dije:

—Yo voy a comer con unos compañeros. Si no queréis comer el rancho, ahí tenéis el paquete. Serviros de él.

A principios del nuevo año, salieron en libertad los compañeros. Sidret no tenía ropa con que salir aunque sí algo de dinero. Como yo ya vestía de penado, le di el traje que llevaba a mi llegada a la Prisión. Se lo puso y le venía que ni pintado. Su cara no podía reflejar más contento.

—Oye, parezco un señorito. Cuando me vean entrar en Tamarite... ¿Cuánto tengo que darte?

—¿Qué has dicho?

—Que cuanto tengo que darte por el traje.

—Nada. Quitátelo y déjalo donde estaba —le respondí serio.

—¿Por qué?

—Por preguntarme cuanto tienes que darme.

—Perdona hombre. No he querido ofenderte. ¿Y tú? ¿Qué te pondrás cuando salgas? —añadió pensando en mí repentinamente.

—Antes de que salga yo, habrás tenido tu ocasión de romper varios trajes —respondí.

Cuando marcharon todos ellos quisieron dejarme dinero, pero me opuse rotundamente alegando que les haría a ellos más falta en la calle que a mí en la cárcel.

Cuando traspuso la puerta el último de los compañeros cerrándose tras ellos, experimenté la sensación de vacío. Me había acostumbrado a ellos y tomado afecto.

A finales de Febrero metieron en la celda un cuarto. Era un chulapo con aires de D. Juan y olor a puta, que ejercía la representación de una joyería en Madrid y había intentado una gran estafa, teniendo la desgracia de ser descubierto con las manos en la masa, pero antes de que pudiera disfrutar de ella. Era amigo de uno de los funcionarios llamado Emeterio y que tenía peor leche que el resto de la plantilla junta. Antes de entrar en la celda, el tal Emeterio le habló sobre mí en presencia del ex-guardia civil que ejercía de ordenanza del rastrillo, quien al igual que su compañero, por mi conducta para con ellos, me trataba con respetuosa amistad, y me puso en antecedentes de ello.

El tal chulapo se llamaba Pepe, era falangista y ex-divisionario, por ello y la amistad con el funcionario, desde el momento de su llegada a la celda, se consideró el dueño de ella. Yo le paré los pies y se encabritó.

—Oye tú, flamenco —le dije dispuesto a todo. Aquí, aunque creas lo contrario eres un preso más, moralmente muy por debajo de mí, pues con tu acción, no sólo te has deshonrado tú, sino también al régimen cuyas ideas sustentas, ya que con ello has demostrado que eres indigno de él, o que en él no se puede vivir si no es a base del robo o la estafa.

Encajó tan bien mis palabras que ya no volvió a hablar más en la celda hasta el día de San José, en que al toque de diana se levantó con las lágrimas en los ojos.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? —le pregunté impresionado.

Pues siempre me impresionaron las lágrimas en los ojos de un hombre.

--Hoy San José, el Santo de mi padre y mío, en casa siempre lo hemos celebrado con alegría. Este año, por mi culpa, en casa no habrá alegría y yo no tengo ni un puro para celebrarlo —me respondió.

A mí todavía me quedaba un puro de la caja de ellos que me trajo mi hermana con el paquete de Navidad. Lo cogí y le dije alargándoselo:

—Toma. Fúmatelo. No te lo doy por ti, sino en honor a tu padre aunque no lo conozco.

Lo cogió temblante de emoción.

—¿Y pensar que D. Emeterio me habló tan mal de ti a mi llegada, pidiéndome que me guardase de establecer relaciones amistosas contigo ?

—Estaba en su obligación --respondí.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Si quiere que el régimen conserve las perlas falsas que se desgajan de su collar, es lógico que pretendan manteneros aislados de los hombres como yo.

—Pues esta perla se les ha desprendido para siempre —me respondió con fogosidad, pues mientras ellos diciéndose de los míos solo han tenido conmigo el detalle de las buenas palabras, tú has tenido uno que no olvidaré mientras viva por el honor que has hecho a mi padre con tus palabras.

—Vaya hombre, sientes respeto hacia tu padre; no puedes ser lo malo que aparentas con tu aspecto de chulapo. Fúmate el puro y si continuas pensando en Falangista sé fiel a tu pensamiento. No lo deseches por un puro, que es muy poca cosa.

En Abril, por orden de la Secretaría Eclesiástica de la Dirección General de Prisiones, se impuso a los capellanes la obligatoriedad de dar una hora de catequesis diaria.

El día en que se empezó, acabada la clase de Cultura General, cuando se iba a salir al patio, se presentó el capellán en la escuela y nos retuvo a todos.

Empezó a hablar sobre la Creación. Finalizada su disertación al respecto, preguntó si nadie tenía nada que objetar a lo dicho por él, y como todo el mundo guardase silencio, se dirigió a mí personalmente preguntándome si tampoco yo tenía nada que objetar.

Comprendiendo que la pregunta era intencionada, me puse en pie y respondí:

—Podría objetar muchas cosas, pero no pierdo de vista mi situación y las consecuencias que ello podría acarrear, como por otra parte tampoco tengo ningún interés en sembrar el confusionismo entre los presentes ni entorpecer su misión, le ruego que respete mi silencio.

—Está bien. Siéntese —me dijo enrojeciendo hasta las orejas.

Continuó la catequesis. Cuando la dio por terminada, al dirigirme yo a la puerta me dijo:

—Espere. Quiero hablar con Ud.

Yo esperé. Cuando hubo salido el último de los presentes me invitó a sentarme frente a él y me dijo cuando me hube sentado:

—Reconozco que ha sido Ud. más sensato que yo.

—Gracias por la concesión.

Iniciamos una conversación que derivó en polémica sobre religión. Por los puntos que yo le remarcaba, solo sabía pedirme que les mirase bajo un punto de vista más espiritual del que los presentaba.

—Cuando lo merezcan por los hechos —respondía yo cada vez que me hacía la misma petición.

—¿Hay algo más espiritual y hermoso que la caridad cristiana? —me dijo una de las veces en que le di dicha respuesta.

—Sí. La Solidaridad Humana. Mucho más espiritual y hermosa cuando es un obrero el que la practica, sobre todo en España.

—¿Por qué?

—Porque para practicarla, empieza por quitarse de la boca lo que da sin la egoísta esperanza de ganar el cielo como los que practican la caridad, y además corre el riesgo de ser encarcelado como tantos presos hay por el solo hecho de haber aportado ayuda económica a los presos.

Me miró perplejo.

Otra de sus contradicciones y que desmiente la espiritualidad de la Iglesia o la de los que la representan, es que Uds. los capellanes dicen que la misa es libre y voluntaria y que la asistencia a ella debe de hacerse con la predisposición de una entrega total a Dios; y sin embargo, a nosotros, los presos políticos, por humillarnos nos fuerzan a asistir a ella, sin pararse a pensar que la responsabilidad del sacrilegio que ello representa recae sobre su conciencia, y

que posiblemente, por el hecho de asistir forzados, nos la podemos pasar maldiciendo al Dios al que pretenden acercarnos.

Me miró más perplejo todavía.

—La misa, —me dijo pasados unos segundos, es un acto de cuya asistencia no puedo eximirles por ser oficial y reglamentado, pero le doy mi palabra, de que a partir de mañana, la asistencia a la Catequesis será voluntaria.

A las cinco de la tarde nos separábamos. Yo quedé sin comer ese día por no pasar por la cocina a su hora para recoger la comida, pero ante lo dicho al capellán quedé satisfecho.

Al día siguiente el capellán se retrasó un cuarto de hora. Cuando llegó, la corneta tocó a formar para la catequesis, pero cuando acabó el toque, el corneta dijo que la asistencia era voluntaria.

Los comunes que eran los únicos que asistían, por ir al trabajo los de guerra que quedaban en la prisión, me miraron para secundar mi actitud. Dándome cuenta de que de no asistir yo no asistiría ninguno de ellos, para que no se me responsabilizase del hecho, me encaminé a la escuela seguido de todos ellos.

Al trasponer la puerta el capellán me miró asombrado.

Empezó la catequesis. Al acabar me pidió que me quedase.

—¿Cómo ha asistido Ud. hoy siendo así que la he hecho voluntaria para evitarle a Ud. la asistencia?

—Porque de no haber asistido yo no hubiera hecho acto de asistencia nadie, y a caballero Ud. no me gana.

—Gracias —me respondió tendiéndome la mano.

Llegó la semana de la Merced, fiestas del Cuerpo de Prisiones. Durante los días que precedieron a la festividad, el capellán se dedicó a dar conferencias sobre Religión y la fundación de Orden Mercedaria. La víspera del día de la Virgen, se dedicó a confesar a los que creía que iban a comulgar al día siguiente.

Los dos guardias civiles y Pepe que compartían conmigo la celda confesaron, pero pensando que no comulgarían al día siguiente, cuando nos cerraron la celda les pregunté:

—¿Qué pensáis hacer mañana?

—No comulgar —me respondieron con rotundidad.

—Si en alguna estimación me tenéis, comulgar.

—¿Por qué?

—Porque de no hacerlo, el capellán y la plantilla me responsabilizaran a mí de vuestra abstención.

—No creemos, y si lo hicieran te defenderemos.

Al día siguiente, a pesar de haber confesado todos los comunes, solo cuatro de ellos comulgaron. De mis compañeros de celda ninguno.

Tres días después, el capellán se encontró en el rastrillo con el guardia civil que estaba de ordenanza en el mismo.

—Oye, tu no comulgaste el día de la Merced. ¿Verdad? —le preguntó.

—No.

—¿Por qué?

—Mientras esté en esta situación no pienso hacerlo. El día que salga en libertad, ya veremos —le respondió.

Estando hablando el capellán y el guardia civil, se les acercó Emeterio, el funcionario amigo de Pepe, quien dándose cuenta de lo que hablaban medió diciendo:

—¿En buena celda están para que comulguen?

—Cómo. ¿Qué quieres decir? —preguntó el capellán a Emeterio.

—Que están en la celda de...

—Pero hombre, como se les ocurre a Uds. meter a gente nuestra en la celda de ese. ¿No se dan cuenta de que puede cambiarlos.

—Ahora me doy cuenta de que ese hombre es más inteligente que Uds. y los conozco bien —dijo el guardia civil al capellán y Emeterio.

—¿En qué? ¿Qué motivo tienes para creerlo así? —le preguntó el capellán.

—En que la víspera de la Merced, previendo que Uds. reaccionarían así, contra lo que piensan Uds. él nos pidió a los tres que compartimos con él la celda que si en alguna estimación le teníamos que comulgáramos para evitar que pudiesen Uds. responsabilizarle de nuestra abstención al respecto.

Mientras el capellán y Emeterio se miraban confundidos, el guardia civil, vino en mi busca y me contó lo ocurrido.

—Si esa creencia llega a conocimiento del Director por ellos, me puede costar un disgusto. Estás dispuesto a repetirla ante el Director en mi presencia —le pregunté cuando me hubo informado.

—Naturalmente —me respondió.

Cogí una cuartilla e instancié solicitando audiencia del Director.

Cuando entregué la instancia al Jefe de Servicios, me preguntó el motivo. Se lo expliqué.

—No sé si lo recibirá el Señor Director —me contestó.

—Si no me recibe será porque no le entregue Ud. mi instancia, y en ese caso le abordaré y diré el por qué de abordarle cuando le vea cruzar el patio.

Ante mi respuesta el Jefe de Servicios marchó a entregar la instancia al Director.

Diez minutos más tarde me llamaba en presencia del Jefe de Servicios.

—Ponte cómodo, majete —me dijo.

Adopté la posición de descanso.

—¿Qué te pasa? ¿Para qué quieres hablar conmigo?

—Para decirle sin que mis palabras signifiquen cargo contra nadie, que entre el capellán y algunos funcionarios, circula el rumor de que algunos de los reclusos que no comulgaron el día de la Merced, se abstuvieron de hacerlo por mi influencia y presión sobre ellos, y como no es cierto, he decidido venir a ponerlo en su conocimiento para que lo corte con su autoridad.

—¿Es cierto lo que dice —preguntó el Director al Jefe de Servicios?

—Sí —respondió éste.

—Entonces, el capellán y los funcionarios que lo comentan se están comportando como mujerzuelas —dijo el Director—, pues de ser cierto, su obligación era haber tomado medidas, y de no serlo, callar. Por otra parte el capellán demuestra tenerse en bien poca estimación, pues aunque fuese cierto, estaba obligado a callar para no poner de manifiesto que ha tenido más influencia sobre los presos este hombre que él después de una semana de conferencias.

—Sí. En efecto. Así es —contestó el Jefe de Servicios.

—Bueno majete —añadió el Director hablándome a mí nuevamente. Tu continua comportándote como hasta hoy y no hagas caso de esas habladurías, pues si algún parte por escrito se diera contra tí, antes de tomar medida alguna te llamaría para saber por tí lo que había de cierto, pues abrigo la convicción de que no me engañarías.

—Desde luego. Cuando contraigo alguna responsabilidad acostumbro a apechugar con ella.

—Así deben de ser los hombres. Tu eres Valenciano ¿No?

—Sí señor.

—¿Y de la C.N.T. verdad?

—Sí señor.

—Yo estuve de Ayudante en San Miguel de los Reyes antes de la guerra. Allí conocí a muchos confederales. De algunos de ellos era amigo personal cuando salían en libertad.

Empezó a mentarme nombres.

—A todos los conozco. De algunos de ellos también yo era amigo personal —respondí al Director.

—Había uno que vivía por Mislata que no recuerdo como se llama. Ese era anarquista.

—Se llama Juan Rueda Jaime —dije.

—En efecto. Así se llamaba —me respondió el Director. Bueno, lo dicho. A continuar comportándote como hasta ahora y no temas nada ni a nadie. Aquí el que manda soy yo, acabó diciéndome. Se levantó, me tendió la mano.

Apenas salido del despacho del Director se me entregó una carta de la familia. En ella, mi hermana me decía que hacía unas semanas, el mismo ex-compañero que me había trabajado la conmutación por mediación de Girón, les había presentado una instancia para que la firmase mi madre, exigiéndoles que nada me dijeran a mí, en la que se pedía mi libertad que Girón se comprometía a conseguirme en pocos meses. Que al presentarles la instancia, ellas, no viendo más que la posibilidad de mi puesta en libertad, la habían firmado y guardado el secreto para mí que se les había

pedido, pero que transcurridas esas semanas y con el ánimo sereno, temiendo que a la hora de la verdad yo tuviera una de mis reacciones y en vez de conseguir se me concediera la libertad me perjudicase más, habían decidido informarme de lo que había. Yo respondí a vuelta de correos pidiéndoles que me enviaran la dirección del ex-compañero en cuestión para escribirle directamente. Cuando la recibí, le escribí diciéndole:

“Que enterado por mi madre y hermana de la instancia que les había dado a firmar pidiendo mi libertad y que obraba en manos de Girón, que le rogaba se la pidiese y la retirase, suspendiendo la tramitación de la misma, ya que si bien yo no tendría inconveniente en aceptar la libertad de sus manos, puesto que en recuerdo de nuestra antigua amistad se la concedería al amigo, ni podía ni estaba dispuesto a aceptarla de manos de los encargados de concedérmela, puesto que ningún lazo de relación me unía a ellos, y estos, de acordármela, no lo harían por mí personalmente, sino por el cargo que había ostentado en la organización, y la materia propagandística que con ello se les ofrecería, a más, que ello de concedérseme, me handicapaba moralmente, y prefería vivir libre moralmente en la cárcel, que aprisionado en ese sentido en la calle.”

Deposité la carta en el buzón, y a la media hora era llamado por el Director.

—Oiga —me dijo. Le he llamado porque por el contenido de esta carta, me doy cuenta de que a Ud. se le ofrece la oportunidad de conseguir la libertad en breve y renuncia a ello. ¿Qué razones tiene para hacerlo así?

—Las que alego en la misma.

—Sí. Pero Ud. tiene derecho a defenderse en la vida, y se defenderá mejor desde la calle que desde la cárcel. Ud. no lo ha pedido ni firmado la instancia de que habla en la carta, por lo tanto no comprendo nada.

—En su concepto, quizás no. En el mío, sí.

—No lo comprendo.

—El solo hecho de aceptar la libertad antes de extinguir la condena, ya me obliga al reconocimiento y al silencio, por ello renuncio a que continúe la tramitación de esa instancia —respondí.

—Es una opinión que respeto, pero le repito una vez más. Ud. tiene derecho a defenderse en la vida, y hace mal en renunciar al principio de esa defensa.

—Gracias por su interés, señor Director, pero si la carta no tiene nada que merezca ser tachado, le ruego le dé curso tal y como está escrita —dije.

—Bien, bien. Se hará como desea.

Cerró la carta en mi presencia, llamó al Jefe de Servicios y se le entregó diciéndole que la llevaran inmediatamente a correos.

A los quince días de salir la carta de la Prisión, se presentó a visitarme el ex-compañero a quien se la escribí. Con él venía el ex capitán jurídico de Artillería que había defendido a Juan Peiró, quien ante el desengaño que se llevó al ser fusilado éste, colgó el uniforme para los restos.

Al presentarse en la ventanilla que apuntaban las comunicaciones, el oficial encargado, se la negó alegando no ser pariente mío. Entonces él pidió ser recibido por el Director a quien se le presentó oficialmente por el cargo que desempeñaba en el Ministerio de Trabajo (Delegado de Información Social).

El Director le concedió la comunicación en su despacho y se me llevó a él.

Al entrar, después de abrazarme, hizo un canto de mi moralidad al Director y después procedió a presentarme a su acompañante, quien me tendió la mano diciéndome seguidamente:

—“Al primer cenetista que conocí fue a Juan Peiró por mi condición de Capitán de Artillería perteneciente a la escala jurídica. Fue tal la impresión que me causó su trato, ideas y sentimientos, que a la terminación de mi primera entrevista

con él, me dije a mí mismo que si no le salvaba la vida renunciaría al Ejército. Desgraciadamente para él, no me fue posible y murió con la misma dignidad que tengo la impresión que vivió. Yo enterré con él mi carrera militar. El mismo día de su ejecución colgué el uniforme dedicándome en la actualidad a la cosa jurídica solo y exclusivamente como un abogado civil más. Desde entonces, al recuerdo de aquel hombre, en cada cenetista me parece verlo, por ello, hoy al venir a visitarme el amigo y decirme que venía en visita a un amigo cenetista que se encontraba en esta Prisión, me he apresurado a acompañarle. Si en algún momento precisa de mi ayuda jurídica o del orden que sea, no titubee en hacérmelo saber, que me pondré a su disposición con el mismo celo y desinterés que me puse al de su malogrado compañero Peiró.”

—Gracias, muchas gracias por su ofrecimiento y el concepto que le merecemos los cenetistas.

Cuando calló el abogado, el ex-compañero me dijo:

—Recibí tu carta que por cierto me causó un gran disgusto. Para justificar ante Girón la retirada de la instancia firmada por tu madre, me vi obligado a dársela a conocer. La leyó. Cuando la hubo leído, me dijo: Lástima. Ahora le gestionaría la libertad más a gusto. Hombres como éste son los que me gustaría tener a mi rededor. Ve a visitarle y convéncele de que acepte. Y aquí estoy. No por la recomendación de Girón

precisamente, sino por mi deseo de verte en la calle y de que acabe el sufrimiento de tu madre.

—No sigas —respondí. Mantengo lo que te decía en la carta. Durante largo rato forcejeamos sobre lo mismo. El Director, presente en la entrevista, también intervino para tratar de convencerme. Yo me mantuve firme y ahí terminó la gestión.

Aunque disgustado por mi actitud, me dijo finalmente:

—Bueno, ¿con el permiso del señor Director no tendrás inconveniente en que te haga unas fotos para dárselas a tu madre?

—No. Para eso no tengo inconveniente —respondí.

Salimos al rastrillo y me echó un carrete entero.

Al despedirse, mientras me abrazaba me dijo con tristeza:

—Siento dejarte aquí y que te niegues a que haga lo que esté de mi parte por sacarte pronto.

—Yo también lo siento. No te censuro, pero no quiero seguir tu camino.

El abogado, cuando me estrechó la mano me dijo:

—Celebro haberte conocido. Con tu actitud has reforzado el criterio que formé de los cenetistas a causa de Peiró.

Marcharon y yo volví a entrar en la Prisión. Cuando se cerró la puerta del rastrillo a mis espaldas sentí un escalofrío recorrerme la espalda al pensamiento de que se cerraba para largos años. Y así fue. DIEZ Y SIETE ANOS, UN MES Y SIETE DIAS.

Al día siguiente de la visita, entraron nuevos ingresos comunes en la Prisión. Entre ellos había un practicante por aborto, y dos falangistas, uno por estafa, el otro por violación de la mujer de su hermano. El primero había sido oficial de información en el ejército alemán, el segundo divisionario. Ambos, en sus respectivas ciudades de origen, Salamanca y Segovia, habían disparado en las plazas principales, las ametralladoras que segara la vida de infinidad de trabajadores amontonados ante ellas.

El practicante, era un entrometido, y un día, sin mi consentimiento procedió a presentarme al que había sido oficial de información del ejército alemán, remarcándome los grados y actividades que desplegara en los ejércitos español y alemán. El presentado me tendió la mano. Simulando no darme cuenta de ello, metí las mías en los bolsillos de mi pantalón y procedí a mi propia presentación para acabar diciéndole:

—Y no le estrecho la mano para no manchármela con la sangre de mis hermanos de clase asesinados por Ud. en la

Plaza de Salamanca. Di media vuelta y me retiré de lado dejándolo con la mano tendida.

Apenas había andado cinco pasos se me acercó el otro pidiéndome lumbre para el cigarrillo.

—Enciéndalo con la ametralladora que empleabas para asesinar a los obreros —le respondí.

La Prisión Provincial de Segovia era parada obligada a todos los reclusos dañados del pecho que procedentes de Madrid, Levante y Sur, marchaban al Sanatorio Penitenciario de Cuéllar. Algunos de ellos habían comunicado conmigo por mediación de notas escritas que me mandaban con el practicante. Una tarde, estando de guardia Emeterio, en vez del practicante que salía a la sala en que se encontraban para inyectarles, se me presentó el cabo de cocina diciéndome que uno de los enfermos de paso para Cuéllar, le había dado una nota para mí.

—Vamos a mi celda —le dije.

Entramos en mi celda y me dio una nota escrita en papel blanco. Mi instinto me dijo que aquello era una encerrona concebida por Emeterio y a la que él se había prestado. Cogí la nota y sin abrirla para leerla, la rompí y la eché por el water.

—¿Qué le digo al que me la ha dado? Espera respuesta —me dijo.

—Lo que has visto —respondí. Vamos —añadí saliendo de la celda.

A la guardia siguiente, estando preparando en la escuela el material para la clase, se me presentó el funcionario Emeterio.

—Oiga. Vengo a hacerle una pregunta que espero me responda con sinceridad.

—Acostumbro a hacerlo así aunque me perjudique —respondí.

—La tarde de mi guardia anterior. Ud. recibió una nota de los de tránsito ¿No?

—Si señor.

—Bien. Gracias por su sinceridad. Hoy no cumplo con mi deber como no cumplí la otra guardia tampoco.

—No sé lo que quiere decirme.

—Que hoy no cumplo con mi deber preguntándole, como tampoco cumplí el otro día, ya que mi deber, al tener conocimiento de que había recibido una nota era haber metido en celdas al que se la mando y a Ud.

—Al que me la mandó y al que me la trajo es posible que hubiera podido meterlos en celdas, pero a mí no —respondí con sequedad mirándole a los ojos fijamente.

—¿Cómo que ha Ud. no?

—No —repetí. Para ello hubiera sido necesario que yo la leyera, y el que me la trajo, si es que no lo hizo mandado por Ud. debió de decirle también lo que hice en su presencia cuando me la entregó.

—Sí, pero a pesar de ello...

—A pesar de ello, nada. Mi actitud le demostró a Ud. que no quiero entrar en ese juego.

—Para demostrarlo debió de haber venido a hacerme entrega de la nota.

—Yo aquí estoy extinguiendo condena, no a su servicio, por lo tanto no espere que le entregue ninguna nota de las que puedan llegarme ni les preste el menor servicio en ese ni en otro sentido.

—Aténgase pues a las consecuencias.

—A ellas me atengo desde el primer día. Un consejo. Cuando me quiera hacer víctima de otra maniobra como la de la guardia anterior sírvase de otro. El elemento que utilizó, está demasiado visto por mí.

Enrojeció y se marchó.

Mi familia, desde mi llegada a la Prisión Provincial de Segovia, no había cesado de intentar llevarme a San Miguel de los Reyes para tenerme cerca de ella. Todos los intentos, incluso uno llevado a cabo por el propio General de la Policía Armada de Madrid, fracasaron ante la actitud del ministro de Justicia, cuya respuesta siempre era la de: QUE MI PRESENCIA EN UN PENAL PODIA PERTURBAR LA TRANQUILIDAD EN ELLOS. Sin embargo, el día 3 de noviembre de 1950, después de veinte meses en Segovia, se me trasladaba a San Miguel de los Reyes por la intervención del Director de la Provincial de Valencia a petición de un compañero.

III

SAN MIGUEL DE LOS REYES Y BURGOS

El día 15 de Noviembre, salía de la Prisión Provincial de Segovia para ser trasladado a la Prisión Central de San Miguel de los Reyes en Valencia. En la puerta de la Prisión Central de Mujeres, paramos. Uno de los dos guardias que me custodiaban, traspuso la puerta entrando en la Prisión, y a poco salía de ella con una mujer que rebasaría los treinta años, pero de un magnífico ver. Su presencia y el contacto de la piel de su mano sobre la mía al ser esposada conmigo, me hicieron sentir una agradable sensación.

Al reanudar la marcha camino de la estación, inicié conversación con mi compañera de pareja en desgracia, que aceptó al instante. En la estación montamos al tren viéndonos forzados a sentarnos uno junto al otro —cosa que me alegró enormemente—. Los guardias tomaron asiento frente a nosotros.

La gracia, tacto y delicadeza de mi compañera, me la hicieron sumamente simpática. Los guardias se dieron cuenta de ello.

Llegados a Madrid y tan pronto nos apeamos del tren, mi compañera pidió ser llevada a los wateres para hacer sus necesidades. Le soltaron las esposas, y mientras la acompañaba un guardia, el otro quedó en mi compañía. Me miró y sonrió.

—¿Le gusta su compañera de viaje? —me preguntó.

—Desde luego. ¿A qué hombre no puede gustar una mujer como ella? —respondí.

—¿Sabe por qué está presa?

—No —contesté sorprendido por la pregunta.

—Por asesina —me dijo el guardia.

Sonreí dudoso.

—¿No me cree? —me dijo el guardia.

—No —respondí con franqueza.

Sin decir más palabras, el guardia sacó el expediente de mi compañera de la cartera de mano y me lo dio a leer.

Efectivamente. Estaba presa por haber asesinado a su marido estando acostado junto a ella.

—¿Le disgusta saberlo? —me preguntó el guardia ante el gesto que puse al devolverle el expediente después de leerlo.

—Saberlo no me disgusta. El hecho en sí, si señor. Gracias por habérmelo hecho saber.

Cuando regresaron del water el guardia y mi compañera ésta me sonrió, pero yo me mostré serio.

Subimos a un coche celular llegado a la estación para recogernos y fuimos a la Prisión de Mujeres en Ventas, y después de internar a mi compañera, el coche celular se encaminó a la Prisión de Yaserías para mi internamiento.

Apenas habrían transcurrido veinte minutos de mi ingreso en Yaserías, fui requerido por el oficial de la galería de tránsitos, quien sin decirme palabra me llevó a la enfermería.

En la enfermería, con el practicante preso —un ex-divisionario—, se encontraban los compañeros Torres Mendoza y Florentino Rodríguez, quienes después del natural y efusivo abrazo, me dijeron que conocedores de mi llegada a la Prisión, habían pedido al oficial de la galería que me llevase allí para poderme saludar y conversar un rato. Conversamos hasta el toque de fajina en que nuevamente y por el mismo oficial, fui llevado a la galería de tránsitos.

Durante los cuatro días que permanecí en Yaserías, cada día a la misma hora, era sacado de la galería por el oficial de servicio para que conversara con Torres Mendoza y Florentino Rodríguez.

A los cuatro días de mi llegada a Yaserías, con una veintena más de presos y custodiados por una sección de la guardia civil a las órdenes de un sargento, se nos sacó de Yaserías para nuestro traslado a Alcázar de San Juan —primera etapa camino de San Miguel de los Reyes—. Montados en el tren y cuando éste arrancó, el sargento, reparando en la juventud de uno de los presos le preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

—Diez y ocho —respondió el preso.

—¿Tan joven y no te da vergüenza llevar ya ese uniforme?

El muchacho bajo la cabeza avergonzado.

—Di. ¿Tan joven y no te da vergüenza llevar ya ese uniforme?

—insistió el sargento.

El muchacho rompió a llorar por toda respuesta.

Los pasajeros de los departamentos lindantes a los ocupados por nosotros nos miraban curiosos atentos a las preguntas del sargento al muchacho. A mí, ante la insistencia del sargento y el lloro del chico, me recorrió una oleada de indignación por lo que sin pararme a pensarlo dije:

—Yo también lo llevo y no me avergüenzo de ello.

—Ud. es político ¿No? —me preguntó el sargento despectivamente.

—Sí señor —respondí.

—Ya, claro. Todos los políticos se sienten orgullosos de llevar ese uniforme —me respondió el sargento.

—Todos, no. Pero los que tenemos vergüenza y conciencia del por qué lo llevamos, sí —repliqué.

—¿Y que quería Ud.? —dijo mediando un guardia. Según el Fuero de los Españoles en su primer artículo, todos los españoles somos iguales ante la ley.

—Así es, o al menos así está codificado —respondí rectificando al instante, pero la igualdad de ese artículo la encarnamos Ud. y yo. Ud. viste uniforme verde y lleva un fusil en las manos, yo visto uniforme marrón y llevo esposas en las muñecas. ¿Qué le parece?

—Que sabe Ud. demasiado —me respondió el guardia. Sonrió y levantándose de su asiento salió al pasillo del vagón.

Se hizo el silencio.

Segundos después lo rompía el sargento empezando a hablar de una excursión de peregrinos de que había formado parte a Roma. En el transcurso de sus explicaciones se dirigió

varias veces a mí sin que yo interviniera en la conversación. Finalmente y después de hacer la definición de la ornamentación de la Basílica de San Pedro, me dijo directa y personalmente:

—Si viera Ud. San Pedro, seguro que no pensaría como piensa, pues por el uniforme que viste me imagino cuales deben de ser sus ideas.

—Se equivoca. He visto San Pedro y oficiar misa al Papa. Lo uno y lo otro, en vez de acercarme a la Religión me han apartado de ella.

—¿Cómo? ¿Ha visto Ud. San Pedro y oficiar misa al Papa? — dijo en el colmo de la sorpresa.

—Sí.

—¿Cuándo?

—El día de San Pedro del año 1944, como soldado aliado.

—¿Y dice que ello en vez de acercarle a la religión le ha apartado de ella?

—Sí.

—¿Por qué?

—Al recuerdo de que Jesucristo entró en Jerusalén montando sobre un borriquillo, descalzo y con una túnica raída, y San Pedro y el Papa...

—Ya. La de todos.

—La de todos o no, lleva razón —dijo mediando el cabo primero que llevaba el sargento de ayudante.

Yo le miré con simpatía.

El sargento, ante las palabras del cabo primero perdió el control y después de amonestarle por haberme dado la razón añadió:

Yo también puedo remarcar muchas contradicciones en Uds. y echarles en cara bastantes más barbaridades y atrocidades de las que crea, pues la guerra me sorprendió en Madrid, y formé parte del ejército rojo hasta que se me presentó la oportunidad de pasarme a los nacionales.

—De acuerdo. Ud. podrá echarnos en cara muchas cosas, pero una y la que con más frecuencia se esgrime contra nosotros, a Ud. le está vedada.

—¿Cuál?

—La de que somos unos criminales, pues de serlo no le hubiéramos dado margen a que desertara de nuestro ejército.

—Pero me pegaron un bofetón —barbotó fuera de sí.

—¿Y cuántos ha pegado Ud.?

—Dejemos esto, de lo contrario no haremos el viaje en paz —exclamó en el colmo de la exaltación.

—Como quiera, pero conste que no soy yo quien ha suscitado la conversación. Me he limitado a responder a sus preguntas o manifestaciones directas a mí.

Continuamos el viaje en silencio.

Llegamos a Alcázar de San Juan ya noche cerrada. Al apearnos del tren, nos encuadraron entre la guardia. Yo iba detrás de todos con el compañero con quien me habían esposado. El cabo primero se me acercó y me pidió la maleta para llevármela él.

—Gracias. Puedo llevarla yo —respondí.

—No. Déjemela. A mi me resulta menos molesto.

Se la di.

—No sabe cuanto me alegra que le haya hablado al sargento como lo ha hecho —me dijo.

—¿Por qué?

—Es un tonto engreído. Nos ha contado miles de veces su peregrinación a Roma. No parece sino que quiera deslumbrarnos con sus narraciones.

Llegamos a la Prisión. En el vestíbulo, después de quitarme las esposas, el cabo primero me dio de nuevo la maleta, tendiéndome la mano a continuación.

—Que tenga suerte y que nos volvamos a ver en mejores circunstancias para Ud. —me dijo.

—Gracias —respondí estrechando la mano que me tendió.

En la Prisión de Alcázar de San Juan, permanecí con mis compañeros de expedición tres días en verdaderas condiciones de insalubridad e incomodidad. El día de la salida, con los expedientes en las manos, el cabo de la guardia encargado de la custodia durante el traslado preguntó:

—¿Quién es...? —mentó mi nombre.

—Yo —respondí.

Se quedó mirándome fijo durante unos segundos.

—Ud. tiene cara de buena persona y quizás sea el mejor de los presentes, pero en el expediente lleva peligrosidad social y me veo obligado a tomar medidas de seguridad para salvar

mi responsabilidad, de manera que sintiéndolo le esposaré entre dos más para imposibilitarle todo intento de fuga.

—No le discuto sus obligaciones ni medidas, —respondí.

Como me lo dijo lo hizo, y fui esposado entre dos presos más.

Al ponernos en marcha para la estación, ante la imposibilidad de poder llevar personalmente la maleta, el cabo ordenó a uno de sus números que me la llevara.

En la estación montamos al tren. El cabo se sentó frente a mí y mis compañeros que venían esposados conmigo. Cuando arrancó el tren me dijo:

—Yo no les discuto a Uds. sus razones para propiciar ir como van ahora, pero si les recrimino la chaladura que representa dar pie para ello sabiendo que no tienen nada que hacer.

—Cuestión de puntos de vista —respondí.

—Yo no tendría inconveniente de actuar contra quien fuera, siempre que se me garantizara la inmunidad —añadió.

—Cuestión de puntos de vista, repetí.

—Yo, ahora, no tendría inconveniente de jugármela llevándoles a la frontera para pasarnos juntos a Francia, si al llegar allí se me garantizara la entrega de una respetable suma que me permitiera vivir —dijo.

Sonreí diciendo a continuación:

—Me equivoqué con Ud., pues yo creí que era cuestión de puntos de vista y ahora resulta que lo es de precio.

—Naturalmente. Ya que uno se la juega, que se la juegue por algo.

—Ya veo que Ud. no tiene pasta de Quijote.

—Los detesto. Solo los panzas entienden la vida.

—Comprendido, por ello milita Ud. en su campo, pero tendrá que convenir conmigo que le sirve de poco, pues solo es cabo de la guardia civil.

Continuamos conversando sobre lo mismo hasta Albacete, donde nos apeamos del tren y del tren nos encaminamos a la Prisión Provincial.

La noche del día uno de Diciembre, en compañía de otros dos presos políticos y un soldado desertor del ejército, salía para Valencia. Nos custodiaban dos guardias civiles jóvenes. El que hacía de jefe, tan pronto subimos al tren preguntó:

—¿Conoce Valencia alguno de Uds.?

—Si, yo. Soy valenciano —dije.

—Entonces, cuando lleguemos haga el favor de guiarnos. Ni mi compañero ni yo la conocemos.

—Bien —respondí.

—Yo pasé la guerra en la zona roja. Uds. fusilaron a mi padre. Es decir, Uds. personalmente no, los rojos, pero no les guardo rencor. Mi padre era contrario a Uds. y me hago cargo de la situación a pesar de tratarse de mi padre. Por otra parte soy católico y comprendo que si mi padre fue fusilado es porque Dios lo quiso así, y maldecir o guardar rencor a los que lo fusilaron sería tanto como maldecir o guardar rencor a Dios —añadió después de responder yo afirmativamente a su petición de que les guiara por Valencia hasta la prisión.

—Eso le honra y acredita como buen católico —respondí, pues son muy pocos los que han reaccionado así ante el fusilamiento de un familiar tan allegado como lo era su padre para Ud.

—Si desean que les compremos pan o vino en alguna de las estaciones no tienen más que decírmelo.

—Gracias. Lo tendremos en cuenta.

En la estación de Almansa, como viéramos mujeres vendiendo bocadillos por el andén junto al tren, le encargué que comprara unos cuantos.

Los repartí entre los otros dos presos políticos y el soldado desertor que sólo llevaba lo puesto y los bolsillos vacíos.

En las primeras horas de la mañana llegamos a Valencia. Cuando nos apeamos del tren caía un agua torrencial. En espera de que amainase la lluvia, se nos retuvo en un rincón del andén bajo la marquesina. A poco de estar allí, a cinco escasos pasos de nosotros se paró un viejo compañero de trabajo conocido mío. El corazón me dio un vuelco de contento. Sentí la tentación de llamarle, pero me abstuve para evitarle complicaciones. Durante la larga media hora que permanecimos allí, el compañero permaneció inmóvil mirándonos discretamente. Cuando transcurrida la larga media hora, nos dio la orden de marcha el sargento, visto que no amainaba la lluvia, el compañero en cuestión vino detrás de nosotros subiendo en la plataforma contraria a la que subimos nosotros. Entonces comprendí que la presencia de tal compañero en la estación, no era casual, sino premeditada y para controlar y asegurarse de mi entrada en la Prisión Central de San Miguel de los Reyes.

Guié a los guardias hasta la Prisión militar donde dejaron al soldado, y de allí nos encaminamos a las Torres de Serranos para coger el tranvía que debía de llevarnos. El compañero en cuestión continuó detrás de nosotros hasta la parada del tranvía. En ella, comprendiendo que sólo a San Miguel de los Reyes podíamos ir, me saludó con un discreto ademán de mano y marchó.

Continuaba lloviendo, y como no se veía tranvía alguno, la guardia civil nos mandó entrar en un bar que había allí, en cuyo lugar, actualmente existe una oficina de Información turística. Tan pronto traspusimos la puerta cortaron la conversación mirándonos fijamente los hombres que había en él.

—Invita a esos señores de mi parte. Es decir, si lo permiten los guardias —dijo uno de los presentes que habría saltado ya con creces la cincuentena de años, a uno de los camareros.

—Sí, claro que lo permitimos. —respondió el jefe de la guardia.

—Y a los guardias también —dijo el mismo hombre.

—No, a nosotros no —respondió el guardia. Estamos de servicio.

—¿Qué quieren beber? —nos preguntó el barman.

—Café —dijimos los tres presos a un tiempo.

—Y una copa de Coñac ¿No? —dijo nuestro invitante sonriendo.

—Cómo quiera —respondimos.

Como viera yo el teléfono encima del mostrador, pedí permiso al guardia para telefonar a mi cuñado.

Me autorizó, fui al teléfono y empecé a marcar el número.

—¿Político? —me preguntó discretamente nuestro invitado que se acercó a mí.

—No. Social —respondí también discretamente sin volverme hacia él para no llamar la atención de los guardias.

—¿C.N.T.? —me preguntó el mismo.

—Sí.

—Bravo.

—¿Muchos años de condena?

—Conmutado de la pena de muerte.

—Paciencia y valor para aguantar.

—Eso no falta —respondí.

—El teléfono de la oficina de mi cuñado donde yo había llamado anunciaba estar comunicando.

—El tranvía. Que viene el tranvía —dijo alguien en aquel momento.

—Dé el número del teléfono al barman y el encargo de que telefonee él más tarde —me dijo el jefe de la guardia.

Yo obedecí.

El barman anotó en un papel lo que le dije.

Bebimos el último sorbo de coñac y salimos corriendo. Montamos al tranvía y a San Miguel de los Reyes.

A nuestra entrada en la Prisión, a pesar de la torrencial lluvia, la mayoría de los presos, sabedores de que había entrada de presos, nos esperaban apostados bajo los aleros del tejado en el patio, llamándome por el nombre desde varios puntos del mismo, pero no pude responder a nadie por impedírmelo la plantilla de funcionarios de la prisión que se acababan de hacer cargo de nosotros.

Nos metieron en Ayudantía, nos hicieron la ficha de ingreso y a las celdas de período. Llevaríamos media hora escasa, se presentaron los barberos reclusos y nos raparon al cero.

A media tarde, con el oficial del departamento celular, se presentaron en mi celda tres viejos compañeros y amigos. El emotivo abrazo que nos dimos no es para descrito. A continuación, y a pesar de la presencia del oficial, nos sometimos mutuamente a un verdadero bombardeo de preguntas. A estos tres compañeros y siempre acompañados por el mismo oficial, les siguieron tres y tres y tres más hasta que cayó la noche.

Al día siguiente recibí el primer paquete familiar de mi llegada a San Miguel de los Reyes. En su preparación yo vi la amorosa mano de mi madre. Con la comida me mandaba

ropa limpia para que me cambiase, sábanas y por desconocimiento de su prohibición, un cubierto que me fue retirado al instante.

El día 23 víspera de Nochebuena, sin que dejara de recibir el paquete familiar un solo día, salí de celdas para incorporarme a la vida común de la prisión. De todas partes corrían compañeros a mí para abrazarme.

El día lo pasé atendiendo a cuantos compañeros acudían a mí, deseosos de contarme su odisea unos y de que les contara yo la mía otros. Cuando por la noche me metí en la cama, estaba verdaderamente rendido.

Al amanecer el nuevo día, yo desperté contento al pensamiento de que iba a comunicar con mi familia. En efecto, a la tercera comunicación fui requerido por el voceador encargado de leer la lista de las comunicaciones, formando con el corazón palpitante entre los que la componíamos. Al entrar en el locutorio, mi madre ya se encontraba en él. Con ella estaba mi hermana Amparo y guapas jóvenes que me presentó como sobrinas, hijas de mis hermanas Asunción y Josefina cada una de ellas. A continuación y cuando yo iba a hablarles, se cogió a los hierros de la reja del locutorio y rompió a llorar. Haciéndoseme un nudo en la garganta se me ahogó la voz y aunque lo intenté, no fui capaz de articular palabra. Dándose cuenta de mi estado de ánimo, mis sobrinas pretendieron

alegrar el momento con su humorismo, pero yo sólo tenía ojos para mirar a mi madre llorando cogida a la reja con las manos crispadas.

La comunicación corría sin que yo articulara palabra ni dejara de llorar mi madre. Por fin y cuando se serenó, me dijo reprimiendo su pena:

—Perdóname hijo. Pero es más fuerte que mi voluntad. No puedo hacerme a la idea de verte tras la reja sin haber matado a nadie ni robado.

Sentí descargárseme el corazón ante las palabras de mi madre, y entonces sonreí a mis sobrinas entrando en el terreno humorístico que ellas deseaban, pero con voz insegura, pues el nudo de la garganta no me había desaparecido totalmente.

—¿Cómo se enteró? ¿Quién la informó de mi llegada aquí que recibí paquete suyo al segundo día de mi llegada? — pregunté de pronto a mi madre.

—El dueño de un bar que hay en las Torres de Serranos. Se presentó en casa a las nueve de la noche. Dijo que había llamado insistentemente al número de teléfono que le diste tú, y como no consiguió comunicar, buscó la dirección en la lista. Que al llegar a ella le dijeron donde vivía tu cuñado Rafael ya que era el número del teléfono de su despacho el que le diste y el hombre se presentó en casa. Nos dijo que

de no habernos localizado, le hubiera pesado como un pecado en el corazón el dejar incumplido tu encargo, por el hecho de ser un preso político.

A mi me emocionó la versión que me daba mi madre y le dije:

—Aunque supongo que se las daría Ud. por su parte, vaya a su bar y déle las gracias de mi parte. Dígale que cuando salga en libertad si es que salgo algún día iré a dárselas personalmente.

Mi madre empezó a llorar silenciosamente ante mis palabras de, “si es que salgo en libertad alguna vez”. Yo me arrepentí de haberlas pronunciado, pero ya no me era posible recogerlas.

Sonó el silbato del oficial anunciando la terminación de la comunicación. Todos nos resistíamos a abandonar el locutorio, pero no había más remedio que salir de él para que continuaran las comunicaciones.

—Te traeremos nuestras amigas para que recrees la vista, tío
—me dijeron mis sobrinas al retirarse del locutorio.

—¿Son guapas? —pregunté yo comprendiendo el sano fondo de sus palabras.

Más que nosotras. Ya lo verás.

—Pues entonces traerlas.

—Adiós hijo.

—Adiós madre. No llore más, ya ve que aunque privado de libertad me encuentro bien.

—Sí, hijo, sí, lo veo. Pero ya te lo he dicho. Es más fuerte que yo. Si fueras un asesino o un ladrón lo comprendería, pero no siéndolo no puedo hacerme el ánimo de verte encerrado bajo el signo de la Cruz.

—Ud. siempre creyó en ella.

—Y continuó creyendo, pero no comprendo como pueden cometerse tantas injusticias a su nombre.

—Ni lo intente, si no dejaría de creer y se sentiría más desgraciada.

Salí del locutorio. Iba contento por haber visto a parte de mi familia pero disgustado al recuerdo de la visión de mi madre llorosa cogida a los barrotes de la reja del locutorio.

Acabadas las comunicaciones se procedió al reparto de paquetes. La mayoría de ellos eran grandísimos. Nuestras familias, quizás a cambio de su abstención, nos habían mandado fabulosos paquetes para que celebrásemos la Nochebuena.

Llegó la noche y por grupos en las galerías cambiándonos de unas a otras, nos dispusimos, no a celebrar la Nochebuena en sí, ya que ello y su simbolismo nos tenía sin cuidado, pero sí a dar escape a nuestros sentimientos constreñidos durante todo el año. Cenamos y acabada la cena, se cantó a pleno pulmón hasta que amanecieron las luces del nuevo día.

Navidad amaneció tranquilo y sereno. A la hora del recuento de la mañana casi todos estábamos en la cama, pero a la hora de la misa obligatoria, a pesar de conocer nuestra indiferencia por ella, se nos obligó a abandonar la cama y formar para su asistencia a ella.

Cuando acabó la misa, se procedió a la entrada de los pequeños familiares de los reclusos en la Prisión. Yo, sabedor por mi madre de que me entraba una sobrinita de siete años, formé entre los que esperaban la entrada de sus pequeños deudos. No conocía a la sobrinita que me mandaban para que pasara el día conmigo, y mis ojos perseguían a cuantos entraban. De pronto vi a una chatilla de preciosos ojos marrón y quedé prendado de ella. La chatilla pasó de largo preguntando al que había detrás de mí:

—¿Conoce Ud. a...

—Soy yo guapa —dije cogiéndola entre mis brazos y levantándola del suelo y empezando a besuquearla.

—Soy Enriqueta, la hija de hermana Carmen —empezó a decirme.

—Calla guapa, calla ahora. Ya me lo dirás luego. Ahora deja que te bese —le dije yo henchido de emoción.

La chatilla calló dejando que la besara cuanto me plació.

Por fin y cuando la dejé, la chatilla me miró sonriendo y me dijo cuanto le había dicho mi hermana para que se me diera a conocer.

—Anda. Vamos y escoge la muñeca que quieras —le dije de pronto recordando que los del economato habían montado un mostrador para la exposición de los juguetes que quisieran comprar los reclusos a sus pequeños.

—Mi madre me ha dicho que no le haga gastar dinero —me respondió la pequeña.

—Tu madre te habrá dicho lo que quiera, pero hasta ochocientas pesetas que tengo en el bolsillo, puedes escoger lo que quieras —respondí yo tirando de la chatilla hasta el mostrador de los juguetes.

Ante el mostrador, chiquilla al fin de cuentas, se prendó de una preciosa muñeca.

—Me gusta esa muñeca —me dijo.

—Pues cógela. Tuya es —le respondí sacando del bolsillo las trescientas cincuenta pesetas que valía y entregándoselas al recluso encargado de la venta de juguetes.

Tras de mí y mi sobrinita, corrieron varios compañeros. Cada uno le compró un juguete.



1955. Marco Nadal a la izquierda. San Miguel de los Reyes

—Que buenos son Uds. —les decía la pequeña después de besarles.

—Pues estos hombres como yo, están aquí por considerarnos unos bandidos, hija —le decía yo.

—Ya lo sé, pero mi madre me ha dicho que todos Uds. están aquí por buenos. Que ella te conoce bien a tí, y sabe que los que hay contigo son como tú.

A algunos de mis compañeros les corrieron las lágrimas oyendo a mi sobrinita.

A la prisión había entrado un fotógrafo. Yo me hice varias fotos con mi sobrinita. Solos los dos algunas de ellas, y con mis compañeros y la chiquilla otras.

Me llamaron a la comunicación. Embelesado con mi sobrinita, no me di cuenta de ello hasta que hubo transcurrido casi media de ella. Cuando entré al locutorio, con mi familia había tres de mis íntimos amigos y compañeros de antes de guerra. Su presencia despertó en mi virulentamente recuerdos dormidos. Hablamos impetuosamente de ellos. Se acabó la comunicación.

Cuando me dieron el paquete, con la clásica comida de Navidad, venían infinidad de cosas, atenciones de mis compañeros de la calle.

Invité a comer conmigo a seis de los compañeros cuyas familias residían lejos de Valencia.

Por la tarde, al marchar mi sobrinita, sentí un gran vacío en el corazón, pero quedaba contento por lo gratamente que me había hecho pasar el día.

Hasta Reyes, día en que de nuevo entraban los pequeños en la Prisión, entre los reclusos no se hablaba más que de ellos. El día de Reyes fue una repetición del día de Navidad. Al día siguiente de Reyes, sabedores de que hasta el Carmen, día en que nuevamente entraban los pequeños en las prisiones por ser el Santo de la esposa del Caudillo, los reclusos se dedicaron a su vida normal. Al trabajo en los talleres de artesanía existentes en la prisión unos, y al estudio otros. Yo me dediqué a observar comprobando que subterráneamente y a pesar de la aparente hermandad existente entre todos los presos, se deslizaba la pugna política obligatoria entre los presos políticos, sobre todo si entre ellos los hay comunistas, comprobando que mientras cenetistas y socialistas simpatizaban con los americanos, los comunistas, como era natural, estaban incondicionalmente al lado de los rusos.

Como distracción, por aversión a las becas que concedía el Patronato Nacional de San Pedro para Presos y Penados, en vez de al estudio, me dediqué al trabajo de artesanía. Mi cuñado Rafael, me entró en la Prisión un banco de ebanista y la herramienta correspondiente y me dediqué a la confección de joyeros y tabaqueras.

Un día, sin decirnos la causa, se nos concedieron colchas para las camas poniéndose carteles en los talleres de Artesanía, en los que se decía que todos los reclusos que trabajábamos redimíamos por el trabajo. A media mañana se presentaron en la Prisión cuatro señoritas y tres caballeros. Los reclusos nos encontrábamos cada uno en nuestro puesto, bien fuera el lugar de trabajo o el de estudio correspondiente a cada cual. Yo ocupaba uno de los primeros puestos a la entrada en el taller de artesanía, las señoritas, mientras los caballeros marchaban con el Director de la Prisión, D. Armando Flor Zapata, pararon ante mi banco contemplando los estuches que hacía. Las oí hablar en francés y les pregunté en la misma lengua:

—¿Les gustan?

—Mucho —me respondieron.

—Lo siento, pero no puedo obsequiarlas con ellos. Miren. No los tengo tapizados —dije abriéndolos y mostrándoselos para que vieran que no las engañaba.

—¿Político? —me preguntaron.

—Sí. Y Uds. ¿quiénes son? —les pregunté a mi vez,

—Formamos parte de una comisión internacional encargada de investigar sobre la situación de los presos en España.

Somos ex-deportados de Alemania. ¿Dónde aprendió Ud. el francés?

—Soy ex-combatiente aliado. Pertenecí a la División Francesa Libre —contesté.

Una de las señoritas me besó diciéndome ser francesa, las otras me tendieron la mano que les estreché amistosamente.

—Si me dicen donde puedo les mandaré un estuche a cada una —dije.

Me dieron la dirección.

Mientras las anotaba, el Director de la Prisión que se había dado cuenta de la retención de las señoritas al pie de mi banco, vino a él con los caballeros que acompañaba. Como sabía que no entendía una sola palabra de francés seguí hablando con las señoritas.

—Oigan —les dije al llegar el Director. No hagan caso de las colchas que han visto en las camas ni de los carteles que dicen que todos los reclusos redimimos por el trabajo. Las colchas no nos han sido dadas hasta hoy, y seguramente cuando marchen Uds. se nos retirarán de nuevo, en cuanto a lo de la redención, de los doscientos reclusos que ven Uds. aquí trabajando, solo redimen veinte. Yo por ejemplo, soy uno de los que se autorizó a trabajar pero sin redimir.

—¿Oui? —dijo la señorita francesa que me había besado dirigiéndose al Director...

—Y éste que no había entendido lo que yo acababa de decir respondió:

—Oui.

—¡Oh! —exclamó la muchacha, cet terrible.

Me tendió la mano como asimismo sus compañeras y continuó nave adentro con el Director y sus acompañantes.

Acabada la jornada, los reclusos formamos en el patio. Los componentes de la comisión permanecieron de pie a la puerta de ayudantía. Cuando finalizado el toque de oración cuyo simbolismo es el saludo a la madre, iniciamos el desfile hacia las galerías. En los ojos de las muchachas se veía el velo de tristeza que les causaba el espectáculo que presenciaban.

Poco después de ser encerrados en las galerías y celdas, fueron sacados media docena de presos y llevados a ayudantía para ser interrogados por la comisión. El Director se encontraba presente. Como intentara cortar a los interrogados que hacían manifestaciones que no le placían, la comisión le hizo salir del despacho en uso de las prerrogativas oficiales que les concedía su autorización oficial para la misión que desempeñaban.

Durante varios días, entre los reclusos no se hablaba más que de la comisión y de lo dicho por los interrogados.

A los dos años de mi ingreso en San Miguel de los Reyes, se montaron unos Talleres de Ebanistería a cargo y beneficio de un particular llamado Vicente Simón, con autorización de la Dirección General de Prisiones. Los comunistas, a pesar de ejercer cuantos destinos conseguían adquirir por bajos que fueran, tildaron de colaboradores a cuantos se incorporaron a dichos talleres, entre los que me encontraba yo. El Taller lo regenteaba un oficial de Prisiones llamado Carlos Mella, pero como encargado del trabajo, el señor Simón trajo a un paisano de la calle. Por cierto, buena persona. En los talleres, a pesar de pagar abusivamente las piezas, ya que se pagaba a tanto la pieza, se sacaba más que en los talleres de artesanía. Los jerifaltes del comunismo encarcelado, dándose cuenta de ello, variaron su política vis a vis del taller de ebanistería, y dieron a los hombres de su base la orden de procurar encuadrarse en ellos, para su consecución no reparaban en medios a pesar del freno que representaba para ellos encontrarse en minoría.

A la publicación del último Decreto de aumento de salarios para el trabajador español a propuesta del entonces ministro de trabajo Girón, promotor de la avanzada legislación social española —aunque en teoría—, los trabajadores de los talleres de ebanistería, como desde las columnas de la

prensa española se presumía de que los trabajadores reclusos estábamos equiparados a los trabajadores libres de la calle, decidimos reivindicar la aplicación del mismo. Para ello, empezamos por nombrar una comisión integrada por un representante de cada sección de trabajo y de las organizaciones y partidos políticos que integrábamos la población reclusa y trabajadora, que solicitó ser recibida por el oficial de prisiones que regenteaba el taller. Esta se negó a recibirla, alegando que solo al dueño correspondía atenderles en su petición. Se dirigieron a éste, y respondió no poder atenderles por cuanto lo que deseaban era cuestión a plantear al oficial del cuerpo de Prisiones. Entonces decidimos recurrir a la huelga de brazos caídos. Cada día, cuando la corneta tocaba entrada a talleres, los trabajadores hacíamos acto de presencia al taller, pero llegados a él quedábamos de pie junto a éste sin tocar una sola herramienta.

Aí tercer día de encontrarnos en este plan, se presentó en visita a los talleres el Inspector Nacional de Trabajo de la Dirección General de Prisiones. El Director de la Prisión, el patrono de los talleres y el oficial que los regenteaba, creyeron que intimidados por la presencia del visitante reanudaríamos nuestro trabajo, pero se equivocaron. Continuamos la huelga de brazos caídos.

Al Inspector Nacional de Talleres le llamó la atención nuestra actitud, y acabada la revista preguntó al Director el por qué de ella. El Director de entonces, D. Gabriel Castro Marcos, le informó, y entonces el Inspector le respondió:

—Los reclusos trabajadores tienen razón. Si Uds. les pueden engañar lo hacen, pero sin que la cosa derive en conflicto penitenciario, de lo contrario daré orden de cerrar el Taller. Trabajan para un particular y están en su derecho de invocar la aplicación del decreto que invocan.

A más de Carlos Mella que regenteaba el taller, había otro oficial de vigilancia, quien tan pronto oyó al Inspector Nacional, vino en mi busca y me dijo:

—Oye, no me descubras, pero el Inspector Nacional acaba de decir al Director en presencia de D. Carlos y del señor Simón que tenéis razón. Que si se os puede engañar que lo hagan, pero que si no lo consiguen y deriva en acto de indisciplina vuestra actitud, dará orden de cerrar el taller. Continúad como hasta ahora sin permitir que se inmiscuyan en vuestro asunto las organizaciones, que tenéis ganado el conflicto.

Yo, para que mis compañeros de trabajo no se dieran cuenta de quien había sido mi informante, dejé transcurrir unas cuantas horas. Poco antes de que la corneta tocara fin de

trabajo, fui convocando a cuantos trabajábamos en los talleres para reunión en el patio apenas saliéramos de ellos.

Tocó fin de trabajo la corneta y los trabajadores nos fuimos concentrando en el patio. Al vernos, los jerifaltes comunistas se acercaron a nosotros, pero los trabajadores confederales que dirigíamos el conflicto, para no dejarnos arrebatarse la dirección e impedir a la vez que nos lo entorpecieran, les apartamos del corro a cajas destempladas, acabando diciéndoles que era asunto de trabajo lo que íbamos a tratar y no permitíamos la presencia de nadie que no fuera trabajador entre llamen a las demás secciones y pónganse de acuerdo como con nosotros —dije yo.

—Bueno, marcharos.

Nos marchamos.

Una tras otra fueron arreglándose todas secciones. Cuando estuvieron de acuerdo todas ellas con lo que se les aumentaba por piezas, sin ser llamados volvimos los de la sección armarios y aparadores.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó el señor Mella.

—Que resuelta la cuestión aumento de sueldo, ahora deseamos la concesión de las pagas extraordinarias del 18 de Julio y Navidad —dijo Fornés.

—¿No os parece mucho pedir? —replicó el señor Mella en el colmo de la exaltación.

—No. Está decretado y nos consideramos con derecho a ello. Si Ud. cree que debe de quejarse a alguien, hágalo ante el Gobierno que representa que es quien nos lo concede —dije.

Después de una larga discusión en cuyo transcurso llegaron a cruzarse palabras fuertes, el señor Mella y el señor Simón accedieron a ello a condición de no pagarnos la correspondiente al diez y ocho de Julio por haber pasado ya aquel año.

Nos conformamos a condición de que se haría efectiva a partir del año siguiente y la de Navidad el mismo en que nos encontrábamos.

Resuelto el conflicto reanudamos el trabajo, pero los que nos habíamos enfrentado con el señor Mella y el señor Simón tuvimos el honor de encabezar la lista negra que se abrió.

Los trabajadores estábamos tan eufóricos con nuestro triunfo, como molestos los jerifaltes comunistas, ya que no sólo no podían marcarse el tanto de haberlo ganado ellos, sino ni siquiera el de haberlo dirigido, por cuanto fuimos los confederales los que lo dirigimos.

Para el primero de año, o sea, para el tránsito del año 1956-57, los reclusos, siguiendo la costumbre organizamos las cenas solicitando el traslado de unas galerías a otras a fin de pasar la velada con los compañeros que más afines nos eran. Se nos sirvió cuanto vino deseamos, pero se nos negó la cerveza alegando que el reglamento no permitía vender lo uno a quien había adquirido lo otro. Tal actitud creó un estado de violencia entre la población reclusa, que culminó cuando al intentar pasar de unas galerías a las otras se nos dijo haber dado orden de prohibición el director. A funcionarios y Jefe de Servicios, cada vez que se acercaban a las cancelas, se les llenaba de improperios que simulaban no entender en virtud de la festividad que se celebraba. A media noche, la plantilla, de orden del Director tuvo la pretensión de hacer callar a los que cantaban y de que se acostase toda la población reclusa. En vez de ello, los que no habían cantado hasta entonces, se sumaron a los que no habían dejado de cantar, acompañando sus canciones con el ruido del chocar de los platos metálicos.

La primera mañana de 1957, sorprendió a la mayoría de la población reclusa en pie y alborotando.

Tocó diana, recuento y salida a patio. Sin previo acuerdo transcurría el tiempo sin que se acercase nadie a las ventanillas del Economato, hasta que pasada media larga hora se acercó un común a la que se vendía el tabaco. Otro

común se le acercó invitándole a retirarse sin comprar, vista la actitud de la totalidad de la población reclusa. El invitado se volvió hacia ésta y al observar que era objeto de contemplación por su parte, adoptando una posición chulesca se echó mano a las partes como pretendiendo dar a entender que se la pasaba por ellas. Tan incorrecta acción motivó que el preso político más cercano a él, se le abalanzase para abofetearle. Intervinieron dos funcionarios propiciando la intervención de otros presos, y se armó el barullo.

Si no hubo sangre aquel día, fue gracias a la serenidad de la mayoría de los presos políticos, y a que la plantilla, viendo la decidida actitud de la población reclusa se abstuvo de otra intervención que la de retirar del patio al causante del incidente.

El Director, como sanción colectiva, procedió a la suspensión de la celebración de los actos artísticos preparados para aquel mismo día y el de Reyes.

En Abril, y como consecuencia del incidente del día primero de año, se trasladaban cinco reclusos a Burgos. Dos de ellos éramos Fornés y yo, a pesar de tener conciencia de nuestra no intervención en el mismo por no haber habido motivo para ello, por lo que supusimos que nuestro traslado obedecía a haber orientado el conflicto de talleres meses antes.

A fin de que no tuviéramos tiempo ni oportunidad de hacer saber nuestro traslado a los familiares y amigos de la calle, se nos notificó la orden de él tres horas antes de la fijada para salir de la prisión. Yo fui al médico oficial de la Prisión, y le rogué que pasara por mi casa para avisar a mi familia. El hombre accedió, y media hora más tarde yo era llamado para comunicar a pesar de no ser día de comunicaciones. Al entrar en el locutorio me encontré con mi hermana menor. De pie tras ella con papel y lápiz en manos para anotar lo que hablásemos había un funcionario. Detrás de mí, se plantó el de servicio en el locutorio con papel y lápiz en mano.

—¿A qué obedece que vengas a comunicar hoy conmigo? —pregunté a mi hermana.

—A que me he enterado que te trasladan a Burgos.

—¿Ya te has enterado? —exclamé simulando sorpresa.

—Sí. Ya.

—¿Por quién? —preguntó a mi hermana el funcionario que había detrás de ella.

—Eso es cosa que a Ud. no interesa ni tengo por qué decirle —le respondió ladeando la cabeza hacia él.

El funcionario enrojeció hasta las orejas, pero no insistió.

—Sí, me he enterado que te trasladan a Burgos y me he presentado en el despacho del Director diciéndole: Sé que traslada Ud. a mi hermano a Burgos, y por ser la última vez que vendré a molestarle comunicando con él, confió en que me autorice la comunicación.

—¿Y te la ha autorizado así por las buenas?

—Sí, pero creo que contra su voluntad. Pues cuando callé, me miró indeciso hasta que viendo mi resuelta actitud, sin responderme, cogió la pluma y me extendió la autorización de su puño y letra. Si no llega a autorizármela...

—¿Qué hubieras hecho? —pregunté a mi hermana riendo.

—Me lanzo sobre él y le araño.

Estando en este punto de la conversación con mi hermana, se presentó en el locutorio el médico oficial...

—¿Contento? —me preguntó.

—Sí, contento y agradecido, D. Carlos.

—Bueno. Vengo a decirle que dentro de un momento saldrá Ud. a abrazar a su madre, pues se le ha telefoneado al director desde el despacho del Gobernador civil dándole la orden para ello.

Ante las palabras del médico oficial, el funcionario de servicio en el locutorio, miró al que había detrás de mi hermana y le dijo:

—Estamos haciendo el indio anotando lo que hablan.

—Eso creo yo —respondió el otro.

—¿¡Ah! ¿Pero estaban Uds. tomando nota de lo que hablan estos señores? —les preguntó el médico.

—Sí. De orden del Director —respondieron.

—Pues sigan, sigan —dijo. Me deseó buen viaje, suerte y se marchó.

Apenas terminada la comunicación con mi hermana, fui llamado a Ayudantía donde se encontraba mi madre con otra hermana. Había pasado por la Iglesia, y se arrojó temblando en mis brazos.

Sintiéndola apretujarse temblante sobre mi pecho, a sus setenta y nueve años, sentí una gran pena y deseos homicidas se apoderaron de mí. Si en aquel momento hubiera dispuesto de una metralleta, hubiera matado, matado hasta no dejar en pie a uno solo de los que directa o indirectamente eran causantes del estado de mi madre. Sentí también ganas de llorar con ella por su pena más que por mi situación, pero allí estaban los verderones, como los reclusos llamábamos a los funcionarios, y no quise darles la

satisfacción de poder decir que me habían visto llorar aunque de sentimiento por mi madre.

—No llore madre. Aunque con el traslado se nos impide el continuar viéndonos cada semana, no se me traslada por nada malo, Simplemente por haber defendido mis intereses y los de mis compañeros de trabajo en los talleres. Cosa penada con el encierro para los trabajadores libres y con traslados y encierros en celdas a. los que ya estamos encerrados.

—Lo sé, hijo, lo sé. Pero tu eres joven y fuerte. Puedes aguantar, mientras que yo... Yo, ya ves. Si no me he muerto todavía, es por la lucha cotidiana que me he impuesto contra la muerte en mi deseo de verte libre y en casa. Después... aunque sea en el preciso momento de tenerte en brazos cuando traspongas la puerta, me da lo mismo morir.

—¡Madre! —exclamé.

—Ya sé que no debía hablarte así, pero en este momento no puedo hacerlo de otra forma. Vete tranquilo. Ahora lucharé más abiertamente con la muerte, quiero vivir hasta que salgas tú en libertad y lo conseguiré, ya lo verás —añadió haciendo un esfuerzo de voluntad. Y como por arte de magia, dejó de llorar y de temblar.

Pasados diez minutos, el Jefe de Servicios dio por terminada la comunicación. Abracé de nuevo a mi madre y a mi

hermana, y mientras trasponían ellas la puerta de comunicación de ayudantía con la Iglesia, volví yo al patio general.

En el patio, entre otros reclusos me esperaban los que iban a ser trasladados conmigo y una comisión compuesta de tres de los que trabajaban en talleres, quienes nos dijeron a Fornés y a mí, que voluntaria y libremente, al tener conocimiento de nuestro traslado, en los talleres habían hecho una cuestación y ellos eran los encargados de entregarnos lo recaudado.

Nos entregaron CINCO MIL OCHOCIENTAS TREINTA Y CINCO PESETAS.

Fornés y yo las cogimos emocionados, procediendo seguidamente a repartirlas por partes iguales con los que eran trasladados con nosotros.

A nuestra salida del penal, a pesar de ser hora de trabajo y escuela, la totalidad de la población reclusa nos despidió en el patio.

* * *

Fornés, a pesar de ser cenetista como yo, nunca me había dispensado simpatía por pertenecer él a una fracción y yo a la otra de las dos en que se había escindido la C.N.T. Por

azar, los guardias lo esposaron conmigo. Al arrancar el tren me miró sonriente y me dijo:

—Nunca te tuve simpatía a pesar de ser compañeros.

—No hace falta que me lo digas. Lo sé como también la causa. ¿Y ahora? —le dije.

—Ahora, después de tu actitud durante el conflicto de talleres, iría contigo con los ojos cerrados donde quisieras llevarme. La sola alegría que llevo conmigo a Burgos, es la de que vienes conmigo y tendré alguien en quien poder confiar.

—¿Tanta confianza te infundo?

—Más de la que puedas pensar. Lástima que no te conociera antes.

—Sin embargo, desde el conflicto de talleres a hoy han transcurrido varios meses y nunca me exteriorizaste simpatía hasta ahora.

—Personalmente no. Me causaba reparos por lo mal que te había juzgado siempre por tu posición orgánica, pero entre los de mi fracción, sí. He tenido muchos disgustos con ellos por defenderte entre nosotros.

—Bien, no me digas más. En mí siempre tendrás un amigo o un hermano mayor. Si precisas mi ayuda o consejo, nunca te privaré de ello.

—Gracias. No sabes cuanto agradezco oírtelo decir.

De Valencia se nos llevó directamente a Madrid. Por la nota puesta por el Director de San Miguel de los Reyes en nuestros expedientes, se nos chapó en celdas rigurosamente incomunicados. En la tarde del día de nuestra llegada, fuimos llevados los cinco al despacho del Director de la Prisión, D. Agustín Gómez Escolástica, quien con anterioridad había sido director de San Miguel de los Reyes.

—¡Hombre! ¿Sois vosotros? —exclamó al vernos, tendiéndonos la mano. Al leer vuestros expedientes y no recordaros por los nombres he sentido curiosidad por veros. ¿Qué os ha pasado? ¿Cuál es la causa de vuestro traslado? Pues después de veros no creo en lo que dice mi colega en vuestros expedientes.

—Le contamos lo ocurrido en los talleres y el día primero de año.

—Comprendido —dijo. Para suavizar vuestra situación en Burgos, escribiré al Director. No vais castigados, pero sí en plan de estrecha vigilancia. Tened cuidado de no resbalar, pues podríais ser castigados allí.

Seguidamente apretó el botón del timbre que tenía sobre la mesa y se presentó un funcionario.

—Diga al Jefe de Servicios que venga —le ordenó.

El Funcionario se retiró.

Poco después se presentaba el Jefe de Servicios.

—Oiga —le dijo D. Agustín. No le doy la orden por escrito porque no me es posible debido a las condiciones en que se encuentran estos muchachos, pero los he tenido a mis órdenes en San Miguel de los Reyes, son buenos chicos y deseo que mientras permanezcan aquí salgan al patio diariamente ¿Entendido?

—Si —respondió el Jefe de Servicios.

—Ahora podéis marchar —nos dijo el Director estrechándonos la mano.

El Jefe de Servicio nos acompañó al patio correspondiente a nuestra galería.

Durante los cinco días que permanecimos en Madrid, salimos al patio mañana y tarde con prohibición de hablar con los demás reclusos. A pesar de ello, como Manolo Villar era el Corresponsal de *Redención* en la Prisión, cada día venía en mi busca con un puñado de ejemplares de dicho semanario debajo del brazo, y charlábamos cuanto nos venía en gana. Con Carrasquer, recluido entonces en la Prisión Provincial de Madrid, charlaba en el economato donde nos poníamos previamente de acuerdo para nuestro encuentro.

Por aquellas fechas, existía la euforia en España de la liquidación del problema presos políticos, iniciado con la libertad de los que quedaban de guerra, a los que se decía seguiríamos los posteriores por grandes que fueran nuestras condenas, por lo que llevado de su innato optimismo, una tarde, Carrasquer me dijo que sería probable se nos pusiera en libertad desde la misma prisión donde nos encontrábamos sin llegar al término de nuestro destino. Yo reí, pero en el fondo, ante las libertades que había visto conceder a los de guerra en San Miguel de los Reyes, abracé la vaga creencia de que podría ser cierta la opinión de Carrasquer.

Al quinto día de nuestra estancia en Madrid, salimos para Burgos. En Ávila y en el mismo tren, fue relevada la guardia. El más viejo de ella se sentó a mi lado.

—¿Por sangre? —me preguntó.

—No, pero gracias por no haberme tomado por un maleante.

Ante mi respuesta me miró fijo a la cara.

—Político, claro. Debí de haberlo supuesto siendo así que van a la Central de Burgos y no a la Provincial. Perdona —dijo.

—No ha habido ofensa, por lo tanto no hay por qué pedir perdón —respondí.

El guardia sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos caldo de gallina y me invitó a fumar.

—Se lo acepté y después de encenderlo empezamos a conversar amistosamente.

En Valladolid hubo nuevo relevo de guardia. Junto a mí se sentó un guardia de mi edad aproximadamente.

—¿Comunista? —me preguntó.

—No. Confederal.

—Hombre, que raro. ¿Confederal y le llevan a Burgos?

—Sí. Ya ve,

—Sí, ya veo. Cosas de la superioridad.

Miró hacia el cabo sentado en el banco de enfrente al lado opuesto y me dijo bajando la voz para no dejarse oír de éste:

—Yo soy monárquico, pero cometí la torpeza de irme a la División Azul. Ahora, en cierto modo me alegra ello.

—¿Por qué? —me atreví a preguntarle.

—Porque en la División Azul y en Rusia, he llegado a la conclusión de que entre Fascismo y Comunismo no hay más

diferencia que el nombre. Los procedimientos son idénticos. Esa experiencia ha matado mis escasas simpatías por el Fascismo e impedirá que me puedan nacer alguna vez por el comunismo.

Iniciamos la conversación sobre política.

De vez en cuando el guardia miraba hacia el cabo.

—Es formidable, me dijo una de las veces. Que yo le exteriorice mis sentimientos políticos a un hombre que llevo esposado y tenga que guardarme de mi cabo.

Sacó su carnet de identidad del bolsillo y lo puso ante mí.

—Lea mi nombre. Me agradecería verle de nuevo en mejores condiciones para Ud.

—Gracias. No lo dudo —respondí.

En la estación de Burgos nos esperaba un coche celular. Montamos en él y fuimos llevados a la Prisión Central. Al quitarme las esposas, el guardia me tendió la mano.

Mientras traspusimos el vestíbulo, Fornés que había escuchado mi conversación con el guardia me dijo:

—Es formidable e inteligente ese guardia. No esperaba de ningún guardia civil el sentido de observación que ha demostrado tener en la exposición que te ha hecho de por

qué Fascismo y Comunismo son iguales basándose en sus experiencias en Rusia como Divisionario.

—Sí. Es formidable e inteligente, y lo lamentable es que sea guardia civil —respondí.

Traspusimos la puerta de comunicación del vestíbulo de entrada con el patio general. A nuestra vista apareció el patio en el que por ser día festivo, se solazaban los reclusos, quienes al vernos se aproximaron a nosotros dejando un estrecho callejón por donde pasar.

De pronto, a mí me cogió la maleta un recluso al mismo tiempo que me echaba el otro brazo por los hombros.

Le miré y reconociendo en él a un compañero andaluz con el que estuve en Yeserías, le abracé a mi vez.

Cruzamos el patio y entramos en el departamento celular, el compañero que me llevaba la maleta se retiró después de dejarla en el suelo.

En el departamento celular, el oficial de servido, nos hizo alinearnos y después de cachearnos minuciosamente maletas y personas, nos hizo subir las maletas al almacén destinado a las mismas, encerrándonos seguidamente en celdas por separado.

Sobre Burgos se han escrito muchas cosas (sobre todo por parte de los Comunistas). Verdad unas y mentira otras por la hiperbólica exageración de que las revestían, particularmente las posteriores a la entrada de España en la O.N.U., pero se han callado las más monstruosas por su aspecto moral y no podérselas achacar a los uniformados representantes del régimen en el penal.

Se ha dicho de los primeros años correspondientes a la postguerra, que para la limpieza de galerías y patio, a los reclusos se les proveía de rodilleras, y que con ellas puestas se arrodillaban al suelo fregando con una bayeta al estilo primitivo como lo fregaban las mujeres. CIERTO. Que Matías (un funcionario de aspecto repulsivo grande y fuerte como un roble), cuando le parecía, se aproximaba a los reclusos que fregaban y le resultaban antipáticos (y por regla general se lo resultaban todos), y les ponía el pie apretando para abajo sobre la mano con que fregaban hasta hacerles sangrar el dorso. CIERTO TAMBIEN. Que cuando se encontraba paseando en servicio con sus compañeros de cuerpo, acostumbraba a decir indicando a un preso determinado con la mano:

—¿A qué tumbo a aquél de un guantazo?

Que sus compañeros le respondían riendo:

—¿A qué no?

Y que entonces Matías, iba hacia el recluso que había indicado, y le soltaba tal guantazo que haciéndole perder el equilibrio lo tumbaba por tierra con gran hilaridad de sus compañeros; pero se ha callado, que durante ese mismo período, los comunistas presos, por ser los más numéricamente hablando y seguir las orientaciones Stalinistas, ante su incapacidad de conquistar dialécticamente a los presos que no lo eran o conseguir cuando menos su colaboración, pusieron en práctica la táctica del terror moral y físico con científico y frío refinamiento.

En las galerías empezaban por aposentarse del fondo extendiéndose hacia las puertas por ambos lados, dejando a los que no lo eran junto a las puertas mismamente. Después medían los metros cuadrados del suelo y los repartían por igual entre sus ocupantes, sirviéndose ellos para sus paseos de la suma de los metros correspondientes a los pertenecientes al partido, sin permitir que los no pertenecientes a él pisaran un solo baldosín de los no comprendidos en el espacio vital que les había sido designado, con lo que forzosamente, tan pronto subían del patio a las galerías, se veían obligados a meterse en la cama.

En el patio general, aunque más discretamente, hicieron lo propio que en las galerías. Ellos paseaban siempre por la misma zona ensanchándose durante los paseos para arrinconar a los demás reclusos en un reducidísimo espacio de terreno. Frente a la zona ocupada por ellos, se encontraban los retretes, la peluquería y el Economato, por lo que forzosamente, cuando algún recluso no comunista tenía necesidad de ir a uno de los tres sitios, veíase obligado a cruzar entre ellos. Entonces, a la ida y a la vuelta, era objeto de los más soeces insultos.

Tenían montada su vigilancia política y la checa. La vigilancia política, tenía por misión olfatear entre los reclusos no comunistas cuanto hablaran para correr a comunicarlo a sus Jefes inmediatamente, y la de evitar que éstos pudieran ser sorprendidos en reunión por la plantilla. La checa, la de amedrentar y torturar moral y físicamente a sus compañeros en desgracia que no tragaban con el “camelo del comunismo”.

La vigilancia política dependía directamente del UNO, CABALLERO VACA, quien pernoctaba en la primera galería, y quien en todos sus movimientos por el penal, salvo cuando se reunía con sus camaradas de Buró que quedaban prudentemente distanciados era acompañado por cuatro mastines con carnet del partido.

La checa tuvo varios Jefes, uno de ellos un madrileño llamado Carrascal, quien en cierta ocasión, se internó solo en el patio de la cocina, y al ser sorprendido por el compañero que me cogió la maleta a mi llegada a Burgos, se lanzó sobre él para abofetearle. Carrascal empezó a gritar y se presentaron dos funcionarios.

—Registren a ése. Lleva un cuchillo de la cocina y me quería apuñalar —les dijo.

Los funcionarios registraron al compañero y como no le encontraron el cuchillo que aseguró Carrascal llevaba, no le ocurrió nada.

Como torturas morales, a más de la política del aislamiento, empleaban la táctica de la calumnia acusando de “chivatos e invertidos” a los que les interesaba inutilizar, no solo entre los reclusos, sino también entre sus familiares por medio de cartas, con cuya táctica deshicieron más de un matrimonio por la estupidez de las esposas que creyeron en tales acusaciones, volviendo locos a más de un recluso.

Como torturas físicas, entre otras, emplearon la del apaleamiento enmascarados. Caso, Pedro Gau. Pedro Gau era un muchacho dignísimo que tuvo la valentía de enfrentarse con el partido cada vez, que creía debía de hacerlo. Un atardecer de invierno, al salir del taller de mantas donde trabajaba, con el patio cubierto de nieve se

dirigió a los retretes parando ante uno de los urinarios. Estando haciendo aguas menores, fue agredido por cuatro reclusos comunistas enmascarados con pañuelos al estilo cuatrero americano. Al sentir sobre su cabeza y hombros el golpe de los calcetines llenos de tierra Gau empezó a gritar pidiendo auxilio. Los retretes estaban junto a la peluquería, y Matías que estaba de servicio en ella, al oír los gritos, salió de la peluquería al patio. Los gritos le dieron a comprender que era en el retrete donde se daban y entró en él. A su vista, los enmascarados, como el retrete tenía tres puertas salieron corriendo por una de ellas sin que Matías pudiera conseguir más que la manga de la chaqueta de uno de ellos que se le quedó en las manos al intentar sujetarle y salir corriendo el otro. Cogió a Gau y lo llevó a la enfermería.

Por una paradoja de la vida, el destino quiso que fuera Matías, el más salvaje y brutal de los funcionarios quien salvara a Gau de morir a manos de los comunistas, mereciéndole una gratificación y una mención honorífica en el expediente profesional por parte de la Dirección General de Prisiones.

El brutal y homicida apaleamiento de Gau, motivó un general sentimiento de protesta entre los no comunistas y algunos de ellos, quienes avergonzados del proceder del partido en una de las cárceles del vencedor contra quienes habían luchado codo a codo en la trinchera, se dieron de

baja. Los no comunistas, instanciaron al Gobernador Civil de Burgos pidiendo traslado de prisión ante su inseguridad física en la Prisión Central de Burgos. Pero sabedores de que de dar curso oficial a las instancias éstas no llegarían a manos del Gobernador por la responsabilidad moral que implicaba para el Director de la Prisión, recurrieron en petición de que como favor especial se las llevaran los funcionarios que supusieron no se negarían ellos por disconformidad con el proceder de los comunistas y la pasividad del Director Sr. Cuadrillero, que simulaba no darse cuenta, pensando que mientras los presos se mataran entre ellos no le crearían conflictos.

A la vista de la cantidad de instancias que le fueron entregadas, intervino el Gobernador procediéndose al traslado de varios elementos de la plantilla. Uno de ellos fue el propio Director, a cuyo hijo le habían costado los libros de estudio los comunistas —en plan de regalo amistoso.

Con la intervención del Gobernador, se acabaron las torturas físicas, pero... las morales continuaron corregidas y aumentadas.

Y mientras con los presos no comunistas, sus hermanos en desgracia, procedían así los comunistas; pero el Carmen, La Merced, Navidad, Reyes y el Santo de la Madre Superiora de la Comunidad femenina Mercedaria existente en Burgos, les

regalaban grandes tartas y cajas de bombones para que lo festejaran.

A la separación del Partido, cuando el apaleamiento de Gau, los que lo hicieron, cayeron para con éste en la misma desgracia en que se encontraban los que nunca habían pertenecido a él ni comulgado con sus ruedas de molino, a quienes se acercaron para sentirse menos solos y tener un punto de apoyo. Suponiendo el partido acertadamente que éstos informarían a sus nuevos amigos de sus interioridades y acuerdos privados, ordenaron a unos cuantos incondicionales que se dieran de baja también y se sumasen a ellos. Que les hablaran mal del partido para hacerles hablar. Los miserables aceptaron, y por las noches, informaban al Partido de lo que les oían durante el día creyendo servir así mejor a la CAUSA DEL PROLETARIADO.

Con la muerte de Stalin, surgió el Krufchesismo, apoderándose el natural desconcierto desde el UNO al último del partido, permaneciendo inactivos hasta que les llegó la orientación de la nueva táctica a seguir. Cuando les llegó, con la alegre irresponsabilidad del hombre sin convicciones ebrio de fanatismo, pretendieron cambiar radicalmente, convirtiéndose en apariencia en Hermanitas de la Caridad a las que podías decir cuanto te viniera en gana sin que se enfadaran, limitándose a responder en tono compungido:

—Estábamos equivocados, camaradas. Lo reconocemos.

Les entró la fiebre de ingresar en los talleres para mejor comprender y conocer a los demás presos. Entraron en la banda de música de la prisión boicoteada hasta entonces por ellos, por lo que a los fundadores les dio en llamarla La Magdalena, y si les preguntabas porque la llamaban así, te respondían:

—Por que como aquélla, fue mala y se arrepintió. Ya véis, desde su arrepentimiento, hasta los comunistas pertenecen a ella.

Yo llegué a Burgos en plena euforia de COEXISTENCIA, pero sin que por ello se hubieran acortado las distancias entre los presos, pues con justa lógica, los que habían sido víctimas del fanatismo totalitario comunista los años anteriores, no sólo no los aceptaban, sino que les decían:

—Antes, en vuestra brutalidad, eráis preferibles a ahora. Entonces os mostrabais tal y como eráis y se os aceptaba o se os rechazaba, ahora aparentáis lo que no sois y dáis náuseas.

Anocheciendo el día de mi llegada a Burgos, se abrió la puerta de mi celda apareciendo ante mí el oficial de servicio y un recluso vistiendo bata blanca de practicante sobre el uniforme de recluso, quien se me presentó como compañero diciéndome llamarse Enrique Santander y

encontrarse extinguiendo condena por haber actuado en la clandestinidad bajo el anagrama confederal.

Yo le tendí la mano que me estrechó amistosamente.

Mientras nos estrechábamos la mano, el oficial dijo:

Yo me retiro, Santander. Si quieres puedes darle de fumar, pero no le dejes tabaco. Se lo podría encontrar la guardia de mañana y me buscabas el lío.

Márchese tranquilo que no le dejaré tabaco —respondió Santander, ofreciéndome un cigarrillo que me llevé a los labios avarientamente por no haber fumado desde que entré en la celda.

Santander me acercó el mechero encendido al cigarrillo y le di tres chupadas seguidas.

Seguidamente, Santander empezó a informarme de las características de la prisión en lo que a presos y funcionarios se refería. Disgregada situación del núcleo orgánico a causa de la escisión y demás, sugiriéndome que no marcara postura hasta tanto no saliera al patio y me ambientase personalmente.

Yo se lo prometí así.

Al marchar, Santander me dijo que él ejercía de practicante cuya profesión estudió en la Prisión Central de Guadalajara,

y que si algo precisaba de él no tenía más que hacérselo saber por mediación del oficial de guardia.

Por dicha despedida, yo creí que Santander ya no se presentaría a verme más, pero me equivoqué, pues cada día, después de comer se presentaba en mi celda acompañado del oficial respectivo de guardia para saludarme y charlar un rato conmigo.

A los veinte días de encontrarme de período en Burgos, fui requerido a comunicar. La llamada me sorprendió, pues ningún familiar me había anunciado la visita. Mientras cruzaba el patio, fui objeto de la curiosidad general de la población reclusa que se solazaba en él.

Al entrar en el locutorio, me encontré con un compañero de ferrocarriles llamado Serrano, quien encontrándose disfrutando de las vacaciones, se había presentado en Burgos para verme, y quien para poder comunicar conmigo, dijo al oficial de comunicaciones ser casado con una de mis hermanas.

La comunicación se deslizó con normalidad, pero el funcionario Sr. Simón que la controlaba, no se apartó un solo minuto de mi lado. No obstante, Serrano y yo nos trasmitimos cuanto nos plació en sentido metafórico.

A los cuarenta días de nuestra llegada a Burgos (sábado), se dio por terminado nuestro período, pasándonos al patio general para hacer vida común con los demás presos.

La mayoría de los reclusos, se encontraban en los Talleres unos y en la Escuela los otros. Los pocos que paseaban por el patio, al vernos con el petate al hombro, cesaron, en sus paseos y conversaciones, y viniendo hacia nosotros nos rodearon. Algunos, nos preguntaron a la galería que íbamos destinados y cuando se lo hicimos saber, nos cogieron el petate diciéndonos que les siguiéramos.

Fornés, Sarrau (otro libertario perteneciente a la fracción en oposición a la que yo pertenecía, y yo), fuimos destinados a la misma.

En la galería, el cabo de la misma nos destinó cama. Apenas la hubimos arreglado y mientras nos cruzábamos un cigarrillo Fornés y yo, en presencia de Sarrau al que no ofrecimos por saber que no fumaba, se presentaron los cinco compañeros que formaban la fracción orgánica en discordia con la que pertenecía yo. Sarrau conocía a dos de ellos (Portales y Miñarro), a los que abrazó efusivamente, abrazando a continuación a los otros tres cuando le fueron presentados por Portales. Después presentó los cinco a Fornés que les tendió la mano diciéndoles seguidamente viendo que Sarrau no me los presentaba:

—Este, aunque perteneciente a la otra fracción, también es compañero, y en cuanto a entereza nos da cien y raya a nosotros.

Ante la presentación de Fornés, creyéndose obligados a ello me tendieron la mano que les estreché sonriendo entre amistosa e irónicamente por el disimulado gesto de disgusto de Portales y Miñarro.

—Perdón —dijo Sarrau como disculpa. No había pensado en ello.

—No tiene importancia —respondí yo acentuando la sonrisa en los labios. Lo interesante es que por tí o por Fornés, estos compañeros sepan que también yo soy cenetista.

Nos invitaron a beber una cerveza en el economato y aceptamos.

En el vestíbulo de la escalera y antes de alcanzar el patio, nos encontramos con Santander y una docena de compañeros más que venían en mi busca. Por la expresión de sus caras, comprendí que pertenecían a la misma fracción orgánica que yo y les estreché la mano efusivamente al serme presentados por Santander, procediendo a mi vez a presentarles a Fornés y a Sarrau.

Entramos todos juntos en el economato, pero una vez dentro, hicimos dos grupos. Fornés se acopló al que estaba yo.

Pedimos cerveza que nos fue servida prestamente por los reclusos de destino en el economato, y apenas nos la hubimos llevado a los labios se presentaron cinco Jefazos Comunistas entre los que iba Casimiro Roca de Miguel (representante del Partido en la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas durante mi actuación al frente de la Secretaría Nacional del C. N.T., quienes a pesar de las polémicas y batallas libradas en la calle y en las Prisiones de Alcalá y Ocaña, por vivir en aquellos momentos la consigna de COEXISTENCIA lanzada por Kruschef, me saludaron aparentemente rebosantes de alegría, invitándome a un huateque en su compañía para el día siguiente, no obstante mi fría y cortés acogida. Acepté y marcharon tan contentos.

—Prepárate para aguantarles la barba de UNIDAD —me dijo Santander cuando marcharon. Los Comunistas nunca invitan sino es para cobrárselo aunque solo sea aguantándoles las barbas.

—Lo sé. Si he aceptado la invitación ha sido precisamente para por la barba sacar la consecuencia de lo que desean de mí, pues en el fondo abrigo la convicción de que continúan detestándome como antes.

—Entonces sólo el tiempo perderás escuchándoles —dijo otro compañero llamado Rubio.

Bebimos la cerveza y salimos al patio. Sarrau, Portales y demás que estaban con ellos quedaron en el economato.

Apenas salidos al patio, se nos acercó un recluso preguntándonos quien era Fornés.

Fornés se dio a conocer y entonces el recluso, tendiéndole la mano se le presentó como Antonio Cuadrado, vecino de su barriada en Barcelona. A continuación me saludó a mí sin decir nada a nuestros acompañantes por demasiado conocidos entre sí.

Después de contar a Fornés algunas cosas de la barriada para que éste comprendiera mejor quién era, le dijo que sabedor de que era un buen amateur del fútbol, le invitaba a que se incorporase al equipo en que jugaba él de portero, respondiéndole Fornés que en efecto pensaba incorporarse a uno de los tres equipos existentes en la Prisión, pero que antes tenía necesidad de ambientarse por sí mismo.

A los pocos minutos, Cuadrado, alegando haber entorpecido nuestra conversación con su presencia, se despedía sonriente, pero visiblemente contrariado por la negativa de Fornés a incorporarse a su equipo.

—Has hecho bien en responderle como lo has hecho —dijo Santander a Fornés cuando hubo marchado Cuadrado. En la Prisión hay tres equipos de fútbol. El Júpiter, Los Blancos y el Industrial. Cada equipo tiene su club sostenido por la cotización de los pertenecientes a él. Los dos primeros están integrados por Comunistas tanto los futbolistas como los socios del club, el tercero por los compañeros y comunes que trabajan en los talleres de la Prisión, de ahí su nombre de industrial con la prohibición absoluta de que se dé el ingreso a ningún comunista ni para la alineación ni como socios del club.

—¿Y eso por qué? El deporte no tiene colores ni entiende de política —dijo Fornés.

—Así es. El deporte no tiene color ni entiende de política, sobre todo el amateur, pero aquí es lo contrario. Antes, durante el período Stalinista, a los que jugaban a fútbol, los comunistas les llamaban COLABORADORES y CHIVATOS, ahora, como la consigna de COEXISTENCIA de Kruschef les impone el fútbol y otras muchas cosas más que condenaban antes, han constituido sus equipos de fútbol con la pretensión de monopolizar y controlar el deporte aquí; para impedirselo, nuestros compañeros y los comunes continúan conservando su primitivo equipo y club sin permitirles la entrada en él a uno solo de ellos a pesar de jugar contra

ellos partidos amistosos y los torneos de liga que se establecen.

—Otra de las cosas que combatían era la banda de música por el hecho de amenizar la celebración de la misa, pero desde la consigna de COEXISTENCIA, a los no Comunistas nos resulta difícil incorporarnos a ella, debido a lo cual, sus viejos componentes la llaman la Magdalena, —dijo Rubio.

—¿Y eso por qué? —pregunté yo.

—Porque como aquella, era mala y se arrepintió, de ahí el ingreso de los comunistas en ella —me respondió Rubio acompañando la palabra de un picaresco guiño.

Ante su respuesta yo no pude por menos que soltar la carcajada.

La corneta tocó alto trabajo y escuela.

Al instante empezaron a afluir presos al patio procedente de los Talleres y la Escuela. Algunos de ellos, nos conocieran o no se nos acercaban a saludarnos, otros, aunque nos conocieran, si no eran compañeros se limitaban a mirarnos sobre la marcha en el paseo.

Anochecido y después de cenar en el comedor, tocó terminación de paseo y retirada a las galerías. Los reclusos empezaron a formar por galerías en el sitio de costumbre.

Se tocó Oración, y acabada ésta, cada brigada desfiló hacia su galería. En las galerías, cada pareja formó de pie ante la litera para dos que ocupaban. Segundos después entró el oficial de servicio y procedió a efectuar el recuento, cerrando la galería tan pronto lo hubo hecho.

Desaparecer el oficial y cuando aún resonaban sus pasos en la escalera y empezar a tenderse mantas a los lados de cada dos literas ocupadas por los comunistas, todo fue una misma cosa. Seguidamente y en el hueco que dejaban las mismas, empezaron a entrar los componentes de las células para la celebración de sus reuniones.

En mi galería sólo dejaron de meterse entre las mantas cinco comunistas apartados del Partido, Fornés, Sarrau y yo que empezamos a pasear a lo largo de la galería sin preocuparnos ni mirar hacia los grupos reunidos.

Habríamos dado cuatro o cinco vueltas por la galería, se nos acercó uno de los comunistas apartados llamado Ferragut, quien después de presentársenos como paisano mío, nos dijo como quien hace tiempo deseaba encontrar alguien en quien descargar su pecho:

—Por fin tendré con quienes poder hablar de vez en cuando.

—¿Y eso? —le preguntamos los tres a un tiempo interesados.

—Hace años que no cruzo la palabra con nadie de la galería.

—¿Ni con los apartados del partido? Pues deduzco que esos que no han asistido a las reuniones que están celebrando los comunistas lo son como tú.

—Ni con los apartados del partido —respondió Ferragut.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque me fio menos que de los que hay dentro. Son lo suficiente cínicos y cobardes para hablar con uno mal del partido, y después, si el partido les aprieta, contar lo que les has dicho.

—Muy resentido debes de estar con el partido y los apartados para hablar como lo haces —respondí.

—¿Y no temes que nosotros podamos traicionarte? —le preguntó Fornés.

—No. Tengo referencias de vosotros, y a éste añadió indicándome a mí, aunque él no me recuerde, yo si lo recuerdo de la guerra.

—¡Hombre! exclamé yo.

—Si. Te recuerdo...

Y nos contó la circunstancia en que me había conocido.

—«De ahí —acabó diciendo sonriendo, que no tema que me traicionéis.

Picado por la curiosidad, ante la confianza que demostraba poner en nosotros me atreví a preguntarle:

—¿Se puede saber la causa de tu apartamiento del Partido?

—Sí.

Y empezó a decirnos:

—Yo ya entré en la cárcel picado con el partido por la cuestión expediente, debido a que el jefe del grupo con quien actué en la calle, fue el causante de la detención de sus componentes, acabándome de picar más, al ver que en la cárcel y por gozar de la confianza de los jefazos del partido, no sólo no se tomó medida alguna moral contra él, sino que continuó ostentando la jefatura que había ostentado en la calle entre nosotros. Entonces planteé la cuestión de confianza, y la respuesta fue que si quería pasar un encierro tranquilo que no me metiera en lo que no me importaba ni informara a los demás de la conducta del individuo en cuestión. No hice caso considerando que las representaciones políticas y sindicales debían de estar en manos solo y exclusivamente de hombres de probada solvencia moral y hombría, y fui exponiendo a la base mis quejas a fin de que presionase sobre la dirección del partido. El resultado fue que intentaron envenenarme no

consiguiéndolo gracias a la diligente intervención médica, pero desde entonces no he vuelto a disfrutar de salud. Frecuentemente me dan hemorragias.

Fornés y yo nos miramos con incredulidad, pues a pesar de conocer los procedimientos de los comunistas, nos resistíamos a creer que en las cárceles franquistas se decidieran a intentar quitar la vida a un hombre llegado a ellas por su lucha contra el régimen. Nuestra mirada fue captada por Ferragut. Nos miró condolido y nos dijo:

—No me creéis ¿Eh? Pues mirad. Desde entonces, en el economato solo compró lo que puedo comer en el día y nunca lo dejo en la galería. Siempre lo llevo en los bolsillos.

Nos enseñó sacándolo del bolsillo el pan y queso que llevaba para almorzar el día siguiente.

Fornés y yo nos volvimos a mirar sin exteriorizar en los ojos nuestra impresión.

—Quizás me toméis por majara. Los comunistas, como se han dado cuenta de que estoy paseando con vosotros y supondrán que os estoy hablando de mi caso con ellos, también os lo dirán así para que no me hagáis caso, pues ahora si no personalmente, políticamente les pesan sus canalladas pasadas, y la cometida conmigo fue demasiado criminal para que no les pese e intenten ahogarla pretendiendo hacerme pasar por loco.

—Yo no niego la veracidad de lo que nos estás diciendo, Ferragut —le dije—, pero francamente, me resisto a creerlo por lo criminal que me resulta que por simples discrepancias, en las cárceles de Franco, piensen como piensen, haya presos que intenten privar de la vida a otros.

—Si te resistes a creer lo que os digo es porque no conoces a los comunistas —me respondió.

—De ser cierto lo dicho por tí, tendré que confesar que no los conozco, pues jamás hubiera pensado que llegasen a esos extremos a pesar de sus defectos y mal proceder por exceso de sectarismo.

Ferragut sonrió amargamente.

—A pesar de haber venido a esta prisión en la euforia de la coexistencia, tendréis ocasión de pasar más de un mal rato a causa de ellos, y ser víctimas si no de otra cosa, cuando menos de su difamación como lo son todos los presos que no se dejan manejar por ellos. Ahora mismo, en este instante, podéis tener la seguridad de que en todas las reuniones se está tratando sobre vosotros. De momento emplearán la táctica del halago e invitaciones a huateques, si con ello no consiguen inclinaros a su favor, entonces la táctica cambiará radicalmente. Mientras unos, por orden de la dirección del partido continuarán manteniendo relación con vosotros para no romper totalmente y tener siempre

que les convenga la posibilidad del acercamiento, los otros os difamarán. Si la difamación llega a vuestros oídos y les planteáis quejas a los jefes, os dirán que es cosa de los irresponsables. Les llamarán y afearán la conducta en vuestra presencia, pero en sus reuniones, les ordenarán que continúen vertiendo la difamación entre los presos ajenos al Partido para que no ganéis crédito entre ellos. De esto, vuestros viejos compañeros en esta Prisión tienen experiencia, pero no todos saben mantenerse dignos ante el Partido. Algunos incluso les hacen el juego.

Tocó silencio y nos separamos de Ferragut dirigiéndonos a nuestras respectivas camas, mientras los comunistas, dando por terminadas sus reuniones se dirigían a las suyas.

A mí como compañero de litera me tocó un comunista llamado Moya, quien cuando llegó a la litera procedente de la reunión con su célula, se mostró amabilísimo ofreciéndoseme para cuanto precisase. Yo sonreí sin ofrecerme como lo acababa de hacer él.

A las siete de la mañana siguiente sonó diana. Media hora después recuento. Cuando se presentó en la galería el oficial para proceder al recuento, la mayoría estaban todavía en la cama. Fornés y yo, ya estábamos de pie y arreglados con la cama en orden de revista. Al oficial le causó buena impresión nuestra actitud.

Tocó bajada al comedor para el desayuno. La mayoría de los que se encontraban en cama, invitaban a sus compañeros de litera a que se lo subieran, algunos aceptaban, otros respondían que bajaran ellos, pues allí estaban extinguendo condena, pero no de criados de ellos,

Después del desayuno se fue a misa. Acabada ésta, se desfiló ante la junta de Régimen por brigadas, y finalizado el desfile se rompieron filas.

Apenas rotas filas, los comunistas que el día anterior me invitaron al huateque con ellos, vinieron en mi busca, llevándome en su compañía al vestíbulo de la escalera de la primera y segunda brigada, en las que era opinión de la generalidad de la prisión, que pernoctaban los jefazos del partido.

En dicho vestíbulo, tenían una caja de botellas de cerveza, y sobre una pequeña mesa plegable, varios platos con tapas variadas. Embutido la mayoría de ellas.

Apenas entrados en el vestíbulo, me invitaron a tomar asiento en una banqueta y a que picara en las tapas. Casimiro, empezó a abrir botellas ofreciéndome la primera que abrió. Durante unos minutos, hablamos de trivialidades. Después se entró en materia diciéndome Casimiro:

—Seguramente, se te contarán barbaridades atribuidas a nosotros durante el período estalinista, confío en que tú que

nos conoces lo suficiente y tienes sentido común, sepas desligar la verdad de la mentira. Dichas barbaridades, sólo las propalan los despechados carentes de moral personal y revolucionaria debido a que no les hemos dado cabida entre nosotros, y como reacción, proceden difamándonos para impedir que pueda ser realidad en esta prisión la tan ansiada y necesaria Unidad de los hombres que luchamos juntos en la trinchera durante la guerra. Nosotros por ejemplo, tú y nosotros, hemos tenido nuestras desavenencias y luchas, y sin embargo ya ves, ayer, tan pronto como tuvimos conocimientos de tu salida de celdas, posponiendo nuestros pasados agravios, corrimos en tu busca para invitarte y departir un rato en tu compañía. Analizar los problemas que nos son comunes, y que mutuamente lleguemos a conclusiones que nos permitan ganar el terreno unitario perdido con nuestras pasadas y hostiles posiciones, ya que la realidad y el tiempo nos han demostrado que entre vosotros, hay hombres que valen tanto o más que el mejor de nuestros camaradas.

—Gracias por lo que a mi afectan tus últimas palabras, pues supongo que al invitarme y hablarme así, es porque me consideras uno de éstos —respondí.

—Desde luego, no te quepa duda.

—Gracias de nuevo, pero a ese respecto y para que no haya equívocos entre nosotros, independientemente de la

amistad que personalmente nos pueda unir en el futuro, he de deciros que políticamente, yo me encuentro respecto al Partido como en los días de nuestro enfrentamiento, para propiciar la unidad entre él y mi organización, preciso vivir entre vosotros la experiencia que me permita llegar a la conclusión de que efectivamente vale la pena y la merecéis, pues como bien has dicho al principio, ya se me han contado algunas de las cosas calificadas por tí como barbaridades. No las he creído a pies juntillos, pero sí con las debidas reservas. Lo que me hace suponer que a pesar de vuestra aparente democratización, en el fondo continuáis siendo los de siempre en lo que a sectarismo se refiere. Por otra parte convendrás conmigo en que no sois vosotros los llamados a deciros buenos ahora, ni a fijar el plazo de tiempo en que los demás debamos de consideraros como tales, sino los demás. Cuando se ha procedido como lo habéis hecho vosotros durante el período estalinista, hay que sufrir las consecuencias.

—En efecto. Llevas razón —dijo Narciso Julián (el Uno a la sazón) allí presente. Observa y después juzga.

Su expresión al hablar pretendía ser normal, pero en su acento vibraba la ira que le habían causado mis palabras.

Se dejó la conversación política y volvimos a las trivialidades.

Pasado un rato se me invitó a dar un paseo. Aunque comprendí que lo que pretendían era que tanto la plantilla como los presos nos vieran paseando en amistad, acepté, pero a la segunda vuelta dada con ellos por el patio, los dejé yendo en busca de mis compañeros con quienes acabé de pasar el domingo.

Desde aquel día me dediqué a observar el desenvolvimiento de los presos como grupos políticos y hombres privados de libertad.

La mayoría de los comunistas, formaban grupo homogéneo reuniéndose diariamente por orden de jerarquía que desempeñaban en el partido, en cuyas reuniones elaboraban las consignas a expandir y las noticias de tipo político a correr entre la población reclusa, ávida de conocer el mundo de fuera muros.

De entre ellos, los había designados para informar a los demás que quisieran escucharles, bien paseando por el patio, o aceptando pequeñas reuniones en su compañía. Entre los oyentes, no faltaba quien atribuyese a embustes convencionales cuantas noticias les daban, por lo que se le hacía objeto de la táctica del vacío.

Los Socialistas, como los confederales, se reunían por grupos al margen de los comunistas, haciéndolo por fracción orgánica a que pertenecían estos últimos debido a la

escisión de la Confederación, y aunque no se podían ver entre sí guardaban ambos grupos buenas relaciones con los Socialistas, sin que éstos, aunque sí en el terreno personal, mostraran preferencia por un grupo sobre el otro, en el orgánico.

Los comunistas, durante el período estalinista, habían combatido la existencia de la banda de música y el fútbol, difamando a cuantos pertenecían a lo uno u a lo otro, por lo que los comunes —insignificantes rateros la mayoría de ellos—, miraban con más simpatía a socialistas y confederales que a los comunistas. Igualmente que a música y fútbol, los comunistas, hasta el Krufchevismo, combatieron los Talleres de la Prisión, pero al advenimiento de éste con su cambio de táctica, no sólo se incorporaron a la música y fútbol, sino que también a los talleres consiguiendo la autorización para la creación de uno de Artesanía creado y dirigido por ellos. A la par que se incorporaron a música, fútbol y talleres, fueron al copo de destinos, con lo que resultaba que por ser los más y evitarse complicaciones la dirección, excepto en Enfermería y Economato, todos los destinos estaban en sus manos.

A su incorporación al fútbol, crearon los equipos Júpiter y Los Blancos, llegando al acuerdo con el Industrial de constituir la Federación interior de fútbol encargada de organizar y regir los torneos y campeonatos que se creaban,

como asimismo la de árbitros —encargados de dar los triunfos con el pito a los equipos comunistas cuando jugaban contra el Industrial y eran incapaces de ganarles con el juego, por lo que Fornés, uno de los mejores delanteros centros que pasaron por Burgos, se incorporó al Industrial.

En los talleres de la Prisión, regidos por el Oficial Sr. Martiniano, la retribución era irrisoria comparada con la producción. Si el preso quería sacarse un jornal respetable que le permitiera cubrir sus necesidades, veíase obligado al desarrollo y consumo de un mayor desgaste físico, pero se daba la paradójica circunstancia, de que en el taller de artesanía del Partido, ocurría lo propio y nunca ganaba el recluso lo que en los talleres de la prisión, con las consiguientes polémicas entre los obreros de unos y otro taller.

Los Socialistas y Confederales, se desenvolvían autónoma y personalmente. Los Comunistas tenían organizadas sus comunas, que en la práctica resultaban un insulto para las propias comunas y el partido, ya que en las integradas por los jefes se comía pollo, ternera y merluza a diario, y en las demás, vaca de tercera, chicharro, arenques y hasta un simple puñado de higos secos.

Cada comuna tenía su jefe o “madre” como le llamaban sus componentes. La misión del Jefe o madre, consistía en proceder a la compra y preparación del suplemento de

comida que comían después del rancho en el comedor, administración del tabaco y entrega de papel y sellos cuando se escribía a las familias, para lo que los días de cobro, la madre se tomaba buena prisa en recoger el jornal a los componentes de la comuna que trabajaban en los talleres, y los de pago de peculio, el giro a quienes se lo enviaban las familias, de cuyo total entregaban el veinticinco por ciento al buró para el sostenimiento de los Jefes y los grupos de estudiantes a quienes se dispensaba del trabajo para su preparación intelectual a poner al servicio del partido en su día, con lo que resultaba que al igual que en el sistema capitalista en la calle, el que trabajaba era el que menos comía, causa del sordo descontento en el seno del partido que nadie se atrevía a exteriorizar abiertamente para evitarse el ser víctima de la táctica del vacío y objeto de difamación.

Del fondo total producto de la recaudación del veinticinco por ciento de nóminas y giros más de los envíos oficiales del partido a título personal a cuyos nombres eran enviados, el partido tenía destinada una cantidad determinada para la captación, no sólo entre los reclusos, sino también entre los componentes de la plantilla, por lo que a diario se veía funcionarios bebiendo cerveza o tomando café con ciertos reclusos en el economato.

La entrada a trabajar en el taller de artesanía, resultaba fácil siempre que uno se prestase a los manejos y antojos comunistas. En los de la Prisión, era bastante más difícil, pues a pesar de tener fama de anticomunista empedernido el Sr. Martino, como los oficinistas y encargados de talleres eran comunistas, y le resultaba comodísimo permitir que fueran ellos quienes se los llevarasen, cuando uno intentaba el ingreso en uno de los talleres, si no era de los que giraban alrededor del partido, la instancia se perdía en el camino a recorrer desde la oficina del taller a la reunión de la Junta de Régimen y Administración de la Prisión que era la que previo informe del Sr. Martiniano, decidía si procedía o no la concesión de lo instanciado al recluso.

Otra de las tácticas de los comunistas, era la de oponerse a todo intento de actitudes con visos de violencia que pusieran en riesgo su hegemonía y desenvolvimiento con la muda complicidad de plantilla en general y la Dirección, en la prisión, pero para lo que y, a fin de salvar su responsabilidad moral ante la demás población reclusa, argumentaban que las cosas debían desenvolverse pacíficamente, a cuyo fin, cada mañana a la salida de misa, lanzaban la bandada de activistas destinados al efecto sobre monjas y cura, planteándoles las quejas que consideraban pertinentes, los que pasaban largos ratos de pláticas con unas y otros, pero si era uno no comunista quien les abordaba, automáticamente le acusaban de “Chivato”. Si alguna vez, para salvar

apariencias se veían obligados a algo más que el abordaje de cura y monjas, lo más que hacían por su cuenta y riesgo transmitiendo la orden a los demás en el preciso momento de ponerlo en práctica, era guardar silencio durante la hora de la comida, cosa reglamentada y que no se respetaba por la tolerancia de la plantilla.

Yo cuando se daban estos casos reía diciendo que el silencio era el homenaje o luto que la Iglesia guardaba a sus muertos.

Este cúmulo de cosas y la tolerancia de la plantilla, motivó que entre la población reclusa no comunista, se comentara que los comunistas eran los mejores funcionarios de Prisiones que había conseguido Franco, y que la plantilla estaba al servicio del partido.

Por la razón que fuere, el partido contaba con bastante buen servicio de información. Información que amanerada a su forma y manera, transmitía a los demás reclusos que aceptaban sus noticias y por lo que algunos, ávidos de conocerlas, por miedo a que de enfrentarse con él se dejara de informarles, transigieran con todas sus arbitrariedades, particularmente en las fechas de mi llegada a Burgos, en que eran verdaderas calderas de BULOS las que se cocían en las prisiones españolas.

Dicho ambiente y procedimientos, más que a la indignación me indujo a la risa, por lo que siempre y cada vez que la circunstancia lo merecía, ironizaba sobre el proceder de los comunistas y la imbecilidad manifiesta de sus seguidores no comunistas.

Mis relaciones con los compañeros partidarios de la fracción representada por el S. I. en Francia, aunque frías, por el hecho de no haber tenido roces personales con los que la integraban, eran respetuosas. Cuando nos encontrábamos en el patio o economato, nos saludábamos sin apariencia de animosidad y hasta nos invitábamos mutuamente a beber cerveza o café.

El día en que el Generalísimo Franco hizo sus manifestaciones a Monsieur Brossard —redactor de Le Fígaro de París—, sobre que en España no había presos políticos y que todos lo éramos por actos repugnantes a toda conciencia honrada, Albert (El Almirante como le llamaban los del partido por haber pertenecido a la Marina Republicana en guerra), se me acercó dándome a leer el recorte en que venían.

—Yo las leí.

—¿Qué crees que debemos de hacer? —me preguntó.

—Si tenemos vergüenza personal y política, declararnos en plante a partir del momento en que nos demos por enterados de ellas —respondí.

—Bien, recojo tus palabras y las transmitiré al partido. Ya te daré la respuesta.

Al día siguiente vino en mi busca nuevamente.

—He transmitido tu opinión al partido, y me ha dicho que moralmente debía hacerse como tu dices, pero que tengamos en cuenta que hay muchos hombres en la prisión pendientes de la puesta en libertad y dicho plante entorpecería su salida.

—En ese caso, hagamos un recuento de los pendientes de libertad en el transcurso de un año y eximámosles de secundarlo, o si no —añadí ante su titubeo, hagámoslo los condenados a muerte conmutados. Somos cerca de dos centenares. Concentrémonos en una galería y llamamos al Director. Digámosle que nuestra actitud no va contra la dirección ni la plantilla, sino contra las manifestaciones del Jefe de Estado infamándonos, y que por lo tanto no rectificaremos hasta que sean retiradas o se presente una comisión internacional que con nuestros expedientes en las manos compruebe la falsedad de las mismas.

—Sería magnífico y justo, pero el partido considera que no es momento de plantear aunque cree que estamos abocados a uno y grande.

—¿Cuándo y por qué? —pregunté

—Tu sabes el boicot y pocas facilidades que se nos dan para la explotación del taller de Artesanía. En el ánimo del partido pesa la convicción de que acabarán cerrándolo.

—¿Y es entonces cuando cree el partido que debemos de ir al plante?

—Sí.

—¡Puercos! —exclamé lleno de indignación. No queréis ir a un plante en defensa de nuestra insultada dignidad y pretendéis que os secundamos cuando os quiten el plato de lentejas. ¿Quiénes os figuráis que somos los demás?

—Hombre, hombre.

—Nada, nada. Ve y dile al partido mi indignación ante su falta de dignidad, pero dile también que me alegro de haber conocido su intención por tu boca, pues ello me demuestra que por mucho que cacareéis de ello, el hueco que dejó la C.N.T. en la calle, continua vacío y sólo ella podrá llenar entre los trabajadores.

Como me negase a continuar escuchándole, Albert marchó.

—Yo fui en busca de Villegas y le conté lo hablado con Albert.

—Muy bien dicho —me dijo.

—Oye —le dije a continuación sin pararme a pensarlo dos veces por afluirme al pensamiento.

—¿Qué?

—¿Y si escribiéramos nosotros individualmente a Franco?

—Bien, muy bien. Hagámoslo.

—Pero como para muestra basta con un botón, lo haremos nosotros solos prohibiendo a nuestros compañeros que se solidaricen.

—De acuerdo —me respondió Villegas.

Nos pusimos de acuerdo sobre los términos de las cartas para que no fueran iguales en la forma aunque si en el fondo y nos separamos para hablar con nuestros respectivos compañeros sobre lo que íbamos a hacer, y nuestra prohibición de que hicieran ellos lo propio.

A mí me costó trabajo convencer a los míos, particularmente a Fornés que a toda costa quería seguir mi misma suerte.

Subí a la galería y comencé a escribir. Estando escribiendo se presentó el oficial de servicio y me preguntó que hacía.

Se lo dije y enseñé lo que ya tenía escrito. Aunque no le gustó, como iba dirigido al Caudillo marchó sin impedirme que continuara.

Cuando hube acabado, bajé a la peluquería en que se encontraba Villegas encargado de recoger los tickets de los servicios y se la mostré.

—Formidable, me dijo Villegas cuando la hubo leído. Mira la mía.

Me mostró el borrador de la que estaba escribiendo él.

Cuando la hubo sacado en limpio, fuimos los dos juntos a entregarla a Ayudantía.

El Jefe de Servicios, las leyó las dos. Frunció el ceño y nos dijo:

—Pueden retirarse. Ahora mismo voy a entregárselas al Sr. Director.

En la Prisión Central de Burgos, sin que me pueda explicar la razón ni aún ahora, exactamente igual que se enteraban los funcionarios de lo que ocurría entre los presos, se enteraban éstos de lo que pasaba en las oficinas y entre la plantilla.

A las veinticuatro horas de entregadas las cartas de Villegas y mía, lo sabía el partido, y como supuso que habría consecuencias y él presumía de ser el movimiento más

revolucionario de cuantos existían, para no quedar en ridículo ante la población reclusa, ordenó a Albert que escribiera otra y corriera a entregarla.

Albert, dócil y sumiso obedeció.

A los cinco días de entregadas las de Villegas y mía, fuimos llamados a Ayudantía los tres, diciéndonos el Jefe de Servicios que pasábamos a celdas en calidad de castigados por orden del Director.

—¿Puedo saber la causa? —pregunté aunque lo suponía.

—Su carta al Caudillo.

—¿Pero se le ha dado curso?

—Sí —me respondió.

—Entonces voy tranquilo —dije.

A los dos meses de mi salida de celdas, se presentó en la Prisión procedente de París donde residía, el Conde Beneyton (francés y exjefe militar mío en la segunda gran guerra mundial). Por no unirle a mi lazo alguno de parentesco, le fue negada la comunicación orientándole a que la solicitara de la Dirección General de Prisiones. Dicho señor, se desplazó a Madrid presentándose de nuevo en la Prisión al día siguiente con la orden de comunicar conmigo vis a vis, concedida por el Ministerio de Justicia.

Fui requerido por el Jefe de Servicios, quien al ver mi poco presentable uniforme, me ordenó que pasara por vestuario para que me lo cambiaran, que tenía una visita ante la que deseaba que me presentase en debidas condiciones. Yo le pregunté si el uniforme que se me diera quedaría para mí, o era simplemente por la duración de la comunicación. Debió de conocer la intención de mi pregunta, pues me respondió que quedaría para mí aunque no había finalizado el plazo de cambio.

Me presenté en vestuario y como el oficial encargado ya estaba alertado me entregó uno nuevo y flamante sin objetar palabra.

Con mi nuevo uniforme, volví al vestíbulo de ayudantía donde me esperaba el Jefe de Servicios, quien seguidamente me introdujo en su despacho. Mi emoción al entrar y encontrarme en él al Conde Baneyton acompañado del delegado consular francés en Burgos, fue inmensa. Para no darle la impresión de que en Burgos los presos campábamos por nuestros fueros, me cuadré en la puerta. Entonces, el jefe de servicios me dijo que podía acercarme a él y hablar cuanto quisiéramos. Yo fui hacia el Conde Baneyton que había abierto los brazos al verme y me arrojé entre ellos. El Conde Baneyton me besó en ambas mejillas quedando perplejos el Jefe de Servicios y el señor Barbero (Oficial que por conocer el francés se encontraba presente para

controlar nuestra conversación), ya que sin duda alguna esperaban una actitud servil por mi parte ante el Conde Baneyton y quizás altanera por la suya al pensamiento de lo que es la mayoría de la aristocracia española.

A invitación del Jefe de Servicios, tomamos asiento el Conde y yo, sentándose entre nosotros también el señor Barbero para no perder palabra de lo que hablásemos. El Conde empezó diciéndome:

—En Francia, tus ex compañeros de armas de la Primera División Francesa Libre, hemos sentido mucho tu pasado castigo, comprendiendo por la causa que te lo motivó que siempre fuiste y continúas siendo como eras cuando estabas entre nosotros. Por ello nos hemos dirigido al General De Gaulle para que solicitara del Caudillo de España tu libertad cuya promesa nos ha sido hecha. Que los franceses que se interesaban por mí, a mi puesta en libertad, pretendían llevarme a Francia para que rehiciera mi vida a su lado y bajo su protección considerando que ya había sufrido bastante en la vida. Seguidamente me enseñó fotocopias de escritos relacionados con mi petición de libertad y respuestas y fotografías de los franceses interesados en ella

Yo le respondí que a pesar de la promesa, no me sería concedida la libertad, aunque tampoco se les diría que no por no cometer un acto impolítico.

A continuación empezamos a rememorar actos de la guerra mundial vividos juntos.

El oficial de control nos escuchaba interesado sin interrumpir nuestra conversación.

De pronto, el Conde Baneyton le dijo:

—Por lo que hablamos se dará Ud. cuenta de las causas de mi interés por este hombre.

Sí —respondió el oficial. Veo que entre Uds. han ocurrido cosas inolvidables.

—Por ello y sin meterme en la actual política española ya que como francés me está vedado meterme en ella, me digo yo ¿Si él quiere vivir libre a su manera, quienes somos los demás para impedirselo?

—Claro, claro —murmuró el oficial sin convicción.

En su acento comprendí yo que de haber sido un albañil o mecánico quien le hubiera hecho la observación en vez de un Conde aunque francés lo hubiera echado a patadas del despacho.

Pasadas dos largas horas, se levantó el Conde para marchar. Nos abrazamos de nuevo y cuando yo me dirigía hacia la puerta para volver al patio me dijo:

—Oye ¿Crees que mi visita alegraría a tu madre?

Naturalmente —respondí. Pero no se moleste. Vive en Valencia y perdería Ud. mucho tiempo. Tendría que recorrer media España para ir.

—No importa. Dame su dirección y pasaré a verla.

Se la escribí en un papel y se lo entregué.

Cinco días más tarde recibí carta de mi madre diciéndome haber recibido la visita del Conde Baneyton.

La visita del Conde impresionó grandemente a la plantilla de la prisión, la que a partir de aquel día me miró de distinta manera a como me había mirado hasta entonces.

Por Navidad, al igual que por Reyes y el 14 de Julio (Fiesta de la República Francesa), fui llamado para retirar el paquete que la embajada de Francia en Madrid enviaba a sus ex-combatientes y ex maquis. Cuando llegué al lugar de su reparto ya estaban allí los comunistas a quienes se lo enviaban por la misma razón que a mi. Al verme, el oficial encargado de su entrega me dijo:

—Este paquete no lo rechazas ¿Eh?

—No. Este me lo mandan los que considero mis amigos. Igual que hago yo con los que considero mis enemigos debían de hacer los demás...

Comprendiendo el motivo de mi alusión el oficial sonrió.

Apenas había dejado el paquete en la galería, fui llamado a Ayudantía. Allí me esperaba el delegado consular francés que había acompañado al conde Baneyton en su visita, quien me saludó amable y cortésmente.

—Vengo a darle una buena noticia —me dijo. Según carta del Conde Baneyton, su libertad está concedida para estas Navidades o primeros de año...

Me leyó la carta en que el Conde francés le trasmitía la noticia recibida del Embajador español en París.

Yo no lo creí, pero en mi fuero interno me decía:

—Y si fuera verdad. Y si fuera verdad.

Pasaron los días y mi libertad no me fue concedida, pero como ninguna ilusión me había hecho a pesar de mis dudas, no sufrí ningún desplome moral.

* * *

Por aquellas fechas llegó Comorera (Consejero de la Generalidad de Cataluña en guerra), a la prisión. Debido a su estado de salud, desde el momento de su llegada se le hospitalizó en la Enfermería. Los jefazos del partido, para evitar que su gente se acercara a su cama a conversar con él,

corrieron la versión de que Comorera, acosado por el partido internacionalmente por sus muchas traiciones, había solicitado de Franco autorización para entrar en España, y que Franco se la había concedido sin ofrecerle la libertad.

En principio, los jefazos, no se acercaron a Comorera, pero cuando observaron que eran varios los presos que lo hacían, a fin de controlar lo que pudieran hablar con él, bajo la justificación de que en su estado era inhumano abandonarle, nunca faltaba uno de la cabecera de su cama.

Mi compañero Rubio, conocía personalmente a Comorera y era uno de los que le visitaban en su cama de enfermo. Un día me dijo que Comorera, enterado de mi estancia en la prisión, le había encargado que me transmitiese su deseo de que pasara a verle para conversar conmigo. Yo respondí a Rubio que le hiciera saber a Comorera, que aunque no le odiaba debido a que en su estado poco daño podía hacer a nadie, todavía me consideraba de los que él nos calificó de “TRIBUS” en guerra, y que por lo tanto ni me tomaba la molestia de ir a verle, ni asistiría a su entierro caso de que muriera en Prisión antes de salir yo en libertad, por respeto a los cenetistas asesinados en Barcelona por su causa.

A pesar de mi respuesta, Comorera insistió en que fuera a verle alegando que en mí deseaba justificarse ante los cenetistas. Yo le respondí indirectamente que su justificación

no devolvería la vida a los cenetistas muertos por su culpa y que por lo tanto mantenía mi primera respuesta.

A los cinco meses de su estancia en prisión, murió Comorera. Como cada vez que moría un recluso, a la hora del entierro, la población reclusa formó en el patio. Yo, en vez de formar con mi brigada me subí a la galería. No abrían transcurrido cinco minutos, se presentó el Jefe de Servicios:

—¿No ha oído la corneta ordenando formar para el entierro de Comorera? —me preguntó.

—Sí señor.

—¿Y entonces como no baja a formar?

—Porque no tengo ningún interés en asistir a su entierro. No obstante si Ud. me lo ordena bajaré, pero contra mi voluntad —respondí mirándole abiertamente a la cara.

El Jefe de Servicios me mantuvo la mirada en silencio.

—No. No, puede Ud. quedarse —me dijo pasados unos segundos.

Dio media vuelta y se encaminó a la puerta para salir de la galería.

Al día siguiente del entierro de Comorera, recibí carta del Conde Beneyton testimoniándome su extrañeza de que no se hubiera cumplido la palabra dada sobre mi puesta en

libertad. Yo le respondí reiterándole mi impresión de que no se les daría una negativa a la petición por impolítica, pero que tampoco la cumplirían dando largas al asunto para que cayera en el olvido y dejaran de insistir sobre el particular.

El Conde Beneyton me escribió nuevamente diciéndome que efectuada una visita informativa al Embajador de España en París, éste le había dicho que mi no puesta en libertad, obedecía a que yo continuaba haciendo de las mías en la Prisión por lo que tenía calificación de CONDUCTA MALÍSIMA, por lo que él, para que yo no entorpeciera los trabajos que venían haciéndose a mi favor, me rogaba que procurase enmendarme aunque sólo fuera convencionalmente. Yo le respondí que desde mi castigo por la carta al Caudillo, no había vuelto a ser castigado ni amonestado. Que dejaran correr la cosa y no suplicaran más por mí.

El mismo día en que escribí dicha carta, se presentó en la Prisión para verme Monsieur Max Thevenin que en su viaje oficial del Cameroun a París, se había desviado hasta Burgos solamente por saludarme. Como no éramos parientes ni traía autorización del Ministerio de Justicia Español, se le negó comunicación. Entonces, dicho señor, para hacerme saber su presencia próxima a mí, en una de sus tarjetas de visita me escribió:

"Cher ami:

Je regrette infiniment de pouvoir aller jusqu'à toi te porter mon amical salutation, celui de nos bons amis F. F. L. afin de toux ce que pencent toujours a toi.

Bon courage et esperance."

Cuando me la entregó el Jefe de Servicios yo le dije entre irónico y apesadumbrado:

—Después se quejan Uds. de que en el extranjero se les hace mala propaganda sin pararse a pensar que son Uds. los que la justifican. ¿Qué espera que comente este señor cuando llegue a Francia?

—Sí. Claro —me respondió. De haber dependido de mí le hubiera concedido la comunicación.

* * *

En los altibajos de la política comunista en el penal, los compañeros de una y otra fracción, unas veces nos acercábamos y otras nos separábamos debido a que a los de la fracción que seguía las orientaciones del Secretariado Intercontinental, les desagradaba enfrentarse abiertamente

con el Partido por ser los más y los muchos años de convivencia en Burgos con los componentes del mismo.

Cuando la última jornada comunista, estábamos en bastante buena armonía. Una tarde, al entrar yo en el economato, encontré en grupo a Portales, Miñarro, Fornés y Casas. Me acerqué a ellos.

Mira que carta he recibido de mi cuñado Acracio Ruiz —me dijo Portales.

Cogí la carta y la leí.

En ella, Acracio Ruiz, desde Londres le decía que después de muchas y laboriosas gestiones, la organización en exilio había decidido llegar a su UNIDAD, dejando a elección de las Federaciones Locales la forma de llegar a la integridad orgánica según su apreciación.

—Creo —me dijo Portales al devolvérselo, que nosotros, como local de Burgos, podemos llegar a la Unidad orgánica también por nuestra cuenta y notificárselo después a la organización en exilio.

—En efecto —respondí. Pero para ello no creo que debimos de haber esperado este momento, que es tanto como reconocer que nos hemos mantenido divididos hasta hoy por que lo estaban nuestros Jefes aunque no los hayamos reconocido nunca como tales. Nuestra condición de presos,

nos obligaba a permanecer unidos como tales aunque hubiéramos permanecido desunidos ideológicamente.

—Desde luego —respondió Casas, pero más vale tarde que nunca, ya que ante este acuerdo del exilio no habrá ningún compañero que se muestre disconforme.

—Sí. Desde luego. Yo no voy a ser un estorbo para la unidad —respondí.

Quedamos en reunirnos todos los compañeros en la mañana del domingo siguiente en el local de ensayos de la música.

Tres días más tarde, domingo, a la salida de misa, uno tras otro nos fuimos concentrando todos los compañeros en el local de la música.

Cuando estuvimos todos se nombró mesa de discusión recayendo la presidencia sobre Fornés que abrió la sesión con un corto discurso exteriorizando la satisfacción que le causaba ver a los compañeros nuevamente reunidos bajo una sola organización dispuestos a trabajar por la misma hombro con hombro. Después de Fornés hablaron Casas y Portales, absteniéndome yo de hacer manifestación alguna.

Se pasó a nombramiento de Comité, y entre los tres compañeros que fueron propuestos para la Secretaría, uno de ellos fui yo. Pedí la palabra y dije:

—Que debido a los muchos años que habíamos permanecido separados orgánicamente y la guerra que nos habíamos hecho durante ellos, consideraba que para no infundir desconfianza entre los compañeros y dar margen a que con el trato se conocieran y estimaran —base de la unidad si realmente la deseábamos—, que ninguno de los hombres que habíamos encarnado las distintas posiciones durante el período de escisión debíamos de formar parte del primer Comité que se nombrara, por lo que me negaba a que se pusiera a votación mi nombre con los otros dos nombrados.

Mis palabras fueron bien acogidas por la generalidad de los compañeros, pero... a pesar de ello, el Comité fue nombrado integrado por dos compañeros de los que habían mantenido la línea del Intercontinental, y uno la del Subcomité, designándose como Secretario a Casas, encarnación personal de la línea de Intercontinental.

Cuando acabó la reunión, hubo apretones de manos y protestas de amistad a pesar de las disidencias pasadas con promesas de leal colaboración por el bien de la organización.

La primera actuación del Comité, fue la redacción de un escrito dirigido al Intercontinental notificándole la unidad de la organización en Burgos, al que se le dio curso una vez aprobado en reunión. El Intercontinental por su parte, acusó recibo del mismo exhortándonos a la conservación de la

unidad efectuada, la promesa de su periódica información y ayuda económica.

Los compañeros rebosábamos de contento, pero la información, se redujo a una simple circular cada SEIS MESES, y la ayuda económica, por cantidades que se recibían y los compañeros que integrábamos la agrupación a UN DURO AL AÑO, por lo que los comunistas que nadaban en la abundancia, frecuentemente y con intención de apartarles del movimiento, a los más pusilánimes de los compañeros, les colocaban BARBAS —como calificábamos sus conversaciones—, sobre SOLIDARIDAD, para acabar diciéndoles que como era posible que la organización nos tuviera tan abandonados siendo así que había sido nuestro movimiento el primero que había hablado sobre la AYUDA MUTUA.

La actuación del primer Comité de Unidad Orgánica, fue un fracaso debido a que Casas —quizá sin mala intención y llevado de la fuerza de la costumbre—, cuando recibía algún escrito del Intercontinental, antes de ponerlo en conocimiento de la totalidad del Comité y de la organización en pleno a continuación, lo daba a conocer a sus antiguos compañeros de grupo, acentuando con su proceder en vez de limar las desconfianzas propias del período de escisión, por lo que cada vez que nos convocaba para su lectura, tenía que aguantar un chaparrón de acusaciones al respecto,

hasta que finalmente se vio obligado a dimitir reemplazándole yo en la Secretaría, pero como quiera que el contacto con el Intercontinental lo tenía él, y yo conocía la necesidad de que dichos contactos o mejor dicho los procedimientos que los aseguraban no se hicieran demasiado públicos por su conservación, resultó que durante mi actuación y hasta que dimití por ello, de hecho, Casas, desde fuera del Comité continuó siendo el que manejaba la organización, preparando los compañeros en conversaciones por el patio antes de llegar a las reuniones.

Durante la actuación de Casas como Secretario del Comité interior, se produjo un hecho que nos produjo muchos quebraderos de cabeza a los compañeros. Casas poseía cualidades literarias dedicándose a la escritura de cuentos y novelas cortas. Los comunistas, tenían su grupo de intelectuales invitándole a formar parte de sus TERTULIAS LITERARIAS, en las que se charlaba y leían cuantos ensayos escribían. Probablemente por expansionarse en tal sentido, aceptó con el consiguiente descontento de la generalidad de los compañeros.

Semanas después de la incorporación de Casas a LAS TERTULIAS LITERARIAS, el Partido organizó su CONFERENCIA DE PARÍS, bajo el camuflaje de Conferencia preparada por la intelectualidad mundial encargada de la consecución de la firma de adhesión a la misma de personas de distintas clases

y categorías sociales. En las tertulias literarias le plantearon la cosa a Casas, quien la presentó en una reunión del grupo orgánico, pidiendo se escribiera la adhesión del mismo a la tal Conferencia. Yo me opuse a ello, pero ante la obstinación de Casas y el riesgo de que pudiera ser objeto de rompimiento orgánico nuevamente, transigí a condición de que en el escrito, se condenaran igualmente las dictaduras NEGRAS O ROJAS, cosa que fue aprobada por unanimidad. Como Secretario, Casas fue el encargado de la redacción del escrito. En él, solo condenaba al régimen español y al portugués.

Cuando después de celebrada la Conferencia tuvimos conocimiento de que las Juventudes Libertarias Españolas en exilio, se habían presentado en ella lanzando octavillas condenatorias a la misma por su matiz comunista y su finalidad política sola y exclusivamente, sin importarles un comino la situación de los hombres cuyos nombres se habían esgrimido en ella, Casas, me miraba avergonzado.

La unificación Orgánica en Burgos, produjo el consiguiente descontento en el partido, porque ello le handicapaba para continuar intrigando entre los compañeros. Por ello, al darse cuenta de nuestras desavenencias ya que las reuniones las celebrábamos en las galerías a vista de ellos y en nuestras discusiones levantábamos la voz más de lo debido, intentaron agudizarlas dirigiéndose a los compañeros que

consideraban más débiles y vulnerables, pero éstos les pararon los pies dignamente.

La última oleada de huelgas y acontecimientos estudiantiles, trajo a Burgos nuevo elemento trabajador y jóvenes universitarios, sobre quienes como los llegados con anterioridad y con los mismos fines proselitistas, apenas salieron al patio general para hacer vida común con los que vivíamos penando largos años en las cárceles, el partido lanzó a todos sus activistas y aparato propagandístico.

Algunos de ellos ya venían de la calle tocados por el partido y se les entregaron rápida e incondicionalmente. Otros, los más entre los estudiantes, no. Y aunque a la escuela Verticalista, impregnados de SINDICALISMO, simpatizaron rápidamente con los compañeros, buscándonos para cambiar impresiones con nosotros.

Cuando charlábamos de temas sindicales y de nuestra concepción de lo que considerábamos la SOCIEDAD LIBERTARIA, mostrábanse totalmente de acuerdo y con el ANARCOSINDICALISMO confesándonos honradamente su equivoco hasta entonces sobre el mismo, por la deformada propaganda oída sobre él, asegurándonos que por paradójico que nos pareciera, su convicción de que para su puesta en práctica, la C.N.T. era una estupenda plataforma por las posibilidades de montaje de colectividades o cooperativas que ofrecía debido a su gran base económica,

como medio de ensayo y combate a la estructuración capitalista el día en que se consiguiera emanciparla del Estado y echar de su seno a los patronos, pero cuando abordábamos el problema político y sus derivaciones en España como consecuencia de la guerra civil, forma de voltear el régimen, etc., se distanciaban moralmente aunque permanecieran a nuestro lado conversando con nosotros, asegurándonos condenar tanto a un bando como otro de los que intervenimos en ella, y no encontrarse dispuestos a colaborar con quienes se predispusieran a mantener el actual estado de cosas, o anidar en su pecho el espíritu de revancha, tan pernicioso lo uno como lo otro para la nación española, según decían.

A las huelgas les sucedió la colocación de petardos con el inconfundible sello de sus ejecutantes. A pesar de ello, los comunistas, por desacreditarlos entre la población reclusa y la plantilla, aseguraban ser obra de la Falange y la policía para deshonar a la oposición, por cuyas manifestaciones hubo palabras y golpes entre ellos y los libertarios.

Como consecuencia de la colocación de petardos, entre otros, a Burgos vinieron un grupo de jóvenes llamados libertarios de Madrid, otro de Zaragoza y un tercero de Barcelona.

A su salida al patio, el partido, a pesar de haberlos difamado con anterioridad por la causa que les llevó a la cárcel, a su

salida al patio, se lanzó sobre ellos propagandísticamente y con promesas de ayuda para atraerles a sus filas.

El grupo de Zaragoza marchó con el partido, del de Barcelona dos de sus integrantes, repudiándole íntegramente el grupo de Madrid.

Estos jóvenes —o sea los integrantes de estos grupos—, a pesar de la causa que les había llevado a la cárcel y las siglas bajo las que actuaron en la calle, tenían el propio concepto de los estudiantes respecto a la solución del problema español y repudio a la causa y consecuencias que lo dividían, forzándome a más de un rato de reflexión sobre sus argumentos y concepciones sobre la necesaria mancomunidad de esfuerzos y actividad conjunta si de veras deseábamos que saliera España del marasmo en que estaba sumida como consecuencia de la guerra civil.

La detención de Grimau y trato que se le daba en los calabozos de Gobernación en Madrid, fue explotada hasta la saciedad por el partido, creando un ambiente contra el régimen, similar al de los primeros tiempos de la terminación de la guerra española.

El día en que se conoció su ejecución, sobre Burgos, se extendió un velo de tristeza, no por el hecho de ser Grimau el ejecutado, sino porque no se concebía que a aquellas alturas, el Gobierno Español, se decidiera a continuar

privando de la vida por delitos de guerra. Pero cuando en la misma noche de su ejecución, el partido en nota oficial comunicó a los reclusos su fusilamiento, asegurando que a pesar de ello CONTINUABA EN SU CONSIGNA DE COEXISTENCIA PACIFICA INCLUSO CON LOS QUE HABÍAN DERRAMADO SU SANGRE, la indignación de los presos fue tan unánime que no se atrevió a proponer el silencio en el comedor al día siguiente.

A la ejecución de Granados y su compañero, acusados de haber colocado el petardo en la Sección Pasaportes de la Dirección General de Seguridad en Madrid, los libertarios decidimos abstenernos de la asistencia a la representación cinematográfica por ser día de ella. Los comunistas asistieron en masa, ya que a los que decidieron quedar en el patio con nosotros, los jefes del partido, les forzaron a asistir al cine.

Por aquellos días, los libertarios dirigimos un escrito al Comité Intercontinental en Francia, pidiéndole entre otras cosas que reivindicara por medio de los organismos oficiales internacionales y la prensa extranjera la eximencia de la asistencia obligatoria de los presos a misa, por tratarse de una cuestión de conciencia. Enterados los comunistas y a fin de demostrar que ellos y nadie más que ellos eran los que lo habían conseguido caso de que se consiguiera, a partir del domingo siguiente en que tuvieron conocimiento, a la hora

de misa, dos comunistas por brigada, negábanse a hacer acto de presencia.

Como medida coercitiva, la dirección del penal, sin pensar que con ello hacía el juego a los comunistas, llevaba a celdas a los que se negaban a asistir a misa, llegando a recluir hasta doce de ellos.

Se produjo el escándalo internacional comenzado por la PIRENAICA, y mediaron las autoridades eclesiásticas españolas, determinando dejar VOLUNTARIA LA ASISTENCIA A MISA, con lo que el número de asistentes quedó reducido a los comunes y SEIS POLITICOS, que desde hacía tiempo, con su conducta habían negado su condición de tales.

Como represalia contra los comunes, el partido que hasta entonces se había desvivido por su conquista y control, como quiera que en el departamento de ensayo de la música pernoctaban con los políticos, exigió la salida de los mismos de él. Los comunes se echaron encima del partido diciéndole muchísimas cosas que le resultaron sumamente desagradables y dejó correr la cosa.

Por las fechas de la llegada de los expedientes relacionados con la colocación de petardos, yo conseguí que se me entrara un transistor a la Prisión. Diariamente, a la hora de emisión me subía a la galería y fingiendo una ligera indisposición me tumbaba en la cama cubriéndome con la

colcha cabeza y todo. Después pasaba al papel las noticias oídas y se lo entregaba a los compañeros para su conocimiento, quienes con el conocimiento de las noticias leídas, desmentían las falseadas por los comunistas.

La exactitud de nuestras noticias molestaba a los comunistas obligados a rectificar las suyas continuamente, por lo que montaron un servicio especial de vigilancia sobre los libertarios, hasta que comprendieron la causa de mis diarios y repentinos malestares que me obligaban a meterme en la cama.

Un día se me presentó un emisario de Núñez diciéndome:

Vengo de parte de Núñez para notificarte que al partido ni le interesa ni le preocupa lo que puedas hacer, pero que como tus actividades perjudiquen las suyas, que te tengas a las consecuencias.

Apenas me hubo dicho la última palabra, como era la hora de servir el café en el economato, suponiendo que encontraría a Núñez en el, salí corriendo de la galería en su busca. En efecto, no me había equivocado. Al entrar en el economato, encontré a Núñez tomando café con cuatro de sus camaradas de Buró:

—Vengo a hablar contigo —le dije.

—Lo siento. Ahora o puedo atenderte. Búscame más tarde
—me respondió.

—No. Puedas o no me atenderás ahora

La decisiva respuesta mía, le dio a entender que estaba dispuesto a hacerme escuchar de él en aquel momento y me dijo:

—Bien. Habla.

—Ha venido a verme Bayo de tu parte y me ha dicho...

—Sí. Es cierto.

—Bien yo sé a lo que te has referido, por ello vengo a decirte que a mí no se me plantean las cosas de esa forma. Si tu deseas saber la veracidad o no de lo que sospechas, debiste de habérmelo preguntado directamente, y si me interesaba lo uno o lo otro te hubiera dicho si o no. Esta jugada tuya, es la más sucia que he visto durante mis largos años de encierro, pues a pesar de nuestras rivalidades políticas siempre nos hemos respetado los medios de información propios de que hemos dispuesto los distintos movimientos. Ahora te digo que sí, que dispongo de lo que sospechas, como hace tiempo tengo yo la seguridad de que vosotros también disponéis de ello.

—No. Nosotros no lo tenemos.

—¿Y cómo dices que no lo tenéis si no hemos mentado de lo que se trata? —le pregunté.

—Tienes razón.

—Bien —seguí diciéndole. Yo, lo voy a sacar hoy mismo a la calle. Vosotros podéis conservarlo dentro de la prisión con toda tranquilidad en lo que a mí respecta.

—Tu puedes conservarlo también.

—Ya sé que no corro ningún riesgo y que la seguridad del mío es la del vuestro, que los mismos elementos que has puesto para mi espionaje, llegado el caso me servirían de cinturón defensivo contra la plantilla, pero prefiero prescindir de él, a agradecerle este favor al Partido. Ahora bien, no olvides lo que voy a decirte: AUNQUE SEA ESTO LO ULTIMO QUE HAGA EN LA VIDA, EN LA CALLE ME LO PAGARAS CON SANGRE.

—Hombre, hombre. No te pongas así.

Sin escuchar más ni responder a su expresión salí del economato. Con antelación a la concesión de los indultos y apenas se anunciaba su concesión por parte del Gobierno, por haber perdido la esperanza de conseguir la libertad por otro procedimiento que la aplicación de los mismos por el penal, ante la creencia de que estos alcanzarían a la totalidad de los presos, se extendía una oleada de

optimismo que nos inducía a deponer nuestras viejas rivalidades políticas y cambiar opiniones sobre el alcance que considerábamos caracterizaría a los mismos, pero cuando eran promulgados y comprobábamos una vez mas que sólo alcanzaba a los llamados blancos por no ser reincidentes se apoderaba de todos los no agraciados por ellos el malhumor, echándonos en cara nuestra carencia de objetividad. En algunos casos, la decepción y el desfonde moral era tan grande, que se veían obligados a guardar cama durante varios días.

Cuando se anunció el conmemorativo a los llamados VEINTICIN CO AÑOS DE PAZ, en el fondo, aun cuando todos exteriorizábamos verbalmente nuestra creencia de que sería uno más, todos abrigábamos la secreta esperanza de que resolvería el problema presos políticos. A su promulgación, comprobamos que en efecto, era uno más que resolvía en cuanto al problema, con la sola excepción de el primero que alcanzaba a los conmutados de la pena de muerte y llevar tantos años presos los que nos encontrábamos en estas condiciones a los no cumplidos, los dejaba a un año de la libertad.

El contento de los conmutados fue indescriptible. Nos buscábamos entre nosotros preguntándonos si salíamos o por el contrario éramos de los que quedaban a un año de la libertad.

Yo fui de los que con su aplicación salía inmediatamente en libertad.

A los pocos días de su promulgación, se me acercó Cuadrado, diciéndome que los conmutados del partido habían pensado lo que ponía en mi conocimiento; que hiciéramos una comida todos los conmutados. Pensé rechazar por ser cosa del partido, pero pensando a la vez que eran hombres que después largos años de encierro iban a continuar penando durante un año mas, acepte sugiriéndole que el gasto de la comida, corriera a cargo de los que salíamos en libertad inmediatamente, asistiendo como nuestros invitados los que todavía quedarían en la prisión, pero a condición, de que como comida de despedida entre los conmutados, no hiciera acto de presencia oficial a ella ningún representante del Partido, como tampoco asistiría en tal sentido ningún libertario.

Me aceptó encantado, proponiéndome que formara parte de la comisión organizadora de la misma, a lo que me negué.

La comida se organizó con consentimiento de la Dirección de la Prisión pero la víspera de su celebración, Cuadrado vino en mi busca para decirme la conveniencia de invitar a los jóvenes comunistas y libertarios. Respondí que yo solo tenía una palabra y si no se celebraba como habíamos determinado dejaba de asistir a ella, y no me insistió.

El día de la comida, nos sentamos a la mesa los ciento sesenta conmutados de la pena de muerte que habíamos en la prisión, rociando la comida SUPER EXTRA con abundante vino y cerveza por la tolerancia del oficial del economato.

De la celebración de la comida a la fecha en que se nos puso en libertad, cubiertos los tramites de aceptación de fiador y propuesta de libertad condicional, los cumplidos, nos buscábamos sin que entre nosotros se produjeran discusiones políticas, ya que sólo hablábamos de la esperada y ansiada libertad.

Uno de los que me buscaban a mí para charlar sobre ello, era Moreno Mauricio, el cual había pertenecido durante largos años al Buró local en Burgos. Una tarde, estando paseando conmigo y hablando sobre la libertad, fue llamado por el Partido para asistir a los cursillos de orientación sobre la línea a seguir en la calle. Molesto por la llamada y en sentido expansivo me dijo:

—Estoy hasta los c... del partido. Estos idiotas se creen que yo en la calle voy a continuar haciendo el tonto como lo he hecho aquí por conveniencia más que por convicción.

—Pues mándales a paseo —le contesté.

—No. Aquí, no. Tú no conoces el partido. Ya lo haré desde la calle.

El domingo en que llegaron la primera tanda de libertades con motivo de la aplicación del tal indulto, nos encontrábamos en el cine. A media proyección, el voceador de patio, entró en el cine y cortada la proyección empezó a leer la lista de los que salían en libertad aquel día. Entre los nombrados estaba yo. Inmediatamente que oí mi nombre, salí corriendo del cine y me fui a mi galería para vestirme de PERSONA. Después de tantos años vestido de recluso (DIEZ Y SIETE AÑOS, UN MES Y SIETE DIAS), mi emoción fue inmensa.

Encontrándome vistiéndome, fui llamado a comunicar. Bajé de la galería corriendo, y al encaminarme al locutorio el oficial me dijo que no. Que mi comunicación era en el despacho del Director. Me permitieron el paso y al entrar en el despacho del Director, con el Director me encontré con el delegado consular francés en Burgos, quien al verme se levantó del sillón en que estaba sentado y me abrazó, diciéndome haber venido a esperarme por su voluntad y haber recibido carta de París ordenándoselo.

Me senté junto a él a indicación del Director y charlamos durante largo rato. Finalmente, viendo que se retrasaba la llamada de los que debíamos de salir en libertad, me excusé ante él y entré nuevamente al patio para pasar mis últimos momentos de recluso entre los compañeros con quienes tantos años había pasado recluso.

A las nueve de la noche fuimos llamados para dejar la prisión definitivamente. Los reclusos en general sin distinción de ideología ni de delito, formaron cola para abrazarnos a los que marchábamos. Narciso Julián, al abrazarme me dijo:

—Yo siempre te tuve simpatía a pesar de tu obstrucción al partido, pero hasta este momento no me ha sido posible manifestártelo personalmente.

Cuando me abrazó Núñez le dije:

El hecho de que responda a tu abrazo no significa que haya olvidado lo que te dije con motivo de tu jugada al tener conocimiento de la existencia de un transistor en mi poder.

Cuando alcancé la puerta del recinto que una vez traspuesta me separaría definitivamente de los reclusos que quedaban en el penal, quedé un momento parado bajo su dintel y mirando al patio, sentí una gran opresión de corazón y se me humedecieron los ojos, olvidando la pugna habida con los que en él quedaban, al pensamiento de que en fin de cuentas, eran hombres como yo que venían penando durante largos años por la misma causa que me había tenido a mí allí. La lucha contra el régimen imperante en España.

Traspuse la puerta y en ayudantía firmé la orden de libertad. El funcionario encargado de mi cacheo, me miró a la cara y me dijo:

—Puede Ud. marchar. No le cacheo.

—Si lo hiciera perdería el tiempo —respondí. Cuanto pueda pensar yo del penal lo llevo en el cerebro, no escrito, y ahí, sólo penetro yo.

Al salir a la calle, me esperaba el delegado consular francés, quien al verme, a pesar de haberme abrazado un rato antes en el despacho del Director, corrió hacia mí con los brazos abiertos. Después de abrazarnos, abrió la puerta de su coche invitándome a subir a él. Yo, en vez de montar al coche, quedé contemplando el estrellado firmamento que se extendía sobre nuestras cabezas.

—Monte —me dijo vista mi inmovilidad.

—Por favor. Espere —respondí. Es algo que no puedo definirle pero que me subyuga la contemplación del firmamento sin la cuadratura del patio ni de las rejas única forma en que lo he podido contemplar durante estos largos años.

El pobre hombre, esperó durante un largo cuarto de hora en que una vez repuesto, de mi sugestión, me decidí a montar en el coche.

Me senté junto a él y nos encaminamos a la población, parando ante la puerta del HOSTAL NACIONAL en que me había reservado habitación para pasar la noche.

Al entrar en el HOSTAL NACIONAL, me preguntó si tenía algún capricho especial que pudiera satisfacerse con dinero. Yo le dije que sí. Beber una copa de Champan, única bebida que no había probado durante mi largo encierro.

Pidió una botella de Champan y la bebimos amistosamente los dos. Después marchó citándome para que le visitara al día siguiente domingo en su oficina de la Calle de Victoria.

Al quedar solo, yo no sentía apetito por comer ni nada que se le pareciera. Sólo sentía unos deseos locos de andar. Andar sin muros que me limitasen el espacio vital a recorrer. Burgos estaba en fiestas, pero yo, en vez de lanzarme al recinto de sus calles en que se celebraban éstas, me lancé a recorrerlas por donde nadie pudiera limitarme el terreno. Anduve hasta las tres de la madrugada, en que rendido, volví al HOSTAL NACIONAL y me acosté.

A las doce del día siguiente, me presenté en la oficina del delegado consular francés, quien después de recibirme con exquisita amabilidad, me dijo tener orden de Francia de equiparme completamente y facilitarme el dinero que precisase.

Yo le respondí haberme vestido con mis ahorros del trabajo en los talleres penitenciarios y llevar conmigo cinco mil pesetas. Que no precisaba nada.

El me respondió que caso de que no aceptara que me vistiera, podía darme hasta cincuenta mil pesetas. Como me negué a aceptárselas, me entregó cinco mil diciéndome:

—Pues bien. Acepte estas cinco mil para convidarse a mi salud y la de Francia.

Considerando que continuar negándome a aceptárselas sería incurrir en el terreno de la grosería, se las acepté.

Aquella misma noche, después de la presentación a la Comisaría de Policía de Burgos, me dirigí a la estación. Al llegar a ella, el delegado consular francés me esperaba con el billete en la mano. Monté al tren, y... a Madrid. A mi llegada a Madrid a la mañana siguiente, sufrí una decepción. En la estación no me esperaba nadie. Monté en un taxi y me hice conducir a casa de mi hermana Amparo que me había salido fiadora. Cuando apreté el botón del timbre, me abrió la puerta. Su sorpresa fue inmensa, pues creía que el tren llegaba una hora más tarde y se estaba preparando para venir a recibirme con su yerno, a quien había conocido a través de la reja en San Miguel cuando vino a anunciarme su boda con mi sobrina, la cual y contando con once años de edad había entrado a pasar el día conmigo en OCAÑA, y en Burgos me había traído a su hija cada vez que era permitida la entrada de los pequeños familiares de los reclusos. La emotividad del momento, es para vivirla, no para describirla.

El marido de mi sobrina, pasado el momento de la recepción —dijo a mi sobrina:

—Durante los días que tu tío esté con nosotros, que no carezca de nada. Encárgate tú de ello.

Al día siguiente de mi llegada a Madrid, me presenté en la JUNTA DE LIBERTAD VIGILADA, y pedí permiso para desplazarme a Valencia para ver a mis otros hermanos, un varón y cuatro hembras. Rellené el impreso dirigido al Ministro de Justicia y marché después de indicarme que pasara a recoger la autorización transcurridos quince días.

Durante los quince días que tardó la VIGILADA en concederme la autorización para marchar a Valencia, los empleé para recorrer Madrid y visitar a algunos viejos amigos, quienes al reconocirme, me abrían sus brazos con verdadero entusiasmo al recuerdo de los años y la lucha anterior.

Madrid ya no era el conocido por mí. Se había extendido inconmensurablemente. Su excesivo movimiento y circulación me aturdían. Algunas veces, al salir del metro en zonas conocidas por mí con anterioridad me sentía desorientado. Entonces, paraba a la boca de salida del metro y sacando un cigarrillo del bolsillo me lo llevaba a la boca. Mientras lo encendía miraba en todas direcciones y cuando me había orientado, empezaba a andar. Algunas veces, en

mis visitas me llevaba a mi sobrinita. La hija de mi sobrina. La chica se daba cuenta de mi desorientación y reía. Yo reía también con ella.

Cuando me fue concedida la autorización para desplazarme a Valencia, lo hice sin avisar a ningún familiar. Al apearme del tren en la estación, sentí anegárseme el corazón de emoción al recuerdo de los hechos vividos en guerra. En silencio y guardando avarientamente para mí lo que sentía, salí a la calle. En vez de coger un taxi, me encaminé a casa a pie para recorrer las calles tantas veces recorridas durante mis años de lucha.

Al llamar en casa y abrirme la puerta mi hermana Josefina que había tenido con ella a mi madre hasta que murió, al verme, se quedó como quien ve visiones hasta que repuesta de la emoción se echó en mis brazos llorando de alegría.

La noticia de mi llegada a Valencia, corrió como reguero de pólvora, por lo que desde el día de mi llegada hasta el en que salí de ella cuarenta y cinco días más tarde, mi casa estuvo frecuentemente visitada por viejos amigos y compañeros acompañados de sus esposas e hijos, quienes me saludaban todos ellos echándoseme al cuello con los brazos abiertos como si fuese uno más de su familia.

Algunos de ellos bien posesionados por su valía profesional, en sus coches particulares, me llevaron a comer la típica

paella valenciana en los más bellos rincones de nuestra tierra valenciana.

Un día, a los quince de encontrarme en Valencia, sentí el deseo de visitar el barrio en que se deslizó mi infancia, y sin decir nada en casa, de buena mañana, salí de ella y me encaminé a él. Era un pequeño barrio de bajas casas aprisionadas entre las altas que el modernismo de España había levantado a su rededor. Fui llamando casa por casa de las que consideraba vivían los viejos vecinos y amigos de mis padres a quienes había conocido. Algunas de ellas eran habitadas por gentes a quienes no conocía. En las más vivían las gentes que buscaba. Yo, a pesar de los años transcurridos las reconocía nada más verlas. Ellas a mí no, pero en cuanto les decía quien era, me abrían los brazos invitándome a beber una copa en su compañía.

Cuantas veces ante el agradable saber de los sinceros abrazos que recibía dije a mi hermana Josefina:

—Chica, siquiera por como reciben a uno los viejos amigos y sus hijos a pesar de no conocerlo más que a través de la información de sus padres, vale la pena dar por bien empleado lo pasado. Lo triste sería que después de tantos años privado de libertad, ahora le volvieran la espalda.

—Pues sí. Tienes razón —me respondía mi hermana.

Finalizado el permiso concedido por la JUNTA DE LIBERTAD VIGILADA DE MADRID, donde se me fijó la residencia, regresé a la capital de España y me coloqué a trabajar. Desde el primer momento de mi llegada a ella, fueron varios los compañeros que me propusieron la incorporación a la lucha, y algunos venidos de Francia sugiriéndome la conveniencia de que marchara a ella, para al amparo de la protección de la legislación francesa y mi experiencia sobre la España Franquista, iniciar una campaña contra ella. Yo me resistí a lo uno y lo otro dedicándome a la observación en espera de lo que consideraba mi momento.

Durante mi observación, vi que la España de hoy, no es la misma que dejamos los que participamos en la guerra. Que el pueblo español en general, repudiando lo actual, no es partidario de la vuelta al pasado. Y que la nueva juventud llamada a regir los destinos del país, no sólo no es partidaria de ello, sino que lo repudia, por ello habiéndosele escapado de las manos al régimen y combatiéndole, no se nos ha entregado a los que considera sus enemigos encarnizados. Que poseyendo ideas propias aunque confusas, aquella parte de ella que se interesa por los problemas políticos y sociales, aspira a armonizarnos a los dos bandos bajo un solo objetivo: ESPAÑA.

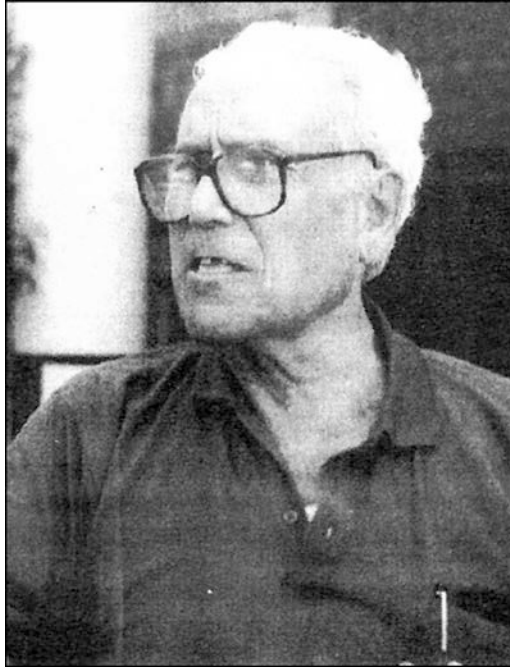
El día en que un grupo de militantes de Madrid, me notificó su deseo de que formara parte de la comisión libertaria que

se encontraba parlamentando con los dirigentes sindicales de C.N.S., sentí como un desgarrón en el corazón ya que jamás hubiera pensado que nos viéramos obligados a ello, y en principio renuncié comprometiéndome a no entorpecer su labor, pero sin que su invitación dejara de hacer mella en mi ánimo.

Mentalmente y por mi cuenta, analicé la cuestión, hasta llegar a la conclusión de que ante el fracaso de cuantos intentos de solución se habían pretendido y la manifiesta incapacidad mostrada por los dirigentes del exilio, prácticamente por debajo de los pueblos de color que habían conseguido su emancipación a pesar de enfrentarse con colosos de mayor talla que el franquismo, si realmente deseábamos los españoles el resurgir de España acabando con su condenación a ser un país ocupado económica o militarmente por las potencias que hoy privan en el mundo, se hacía forzoso el entendimiento entre vencidos y vencedores, y acepté incorporarme a dicha comisión, haciendo acto de presencia a la primera reunión y de apertura oficiosa a las negociaciones.

En ella, a pesar de mis reservas, pude apreciar que en el ánimo de los libertarios como en el de los representantes de los Sindicatos Verticales, privaba por igual el sentimiento de engrandecimiento y salvación de ESPAÑA, por ello y a pesar de la campaña de insultos y difamaciones desencadenada en

el extranjero contra los hombres que llevábamos las negociaciones, por parte de los dirigentes exilados, continuo y continuaré en ella hasta la culminación de lo propuesto o el fracaso, ya que lo que se determine por parte de las comisiones parlamentarias tendrá que ser refrendado por el Gobierno, y desconozco si lo que se determine será aceptado o rechazado, pero en uno u otro caso, los hombres que intentamos llevarlo a cabo, tendremos la satisfacción moral de haber puesto al servicio de España a más de nuestra tranquilidad, lo que más sagrado es a todo hombre: EL PRESTIGIO PERSONAL, apartados de todo espíritu sectario, egoísmo de representación y lucro particular, cosa que no se comprende en el exilio, que por sus largos años de existencia fuera de España, desconoce de la evolución del país y la mentalidad de la actual juventud, que rechaza ser encuadrada en los moldes de las ideas fijas de uno y otro color que nos llevaron a la guerra.



ENRIQUE MARCO NADAL

La autobiografía que narra el autor de este libro, Enrique Marco Nadal, podrá parecer a quienes no le conocen un tanto exagerada. Sin embargo, la cruda realidad es la que queda relatada en las páginas de “Condenado a Muerte”. Es el auténtico relato de su “Vía crucis”, en las jefaturas de policía y penales de España.

Enrique Marco Nadal es un destacado militante cenetista desde antes de 1936. Durante nuestra Guerra Civil, fue Teniente Jefe de Información y Cartografía en el Estado

Mayor de la 215 Brigada Mixta del Ejército Republicano. Hecho prisionero en Alicante fue internado en Albaterra, de donde escapó y pasó a Francia el día 29 de Septiembre de 1936.

En Francia se incorporó a los Regimientos de Marcha de Voluntarios Extranjeros por la duración de la Campaña contra Alemania. Prestó sus servicios en la Primera División Francesa Libre organizada por el Gral. De Gaulle en Inglaterra, con la que y afectada al VIII Ejército Inglés hizo la campaña del Desierto y África del Norte, la de Italia donde fue herido en Radio- cofani con el V Cuerpo de Ejército Americano, y la de Francia con el VII Cuerpo de Ejército Americano también, hasta el 12 de enero de 1945, en que hecho prisionero por los alemanes en Roosfeld (Alsacia), se le internó en el campo Langwasser en Nuremberg. Terminada la guerra mundial volvió a España clandestinamente en mayo de 1946, incorporándose a la lucha clandestina, En octubre del mismo año fue nombrado Secretario General del Comité Nacional de la C.N.T., por el Pleno Nacional de Regionales celebrado clandestinamente en aquella ocasión. En mayo de 1947 fue detenido en Barcelona y condenado a la Pena de Muerte en febrero de 1949, la que se le conmutó por la inferior en grado (cadena perpetua), dos meses después.

Su vida en el espacio de tiempo que media desde su regreso a España en 1946 hasta su puesta en libertad, después de diez y siete años, un mes y siete días de encarcelamiento, queda relatada en sus memorias, que aunque tengan similitud con una novela trágica, responden exactamente al desarrollo de los acontecimientos, que sucedieron tal como quedan narrados.

Editores Mexicanos Unidos, S. A.